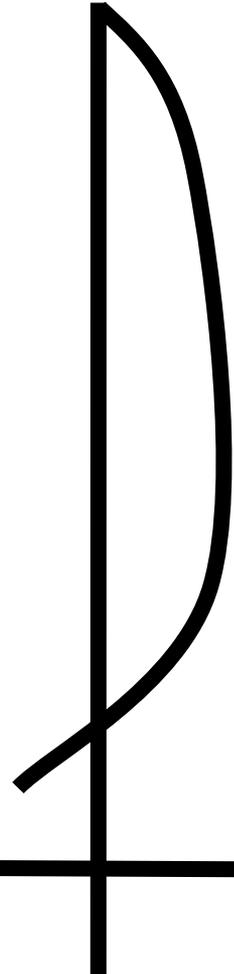


F. EHRENBORG

---



*Heroína  
del  
Amor*



# **RESEÑA HISTORICA**

Sobre la vida virtuosa de la  
Beata

**PAULINA VON  
MALLINCKRODT**

Compilada por el

P. Ferdinand Ehrenborg, S.J.

# INDICE

Reseña Histórica

Prólogo

I	Elección de las vocación y Fundación de la Congregación	6
II	Veneración al Smo. Sacramento del Altar de Madre Paulina	14
III	Amor a Dios	21
IV	Amor al prójimo	26
V	Tendencia a la Perfección. Terceronado	33
VI	Los Santos Ejercicios	39
VII	Humildad	43
VIII	Una vida de penitencia	49
IX	Respeto a la Iglesia. El Obispo Conrado Martin	56
X	Reverenda Madre	66

## PROLOGO

*Presentamos la semblanza de la Madre Paulina von Mallinckrodt, publicado muchos años atrás con el debido imprimátur, por las Religiosas de la Inmaculada Concepción, en Ancud, bajo el título de “IMPRESIONES INTIMAS”, traducción de la obra original en alemán del Rvdo. P. Ferdinand Ehrenborg, SJ.*

*Aparece cotejada y retocada con el nombre*

### *HEROÍNA DEL AMOR”*

*El amor a Dios o al prójimo inspiraron la vida y actividad de MADRE PAULINA.*

*San Bernardo, 1984*

*Casa Madre de las RR. De la Inmaculada Concepción  
O’Higgins 676*

CAPITULO I  
ELECCION DE LA VOCACION Y FUNDACION  
DE LA CONGREGACION

“Vende cuanto tienes, dalo a los pobres...  
y luego ven y sígueme.” (Mt. 10, 31).

Pocas personas han sido quizá tan agasajadas y lisonjeadas por el mundo como lo fue la hija primogénita del muy estimado Presidente de gobierno del distrito de Aquisgrán. Dotada de naturaleza ingenua y franca y de exquisita sensibilidad, se abría a todo lo bueno, bello y verdadero.

En una carta al ciego profesor Schlüter, residente en Münster, escribe ella desde su hacienda de Boeddeken: “Nos hemos reunido aquí unas ocho jóvenes vivarachas, y Ud. no podrá imaginarse lo alegre y feliz que lo pasamos. Nos creería verdaderas colegialas, si nos viera jugar a las serpentinas, a las escondidas y a otros juegos por el estilo”.

En los círculos aristocráticos atraía por su noble figura, finos modales y proceder discreto y distinguido.

Berta von Hartmann, prima de Paulina, describe en otra carta al Sr. profesor Schlüter, algunos rasgos sicofisiológicos de Paulina a los 23 años: “Querido Cristóforo: Como Ud. recordará, le prometí contarle cómo lo pasamos aquí actualmente. Me parece que podría ser de interés para Ud. saber cómo se desarrollan en secreto nuestras largas conversaciones durante las horas de toilette y las de acostarnos. Le aseguro que resultan cada vez tan cómicas, a pesar de «las visiones de Sta. Gertrudis» —por las que Paulina se muere— que no podemos menos de reírnos con ganas. Luego, impulsada por su viveza natural, aprieta mis frágiles miembros y me estremece, de suerte que la naturaleza fuerte de San Pablo, me está infundiendo más y más respeto. « ¡Que no daría, Señor, si pudiera mediante un conjuro mágico, traerlo acá acompañado de su madre! La contemplación de esta creatura verdaderamente angelical, le proporcionaría un encanto indecible, especialmente por su exterior *indescriptiblemente* amable. Jamás he visto combinación igual; pues en ella armonizan admirablemente la seriedad más profunda con la más expansiva alegría. Quien observa a Paulinita, ve, por decirlo así, la alegría que el Buen Dios tiene en tales hijos suyos, pues los colma de gracias».

¿Acaso el mundo no la sedujo ni dejó huella alguna en su ser? Más bien, preguntémosnos ¿Qué la indujo a dejar el mundo y a fundar una Congregación?

En cartas, a la muy venerada maestra Luisa Hensel, Paulina narra las fases principales del desarrollo de su personalidad en aquellos tiempos. Escuchémosla:

“En 1830, cuando contaba 13 años, fue trasladado uno de mis primos a Aquisgrán; él visitaba con frecuencia mi casa paterna. Era un caballero de carácter serio, edad madura y sólidos principios, pero protestante. Nosotras, niñas aún, lo queríamos mucho, y a mí no se me ocurrió ni en sueños que este sentimiento de cariño pudiera llegar a ser el principio de una inclinación que más tarde influjera tan poderosamente en mi vida.

Fritz von Coffrane, me dejó en mi ingenuidad; pero cuando volví de Lieja en plena juventud, noté que me quería mucho. Más de una vez había oído de Ud. que la Iglesia reprueba el matrimonio con protestantes; así es que yo tampoco podía aprobarlo. Inadvertidamente crecía mi inclinación y comencé a transigir al respecto. Sin duda habría aceptado darme a él, si el Buen Dios no hubiera velado con especial amor sobre mí.

Le debo muchísimo a Berta von Hartmann, quien en esta situación fue para conmigo una fidelísima amiga. Aún conociendo mi íntima inclinación a Coffrane, me disuadía constantemente de esta unión; lo hacía con tanto cariño y delicada consideración que le conservé indefectible confianza.

Por otra parte, yo misma comprendía cuán esencial es que en la santa e indisoluble unión matrimonial no haya diversidad de opinión en el punto de mayor trascendencia. Cuanto con más seriedad consideraba los deberes de madre y esposa, tanto mayor lucidez adquiría al respecto.

Lo que comprendía el entendimiento, lo rechazaba el corazón. Además este posible enlace era contrario a los deseos de mi padre. En mi interior rugía la tempestad. Imposible, imposible dar el adiós al amigo.

En aquél tiempo, 1835, recibí el sacramento de la confirmación. Ocho días más tarde el Todopoderoso me concedió fuerza para darle el adiós definitivo.

Estas experiencias hicieron época en mi vida. Es admirable cuán benéficamente influyó todo en mi ánimo. ¡No habría podido siquiera imaginarlo!

Sobre el deber de cumplir mi resolución, no me cabía la menor duda. Sin embargo me parecía que la realización de mi propósito me acarrearía luchas sin cuento.

Pero cuán sorprendida quedé al experimentar la paz serena que me inundó después de semejante tormenta. La mejor manera de transparentarle mi estado interior sería exponiéndole: Con toda el alma, con todo mi juvenil entusiasmo me había adherido a Fritz von Coffrane, cuya autenticidad y riquezas afectivas me habían cautivado. Con la renuncia a este profundo amor, rompía los vínculos que me ataban a lo restante del mundo.

El Señor, quiso compensar este sacrificio, inundándome de paz interior cual nunca la había gustado.

Comencé a desligarme más y más de cuanto me rodeaba, encontrando en Dios plena satisfacción.

Desprendida de mí misma, podía cuidar tanto mejor de los intereses ajenos, y era para mí un placer dedicar mi amor y solicitud a los pobres, los miembros dolientes de Cristo.

Despertóse en mí un inmenso deseo de ser Hermana de Caridad. Después de haber examinado año tras año esta resolución y de haberla probado en medio del vértigo del mundo, me pareció que podía seguir tranquilamente este llamado.

Hasta ahora me han detenido en el siglo los deberes para con mi padre y hermanos. Pronto quizá, si a Dios le place, podré entregar mi puesto de

responsabilidad, a mi hermana Berta, la que como Ud. probablemente sabrá, se encuentra, a pesar mío, en un pensionado protestante. Confío en el Buen Dios, quien si hasta el presente me ha conducido con tanto amor, lo hará también en el futuro y me dará a conocer el momento oportuno en el que por fin podré disfrutar de la dicha de pertenecerle totalmente.

Vacilaba entre la elección de la vida activa o de la contemplativa. No podía obtener claridad sobre este particular. Sin embargo, me parece que mi personalidad se aviene mejor con la vida activa. Con mi parecer concuerdan los consejos del Rvdo. Padre franciscano Gossler y del señor Consejero consistorial Claessen. Naturalmente que ha de unirse a la vida activa, la contemplativa, para que las obras no sean un cuerpo sin alma, es decir, nulas ante Dios. Las obras de caridad deben fluir de la vida interior.

Como Ud. sabrá por informaciones de Anna von Lommessen, ya tenemos datos de vanas órdenes religiosas, pero es difícil encontrar conventos de vida activa en los que se permita la Comunión diaria. Las Religiosas del Sagrado Corazón la practican. La regla prescribe tres o cuatro Comuniones semanalmente, y muchas Hermanas se acercan diariamente a la fuente de vida.

Cuando fui a Aquisgrán, durante este invierno, se encontraba ahí también el Sr. Obispo Laurent. Mientras Su Excelencia, Anna y yo tomábamos desayuno en casa de los Fey, me dijo el Sr. Obispo que había oído decir que yo quería entrar en un convento en Roma (cosa que nunca había pasado por mi mente) lo cual era muy lamentable, puesto que él quería conquistarnos para sus planes.

Nos contó en seguida que intentaba ir a Hamburgo para ver si las autoridades aprobaban su proyecto de fundar ahí buenas escuelas, especialmente para niños pobres, pues la moralidad había descendido a un nivel lastimoso, también en la educación.

Más tarde podría pensar en la erección de un asilo de huérfanas que incluyera además el cuidado de los enfermos. Agregó que aún cuando sus planes estaban en ciernes, él nos pedía le ayudásemos y que no nos comprometiéramos en otra parte. Mucho me agradó esto, parece que en todo correspondía a mis deseos, en especial la opinión de Su Excelencia, respecto a la Comunión diaria y a la vida interior.

Por ahora me atenderé a esta norma de vida. Si pluguiera al Señor que el Excelentísimo Sr. Obispo Laurent no llegara a realizar su hermoso plan, alabado sea; El tendrá sus designios, pero si le agradara bendecirlo, me sentiría felicísima que Dios se dignara escogermelo como instrumento de su misericordia. En todo caso esperaré en paz respecto a lo que Dios disponga. Esta disposición se me hace tanto más fácil, cuanto que todavía estoy comprometida con los míos y no puedo dejar la casa...”

El plan fracasó. Paulina hizo varios viajes en busca de un convento adecuado como se desprende de una carta que escribió en 1842: “Mi permanencia en Jette, cerca de Bruselas (donde su amiga Anna von Lommessen entró dos años más tarde en el Sagrado Corazón) fue sobremanera interesante para mí. Nunca hubiera imaginado un ideal de vida en el convento como se vivía en éste. Realmente sobrepujaba con mucho cuanto se decía acerca de él y cuanto yo hubiera podido imaginar. La Orden está en su mayor florecimiento; la

vida interior se complementa armónicamente con la vida activa. Considero que es obra excelente hacerle propaganda.

No obstante debo confesar que personalmente no me creo llamada a ingresar en ella. Mi gusto personal dice más con las órdenes cuyo fin principal es el trato con los pobres.

Reflexionando en el retiro sobre mi vocación, resolví entrar en Paderborn... Claro, esta resolución no es irrevocable, pero bastante segura, tanto más cuanto que mis tres hermanos la aprueban, lo que naturalmente me agrada mucho.

Las siguientes anotaciones durante los ejercicios, demuestran la seriedad de este examen: “Agradezco a Dios de todo corazón por este santo tiempo durante el cual puedo examinar otra vez mi vocación a la luz de las serias verdades de nuestra santa religión: la muerte, el juicio y la infinita bondad del Señor”. Ahora, pues, ¡Adelante con valor a la ejecución! Sin duda el desprendimiento de tantas cosas, no dejará de causar sufrimiento al corazón; pero Cristo, nuestro gúfa, ha vencido el mundo. Bajo su estandarte tampoco a mí, pobre creatura, me faltará la victoria. Corto es el tiempo; inmensamente larga la eternidad.

No puede negarse que la vocación de Hermana de Caridad implica muchas dificultades. Sólo quien la elige con recta intención y busca únicamente la gloria de Dios, el bien de sus semejantes, y su propia santificación, perseverará en ella hasta el fin.

Quien consulte a la carne y sangre, o se busque a sí mismo ¡pobre de él!, sufrirá oprobio y vergüenza.

Señor, Tú que me has concedido la gracia de la resolución, dame también la fuerza para la ejecución y la perseverancia.

Solamente el que persevera hasta el fin, será coronado. No permitas que el mundo me atraiga. ¡Oh! con qué indecible gozo quiero pertenecerte a Tí con todas mis fuerzas, con todo lo que tengo y soy. Sólo Tú reinarás en mi corazón; nadie más lo compartirá.

“Tú eres un Dios celoso. De buen grado abandono todo por tu amor. Purifica mi espíritu más y más, a fin de que entre al convento con la más pura intención.”

¿En qué forma y cómo se manifestará la fuerza de su intención? ¿Qué quiere buscar en el convento?

“Nunca trataré de dominar, dice, sino obedecer de todo corazón; quiero venerar a los superiores como a representantes tuyos; con gusto quiero ser en todo tiempo la última de las Hermanas. Que ningún trabajo me sea demasiado bajo. Humildad y mansedumbre sean mi lema. Que ningún esfuerzo en favor de los que sufren, me parezca demasiado duro. Con la gracia de Dios quiero cuidar con la mayor afabilidad y atención, aún a los prójimos más repugnantes, sin dejarme intimidar por la ingratitud.”

Consciente de las dificultades, prosigue: “Vendrán horas muy difíciles para mi frágil naturaleza; horas en que el recuerdo de las amigas, de los parientes, de los placeres y bienes de la vida se me presenten con seductora viveza y en que

las ingratitudes y desatenciones que tal vez deberé sobrellevar como Hermana de la Caridad, me ocasionen profunda amargura.

Entonces, alma mía, no te desanimes, pues bien sabes: “¡Sin cruz, no hay cristiano!”

Pero con el amor de Dios y en este amor, espera vencer en toda la línea: “Amad al prójimo como a vosotros mismos”, dice Jesús; “amadlo como Yo lo he amado”. “El nos amó hasta la muerte en la cruz: he ahí la medida. Así pues, la vocación que he elegido me exige doblemente el amor. Nada me confunda o turbe. ¡Qué importan, los bichos, la suciedad!... Qué importa que aquella viejita demente me moleste, que aquel hombre brusco me rete o se burle de mí. Jesús, tú ves mi debilidad, pero también los inmensos deseos que tengo de amarte a Ti y a tus hermanos. ¡Inflámame en tu amor!”

Tampoco este proyecto pudo realizarse. Al año siguiente 1843, escribe: “Desde que le escribí la última vez, apreciada y querida Luisa, han arraigado mis planes respecto al porvenir. El objetivo de esta carta es preguntarle si Ud. quisiera resolverse a trabajar en comunidad conmigo aquí (en Paderborn). Un extenso, hermoso campo de actividad nos espera...”

En aras de la verdad debo confesar que he obtenido del Sr. Cura Tewes testimonios muy ventajosos respecto a la piedad que reina en el Convento de Dorste (para el cual Luisa Hensel quería trabajar). ¿No le parece que mi honradez es verdaderamente grande, ya que en el momento en que pretendo conquistarla para mi causa, alabe el Instituto de Dorste?

Luisa Hensel no pudo resolverse a abandonar a Dorste, y Paulina estaba aún lejos de alcanzar su fin.

En su corta autobiografía narra en detalle las fatigas que se impuso, los viajes y las consultas que hizo para alcanzar sus anhelados fines.

Encontramos la manifestación de sus sentimientos íntimos expuestos con más claridad, en las anotaciones de los santos ejercicios en 1846, que terminan con la resolución definitiva de la fundación de la Congregación.

“La obra es demasiado grande para que sea yo quien la elija. Todo depende de que seas Tú quien me elige. Si Tú me la impones, prosperará. Señor, estoy dispuesta a ocuparme en barrer todo el día. Pronto estoy para ser como el portero de tu casa, siempre a tu disposición, a la de los huéspedes y a la del personal de servicio, *en espera de tus órdenes*. Pero también estoy dispuesta a responsabilizarme para cualquier otro servicio que quieras asignarme. ¡Oh! cuán dichosa sería, si me permitieras trabajar mucho para tu gloria. Nada puedo por mí misma; contigo en cambio, lo puedo todo y nada temo.”

Después de haber examinado y purificado sus sentimientos, Paulina busca las señales de una verdadera vocación, y prosigue: “Si es de tu agrado servirte de mí para tu obra, amado Jesús, sabrás ordenar a este fin las circunstancias; guiarás al Sr. Cura Tejes para que conozca tu voluntad; inspirarás al Sr. Vicario General Boekamp y al Excmo. Sr. Obispo, el apoyo y aliento que necesito, pues todo lo que ha de procurarte gloria, debe salir del tronco vivificante de la Santa Iglesia. Jamás quisiera emprender una obra que no sacara de la Iglesia su savia vivificante.

¡Oh mi Jesús, con cuánta claridad me has hecho comprender durante este tiempo el destino del sarmiento separado de la vid: se seca y se bota! Más aquél que permanece unido a la vid, es purificado por el Padre y producirá el ciento por uno. La esterilidad de mis obras hasta aquí, han provenido tal vez de la falta de esa savia vivificante del tronco de la Santa Iglesia”.

Después que Paulina consideró la alegría de las relaciones Intimas con Jesús, bajo el símbolo del esposo y de la esposa, y de haber ponderado la necesidad de emprender la obra guiada sólo por la obediencia, termina: “Por mandato de Su Excelencia, el Sr. Cura dio los ejercicios espirituales. Lo que él me diga, si el Sr. Vicario General lo ratifica y si coincide con el deseo del Sr. Obispo Drepper, lo consideraré como voz de Dios, y lo seguiré incondicionalmente.

Si Jesús se dignara escogerme para una obra tan hermosa y de tanta trascendencia, debo ser como Clara Fey (su más querida amiga) una continua víctima de caridad.

¡Qué caridad, qué pureza y cuánta mortificación se requieren para esto!

Clara Fey y el señor Sartorius deben servirme de modelos vivos a quienes trataré de imitar con profunda humildad. En ellos me ha mostrado el Buen Dios cómo viven los santos en íntima unión de espíritu a fin de poder formar, para honor de la Santa Iglesia, un tronco vigoroso cuyas ramas se extiendan lozanos por doquiera”.

Paulina entregó su plan confiadamente en manos del representante de Cristo y esperó de él la palabra decisiva.

Grandes obras requieren sólidos fundamentos. El Sacerdote me dijo en la confesión: “Considere su total indignidad, sus pecados, y reconózcase absolutamente indigna para la obra de Dios. Pero en seguida glorifique al Señor con María: “¡Ha hecho obras grandes en mí, Aquél que es Todopoderoso!” Ud. dirigirá a las maestras para formar una escuela modelo, mejorar la condición de los ciegos y de la escuela infantil y prestar ayuda a todas las necesidades magnífica vocación de trascendental y benéficas consecuencias para el futuro”. Y añadió: que tanto él como yo rezáramos y reflexionaríamos hasta la Navidad: “¡Ofrézcase sin reserva al Señor en holocausto! En penitencia diga diariamente con María: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según su palabra, y sea muy fiel en cumplir la penitencia con fervor”.

Las siguientes notas evidencian que el “fiat” de María, llegó a ser su jaculatoria favorita, su norma de vida. Constituyen el Leitmotiv (hilo conductor) que se repite posteriormente en sus cartas a las Hermanas. Paulina ambicionaba realmente llegar a ser *una humilde servidora de todos*.

El 9-1-1847, después de Navidad, anota: “Ayer cuando en la confesión pedí al Sr. Cura Tewes que se pronunciara en el santo tribunal sobre la resolución definitiva que yo debería tomar, me dijo: “Después de haber deliberado Ud. seriamente delante de Dios y de haber rezado con rectitud de corazón: “He aquí la sierva del Señor, hágase en mí según tu palabra”, me parece que no es precipitación, si ahora da un paso más y se preocupa detenidamente de su plan, consultando con Dios la manera más acertada de ponerlo por obra: “Señor ¿qué quieres que haga?”.

Cuando pidió el parecer de su confesor ordinario - el prestigioso Sr. Cura Schmidt en Aquisgrán - éste le contestó: “Me parece imposible que su vida pueda emplearse mejor para la causa de Dios, que tomando la dirección que Ud. intenta darle. Apruebo absolutamente el plan... La determinación es la primera y bella simiente cuyo desarrollo debe dejar Ud. tranquilamente en manos de Dios. Debe estar dispuesta para todo trabajo, aún cuando se recoja el fruto en un futuro lejano. De tal modo debemos abandonar nuestros proyectos en el Corazón de Dios, que el fracaso de nuestros más caros anhelos tendientes, al parecer, a la gloria del Señor, no nos inquieten en lo más mínimo. El es quien dirige los destinos del mundo. Nadie mejor que El sabe lo que de veras lo glorifica...” A lo cual ella nuevamente responde: “Buen Dios, he aquí a tu sierva; hágase en mí según tu palabra. Señor ¿qué quieres que haga? ¡Amén! Sma. Madre de Dios, ruega por mí”.

Con esto la semilla pequeña, pero prometedora, era depositada en la tierra. Había sonado la hora del desarrollo y reclutamiento. El primer ensayo de conquista lo encontramos en una carta a la maestra Srta. María Rath, en Brilon. El Sr. Cura Tewes se la había recomendado. Paulina al escribir a la Srta. Rath, lo hace con el entusiasmo que le inspira esta noble empresa. Le expone la extensión del programa, sin ocultar las dificultades que exigirá su realización. Describe todo en detalle con tan atrayente amabilidad, que la carta merece transcribirse aquí:

Paderbom, 15 de Enero de 1847.

Estimada Señorita:

Perdone que me atreva a dirigirme a Ud. con una propuesta cuya aceptación supone de su parte una confianza que Ud. no puede tener a una desconocida. Si no obstante me presento con la esperanza de ser acogida favorablemente, es por la intervención del Sr. Cura Tewes. (especial consejero de la Srta. Rath)

Ante todo le diré que he puesto mi confianza en la sabia Providencia de Dios que la moverá a aceptar o a rechazar esta propuesta, según convenga a sus divinas disposiciones.

¿No es verdad, querida Señorita, que Ud. por el momento guardará la necesaria reserva sobre lo que le diré confidencialmente?

Las buenas obras suelen perjudicarse con facilidad, cuando se descubren y divulgan con anticipación. La semilla ha de echar raíces y robustecerse para poder soportar los vendavales que sobrevendrán.

Hace tiempo que existe la preocupación de que se forme una asociación de maestras sobre base eclesiástica. Estoy plenamente convencida de la grandeza, hermosura e importancia de esta idea. Si el Buen Dios quisiera servirse de mí para iniciar la obra, me sentiría feliz. Al considerar con madurez las dificultades que se opondrán, he visto mi total incapacidad para vencerlas. Sin embargo, cuando Dios quiere proteger una obra, se verifica el antiguo refrán: “El quebranta la flecha del enemigo que quiere herimos; rompe la pica y la espada; quema el escudo”.

La idea de dedicarme a esta obra no ha salido de mí; he sido alentada por los que son para mí representantes de Dios. Es así como me he propuesto emprender el camino con tranquila seriedad.

Más que nada urge la formación de un tronco vital al que puedan adherirse las maestras confiadamente. Aquí encontrarán cariñosos cuidados en las enfermedades y en la ancianidad. Desde aquí se procurará reemplazo en caso de emergencia; aquí pasarán las vacaciones y se renovarán espiritualmente y corporalmente. Ahora bien, el objetivo de ésta, es preguntarle si siente vocación para formar parte de este tronco.

En realidad no puedo invitarla sino a cruces y sufrimientos, pues es claro que a causa de lo reducido del local y otras dificultades que ofrece todo principio, son inevitables múltiples privaciones.

Por otra parte, habiendo escuchado las opiniones del Sr. Cura Tewes y del Sr. Consejero Freusberg sobre su persona, estimada Señorita, ya de antemano le ofrezco todo lo que un cordial amor es capaz de ofrecerle. Le advierto que al Sr. Freusberg solamente le mencioné mi deseo de conquistarla a Ud. como maestra de niñas ciegas, silenciando lo demás. Me parece que precisamente el proyectado Instituto de Ciegos del cual formo parte, será el medio que el Buen Dios pone en nuestras manos para lograr la confianza de las autoridades civiles, que es absolutamente necesaria para trabajar con tranquilidad.

Mi plan es el siguiente: Por contrato nos haremos cargo del Instituto Provincial Católico de Ciegos (así como las Hermanas de Caridad en Francia toman a su cargo un Orfelinato municipal). En cuanto dependa de nosotras, haremos fielmente lo posible para que el Instituto florezca y sea motivo de alegría para cada cual.

Junto a este Instituto fiscal, pero separado y enteramente independiente de él y sobre bases genuinamente eclesiásticas, se formará el tronco —la Casa Madre— para la asociación de maestras.

Más tarde naturalmente, no deberá faltar ahí una escuela práctica “modelo”. Ahora me permito preguntarle si siente inclinación para dedicarse al cuidado y a la instrucción de los ciegos.

Puedo adivinar su contestación: “Ignoro el arte de enseñar a los ciegos”.

No importa; toda persona versada en la enseñanza puede aprender en poco tiempo los conocimientos necesarios para la instrucción de los ciegos.

Por ejemplo, las letras en relieve por medio de las cuales leen los ciegos al tacto, no ofrece la menor dificultad a una persona que ve. La única condición necesaria para instrucción de los ciegos es: *mucha paciencia y amor para con ellos*. Si tiene estas disposiciones, diga resueltamente: “Sí”. La parte más difícil de la enseñanza, son las labores de mano que una de mis conocidas, la Srta. Everken, dirige varios años y al presente sigue haciéndolo.

El reducido número de ciegos que Ud. encontrará por ahora, le facilitará mucho el ensayo en esta enseñanza.

Actualmente sólo tenemos cinco; si creciera el número, nunca pasaría más allá de los 10 ó 12.

Ya que todo el plan tiene como fundamento una nueva Congregación religiosa, de su peso que no le ofrezca una remuneración pecuniaria; sí, el cuidado por necesidades materiales.

El Sr. Consejero Freusberg me ha dicho que la aspereza del clima de Brilon y el trabajo excesivo con tantos alumnos de esa escuela, afectaban su salud.

Sería muy de mi agrado, si Ud. tuviera la bondad de indicar esas causas como motivo de su partida, porque deseo a toda costa que nuestro plan se introduzca y se realice, en lo posible, sin llamar la atención.

Dios guarde a Ud. querida Señorita. Deseo ardientemente que el Señor le dé a conocer y le haga elegir lo que contribuya a su honor y gloria.

¡Qué ésta sea nuestra oración común e insistente!

Con distinguida consideración,

su

PAULINA VON MALLINCKRODT

## CAPITULO II

### VENERACION AL SANTISIMO SACRAMENTO

#### DEL ALTAR DE MADRE PAULINA

“Como anhela la cierva estar junto al arroyo, así mi alma te desea, Señor.” (Sal. 42,2).

Un rasgo característico que Paulina imprimió a su Congregación, es la veneración al Ssmo. Sacramento. A ello contribuyeron en gran manera las instrucciones privadas de religión que le impartió durante años el Rvdo. Gottfried Anton Claessen, más tarde obispo auxiliar de Paderborn. El la preparó a la primera confesión y primera comunión. Fue también confesor de Paulina en Aquisgrán. La encaminé a la frecuente comunión; y Paulina no cabía en sí de gozo, cuando a los 20 años, le permitió la comunión diaria.

Cuán grandes eran su aprecio, consideración y humildad ante el Ssmo. Sacramento, lo demuestra una acusación posterior: “Siento profundamente la infinita alteza y hermosura del Ssmo. Sacramento; siento cuán infinito es el tesoro de amor divino que encierra, infinito como el mismo Dios. ¡Y Dios me favoreció a mí con este pan de vida *diariamente* y *durante años!* ¡Y yo me he mostrado a menudo tan ingrata; me he preparado con tanta tibieza para recibirlo y he estado tan distraída; a veces también he sido muy infiel después de recibirlo! ¡Perdóname, Jesús mío; mira, en adelante quiero hacerlo mejor!”

El Buen Jesús llegó a ser en realidad, lo más querido para ella. Reflexionando una vez sobre lo mejor que podía ofrecer a Dios, fija su mirada en la comunión diaria y dice: “Quiero en todo tiempo buscar sólo tu mayor honra; te entregaré con gusto lo que más amo, si ha de procurar tu *mayor gloria* y *honra*. Aún estoy dispuesta a abandonarte a ti en la Sagrada Comunión, si tú lo exigieras. Pero, Señor, entonces tendrías que darme a conocer *claramente* tu santa voluntad; pues bien sabes que si tengo que abandonarte, única vida mía, me costaría comprenderlo. ¿Qué haría yo, débil criatura sin ti, mi única fortaleza?”

Su preocupación diaria consiste en adornar dignamente su alma para la visita del Divino Esposo. “Cuando por culpa propia esté distraída, sin la conveniente preparación, *omitiré la santa comunión*, para no comerme el juicio del Señor. ¡Ay de mí!, si *tuviera que* dejar la comunión por este motivo Ella es el pan de vida.

¡Ay de mí, si por mi culpa desfalleciera mi alma! ¡Oh, mi Jesús, no permitas que por mi culpa *me separe* de ti! Inflámame más y más con el fuego del amor a tu santísimo, adorabilísimo Sacramento. Haz que me sienta profundamente penetrada de su dignidad y sublimidad.

Haz que con el sentimiento de mi extrema pobreza, culpabilidad e impotencia venga *diariamente* a ti para que me fortifiques y fortalezcas, pues tú dijiste: “Venid a mí vosotros los que estáis trabajados y cargados, y Yo os aliviaré”.

Tú sabes, Jesús, que sólo tú eres la vida de mi alma, mi supremo amor, mi luz, mi Dios y mi todo.

Sin ti la vida es muerte y vacuidad; sin ti no es grato el vivir.”

Conmueve observar la lucha provocada en su alma por un confesor que no le aprobaba la comunión diaria, y le ponía restricciones.

“El sacerdote me *aconsejó* (lo subraya dos veces) omitir también la comunión, cuando hubiera asistido en la víspera a algún baile, para no dar escándalo y por ser una preparación inconveniente para acercarse a la mesa del Señor. Omitirla también cuando estuviera distraída por otras causas, o si estuviese tan ocupada que tuviera que comulgar de prisa; asimismo en viaje, cuando no pudiera recibirla con la debida tranquilidad. En resumen, siempre que algún obstáculo me impidiera dedicarle la atención y el tiempo debidos, *con o sin culpa mía*. Porque, dijo, vale más abstenerse humildemente de este Sacramento que recibirlo sin *seria* preparación, aún cuando se sufra hambre de este pan de vida, antes que tomarlo tan sólo una vez vanamente como un alimento ordinario. “*Que el hombre se pruebe a si mismo*, dice el gran Apóstol, y después se acerque y coma, para no comer su perdición.”

“¿Qué diré a todo esto, Jesús mío? ¿Tendré realmente que permanecer lejos *de ti*, cuando sin culpa mía esté de prisa, distraída o preocupada? Mi amado Señor, todavía no puedo prometerlo, pues aún no lo veo con *claridad*. En las reuniones me esforzaré de veras en estar unida contigo, en pensar a menudo en ti, en entretenerme contigo y así preparar mi corazón para tu visita; me valdré de frecuentes comuniones espirituales. Tú sabes que no asisto a las reuniones por mi gusto. Lo hago, porque con ello intento servirte, mostrándome amable y servicial para con el prójimo. Pero en cuanto sea posible, tomaré esta precaución: después de una reunión con baile, recibiré el Santísimo Sacramento en una iglesia poco concurrida.”

Como hija mayor del presidente de gobierno, cuya esposa había fallecido, Paulina, accediendo a los deseos de su padre, debía presidir en calidad de dueña de casa, las reuniones sociales y bailes familiares.

En sus anotaciones de Febrero de 1842, se lee: “Enséñame también a emplear la mitad del día en acción de gracias por la comunión recibida, y la otra mitad para despertar el deseo y anhelo por la siguiente. Enséñame a comulgar

espiritualmente con *mucha frecuencia*. Todavía no comprendo nada de todo esto, mi amado Señor, pero si te dignas ser mi maestro, en poco tiempo aprenderé mucho. Conoces mi miseria mejor de lo que yo la conozco. Por eso, Señor, apiádate de mí. Al *mendigo más pobre* se le ayuda primero; ayúdame, pues. En ti, Dios omnipotente, pongo toda mi confianza.

En adelante pondré *todo el empeño* en andar en tu compañía; en pensar a menudo en ti en medio de los negocios *más urgentes*; y en cualquiera circunstancia quiero amarte y alabar el Ssmo. Sacramento. Mi vida entera, cada respiración, cada gota de mi sangre sean alabanza y adoración al pan de los Ángeles. ¡Que el amor al Ssmo. Sacramento se grave con caracteres de fuego en mi corazón! ¡Jesús mío, glorifícate concediendo esta gracia a la más pobre pecadora! Y entonces, Señor, no es cierto, entonces podré seguir la inclinación de mi corazón; y si estuviese de prisa o distraída sin culpa propia, recibirte, a fin de que tú mismo disipes mis distracciones y mandes a la tempestad: “¡Enmudece!..., y sucedió una gran calma” O bien, si no te agradara acallar las olas, que a lo menos durmieras conmigo en la barca para navegar con seguridad.

Haz que yo reflexione *seriamente* sobre el *serio* consejo (fue sólo consejo; no prohibición) del sacerdote y haz que considere siempre la comunión como la más importante de las acciones de la vida; haz que comprenda lo que significa: “El hombre pruébese así mismo antes de acercarse a este terrible sacramento para que no coma su propio juicio y condenación”. “Cada comunión produce un nuevo grado de gracia, ¡ay de aquél que lo desperdicie! ¡Cada gracia pide correspondencia, y causa - si no bienaventuranza - perdición!” Considera esto. Si llegas, por ejemplo, demasiado tarde por tu culpa a la Iglesia, y sólo puedes comulgar en seguida sin preparación, no oses acercarte a la mesa del Señor. Si estás enferma y el médico te prohíbe ir a la iglesia, quédate tranquilamente en casa.” ¡Dueña de casa, primera figura en los salones del presidente de regencia en las grandes reuniones sociales, y con tales sentimientos en el corazón! Se comprende la expresión de unas de sus primas: “Difícilmente podría trazarse la vida íntima con Dios con rasgos más amables y atrayentes”.

Cuando se ven semejantes luchas y dificultades en un alma tan noble, ¡cuánto se agradecen al Santo Padre Pío X las normas claras sobre la comunión frecuente para todos los tiempos! Ahora cualquier niño debidamente instruido, sabe que, si uno se halla en estado de gracia y se acerca a comulgar animado de recta intención, puede recibir cada día a Jesús Sacramentado. El Santo Padre no dificulta la comunión frecuente; invita con las mismas palabras de Jesús: “Venid todos los que estáis cargados, a sacar de aquí alivio y fortaleza”.

Si tales luchas interiores no bastaron para retraerla de la santa comunión, fácilmente se comprende que su ardiente amor a Jesús, vencería todos los obstáculos exteriores. En Boeddeken le quedaba la iglesia parroquial a media hora de distancia; sin embargo cada mañana con lluvia o con sol, hacía sola el largo camino a la iglesia y a la vuelta visitaba con frecuencia a sus pobres enfermos, como ella lo cuenta en sus memorias: “Encuentro que era mucha consideración de parte de mi padre, permitirme ir todas las mañanas antes del desayuno, a Webelsburg, lo que me hacía posible comulgar diariamente como acostumbraba hacerlo en Aquisgrán. A mi regreso los pobres de la aldea, carentes de médico, solían pedirme que los visitara. De vuelta a casa saludaba amablemente a mi padre y no pocas veces lo encontraba tomando desayuno en

compañía de parientes y amigos que nunca dejaban de visitarnos por algunos días o semanas”. Así es que ni las numerosas visitas, ni los deberes de dueña de casa, podían privarla de la santa comunión.

Este anhelo por la santa comunión lo conservó toda la vida. ¡Con cuánto gusto se quedaba en ayunas hasta tarde para poder comulgar! Así llegó una vez a las nueve en el tren de Cassel. En seguida se fue a la iglesia de los Jesuitas para recibir la comunión. Otra vez llegó a Düsseldorf a eso de las once. Su primera pregunta a la Hermana fue: ¿Podré todavía participar en la santa Misa y comulgar? En su primer viaje a América, busca en Southampton la iglesia católica para satisfacer su anhelo de recibir a Jesús Eucarístico. En su última enfermedad, a pesar de la alta fiebre durante las noches de insomnio, no quería tomar nada, para poder comulgar en ayunas. Jesús Sacramentado, era realmente su todo.

Se podría coleccionar toda una serie de pequeños rasgos para revelar que en nada tenía el cansancio, el hambre, o la sed, cuando se trataba de recibir la comunión. Si durante el viaje por mar había un Sacerdote a bordo que celebrara la Santa Misa, era ésta siempre la primera noticia que comunicaba a las Hermanas.

¡Cuánto se alegraba de poder vivir con Jesús, bajo el mismo techo! En Octubre de 1851, escribe: “A causa de grandes esfuerzos me hallaba interiormente muy fatigada. Cuando el Señor Obispo Drepper, nos dejó en la capilla de los ciegos el Ssmo. Sacramento, estábamos felices. A tal precio estoy dispuesta a edificar casas y más casas aún a costa de las mayores fatigas, con tal que semejante huésped se digne morar en ellas”.

A las casas filiales envía la siguiente comunicación: “Hoy ha sido para esta casa un día de bendición. ¡Jesucristo está con nosotras! Ayer ayunamos los niños y nosotras. Esta mañana nos confesamos, y a las 8 vino el Sr. Obispo a celebrar la Eucaristía.

La capillita y la casa lucían adornos de flores y plantas de invernadero; el Sr. Nolte tocó el órgano; los niños y nosotras recibimos la sagrada comunión. El Señor Obispo nos dejó el Santísimo Sacramento y nos dio el permiso de tenerlo en la capilla. Nos exhortó a venerarlo fielmente y me dio a guardar las llaves del tabernáculo. Con profundos sentimientos de amor y gratitud cantamos el Te Deum. Alternamos en la Adoración del Santísimo Sacramento. Hoy es realmente un día de fiesta”.

Con este distinguido huésped trataba mucho y muy infantil e íntimamente. Su primera visita era siempre al Señor en el Sagrario; luego después saludaba a las Hermanas y niñas. Otras veces, antes del saludo, llevaba a todas consigo a los pies del Supremo Superior de la casa.

Testigos oculares refieren: “Muy a menudo se la hallaba arrodillada en su banco en la capilla con una hoja de papel en la que habla anotado varias resoluciones, cambios, etc. Con toda confianza hablaba con Jesús Eucarístico, y mostrándole el papel, con respeto, devoción y amor, hacía pequeños movimientos con la mano. A veces no se daba cuenta de que alguien se había acercado. Si el recado no era de urgencia, la portadora se retiraba con suavidad y en silencio.”

Parece que ella cultivó desde su juventud este trato sencillo y confiado con Dios y con las personas. A los 20 años, escribe a Luisa Hensel: “Tengo inmensos beneficios que agradecerle; Ud. ha puesto el fundamento para mi contento y mi dicha; porque sólo en Dios se halla la paz, la tranquilidad y la alegría. Y es Ud. quien me ha guiado a esta rica fuente de salud temporal y eterna. Por lo que Ud., estimada maestra, ha hecho tan sólo en mí, ya tiene merecido el cielo, porque: “Quien gana una sola alma para Dios, ha cubierto la multitud de sus pecados”, dice la Sagrada Escritura. No niego que hubiera pasado horas muy felices, conversando con Ud. a mi gusto; confiándole todos mis pensamientos y oyendo sus amables consejos; pero Dios no lo ha dispuesto así. Sin embargo, no pierdo la esperanza de volver a verla en esta vida. Y aún cuando no me tocara esta suerte, ya verá cómo le saldré al encuentro con los brazos abiertos en el cielo. Y después me tomaré como una chiquilla de su vestido, hasta que me haya contado muchas cosas. Y luego le diré al Buen Jesús que Ud. es la causa de que yo haya ido al cielo, y se lo repetiré basta que El le ponga una lindísima florcita en el cabello. Pero, ¿Qué he vuelto a escribir? Por favor, no me lo tome a mal; el Buen Dios está acostumbrado de mi modo pueril”.

De lo que el corazón está lleno, rebosan los labios. Hablaba, y escribía con placer acerca del Santísimo Sacramento.

En otra carta a Luisa Hensel, comenta: “Es para mí un verdadero deleite escuchar a Anna de Lommessen, cuando habla del Ssmo. Sacramento del Altar. Ella está penetrada de la infinita dignidad de este divino alimento. Pero también ¡Cuán feliz es! Su confesor le ha permitido acercarse dos veces por semana a la mesa del Señor. Clara Fey comulga todos los Domingos. ¡Qué personas tan buenas he conocido en San Leonardo!”

Aquí no habla de sí. En otra carta a su apreciada profesora empero, escribe al tratar de su futura vocación: “Lo que es absolutamente indispensable para mi felicidad, es la diaria recepción del sacramento vivificador. La vida es muerte sin este manjar celestial. No se enoje conmigo, si me atrevo a hablar de la comunión diaria. ¡El Ssmo. Sacramento es mi vida, mi felicidad; a él le debo la gracia de no haber perdido mi vocación en medio del mundo! Hace como dos años y medio (desde los 20 años) que disfruto de la dicha de la comunión diaria. Tal vez tema Ud. que yo busque sólo dulces sentimientos en la Sagrada Mesa. No, busco sólo al Señor. En El está toda mi fortaleza; sin El, nada soy. Bien sé que soy absolutamente indigna de una sola comunión; pero ¿Quién es jamás digno de comulgar? Jesús invita a su mesa a los pobres y pequeños; por medio de ellos quiere glorificarse, pues nunca se muestran más espléndidamente su humildad y su amor, sino cuando entra en una tan miserable pecadora, como yo lo soy”.

Uno se siente tentado a decir que ya no puede experimentar distracciones, quien así trata con el Señor y quien así reza. Ciertamente sintió alegría, paz, felicidad como sólo las siente el alma para quien Dios es su todo, o como ella se expresa: “Me ha hecho comprender el sentido de las palabras esposo y esposa. Me ha mostrado el valor, la dignidad del consejo: poseer a Jesús como único amado. ¡Qué relaciones tan nobles y tan íntimas! ¡Qué ascendiente ejerce la esposa sobre aquél que la ama!”

Así oraba ella a menudo y con inquebrantable confianza. Pero no creamos que se vio libre de la lucha contra las distracciones, dificultades y negligencias. En sus renovaciones mensuales se queja y lamenta a veces de haber rezado mal: “Siento sobre todo que el recogimiento en el camino a la iglesia haya sido tan miserable. Con la ayuda de Dios he de corregirme.”

En otra anotación confiesa: “La comunión diaria resulta tan insípida de mi parte: el corazón, miserablemente preparado, recibe a su Dios con tanta tibieza y le agradece y lo ama tan fríamente. ¡Jesús, perdona, perdona! Mira, ¡he de enmendarme!”

Y en otra ocasión se reprocha: “Tengo que hacer mucho mejor sobre todo la meditación y la preparación a la santa comunión que fueron a menudo malas”.

Una vez pasa revista a los negocios importantes que ha despachado últimamente, y se lamenta: “Han preocupado tanto mis facultades mentales que han dominado en la oración, la meditación y en la preparación a la santa comunión. ¡Dios mío, tú conoces mi extremada debilidad y miseria! Señor, socórreme! En medio de tan grande agitación, hay alegría en la profundidad del alma”.

Vemos que no faltan descuidos y distracciones; pero, ¡qué diferencia entre éstas y las de las almas tibias! Aquí resuena siempre un enérgico: “Hay que corregir, y un humilde clamor: ¡“Señor, socórreme”! Aquí se buscan luego con diligencia las causas del mal a fin de corregirlas. Y ¿qué es en gran parte lo que ella se reprocha, aún estando en el siglo? Que no ha guardado el recogimiento en el trayecto a la iglesia, cuando se considera cosa natural ir a la iglesia conversando; no haberse levantado bastante temprano para tener más tiempo para prepararse a comulgar.

Cómo concebía Paulina las relaciones de la Congregación con el Ssmo. Sacramento lo muestra con la mayor sencillez una renovación mensual antes de la fundación, en Noviembre de 1846. En cuanto sea posible, pedir el Ssmo. Sacramento para la casa y *suplicar incesantemente* a Dios que nos otorgue esta gracia especialísima. *Implorar con insistencia* la comunión diaria. Tratar este asunto importante *junto al corazón de Dios*. Si El en su infinita Bondad, quiere abrir los tesoros de su gracia, ¿habrá quién se lo impida?”

“El Sacramento de la vida sea la fuente vital de la futura Congregación. En el Ssmo. Sacramento halle su crecimiento, su armadura guerrera, su vida plena, su alegría, su felicidad. Dios no permitirá jamás un traspie en un asunto tan importante. *Encomendado a Dios*, se halla todo en la mano más fiel, y el Dios de *amor infinito* se deja vencer por la oración. “Pedid, y recibiréis, buscad y hallaréis, tocad y se os abrirá”.

Dejando libre curso a sus sentimientos íntimos, nos ofrece una ojeada al trato lleno de confianza con el Salvador: “Jesús, *único* amor mío, vengo a pedirte a ti, vida mía, vengo a buscar a Ti, mi Dios y *mi todo*; vengo a tocar confiadamente a las puertas de tu fiel corazón; no me lo cierres. ¡Jesús no me abandones ni en la vida ni en la muerte! Contigo en los labios quiero morir. Si te poseo a Ti, resisto a todo el infierno. Jesús, mi Dios, maravillada te adoro al considerar que hace ya 9 años que te dignas venir a mí diariamente. ¡Oh, feliz momento aquél en que el Sr. Claessen me permitió la santa comunión diaria! ¿Deberá espantarme el pensamiento de mi extrema miseria? ¡No! puesto que te glorificas usando así de misericordia. ¡Señor, tú lo sabes todo; conoces la

multitud de mis pecados; pero sabes también que te amo sobre todas las cosas! Sabes que tu Sta. Eucaristía es la vida de mi vida, sabes que me considero dichosa cuando aún de lejos puedo mirar la sagrada hostia; sabes que es desierto el lugar donde tú no estás; que todo cobra en mí nueva vida, cuando me acerco a tu Ssmo. Sacramento! ¡Señor, no me dejes! No puedo vivir sin ti. ¡Quédate conmigo, amadísimo Señor! No mires mis infidelidades. Las he cometido, sí, sí, mi amado Jesús, ¡pero no las mires! Más bien mira mi indignancia sin ti; ¡mira tu amor y misericordia y quédate conmigo!”

Después de este desahogo de su corazón enamorado, vuelven sus pensamientos a la Congregación y de rodillas reflexiona sobre lo referente a la Santa comunión. “Que en una Congregación, la comunión diaria no sea impuesta como regla general sin excepciones, es muy comprensivo. Son tan diversas las necesidades de cada miembro; además, es la Sta. Comunión un medio demasiado radical y que requiere la mayor prudencia en el uso. Pero cómo podría una regla obstaculizar el anhelo vehemente de la unión íntima y diaria con Jesús Sacramentado existente en tal Congregación. ¿Acaso no es su mayor alegría morar entre los hijos de los hombres? Sería lamentable si en una comunidad prevaleciera el criterio falso de que todas deberían hacer u omitir lo mismo, a fin de evitar divisiones, envidia o engrimiento. ¡Ay del convento donde reine tan poco espíritu!... Quien no se hace humilde con el pan de vida, no se acerque al humilde Jesús; quien no saque amor efectivo del banquete eucarístico, no se acerque a él. Es justo que tan gran sacramento se logre con el mayor sacrificio. Con todo, concédase llegar a Jesús a quien tenga ardiente deseo. Te suplico, amadísimo Jesús, concede la Comunión diaria a la Congregación por amor a tantas almas santas cuyo único anhelo eres Tú. ¡Concédela!”

En aquel entonces no era fácil obtener el permiso para la frecuente o diaria comunión: “Debido a nuestra conversación de ayer, me permito enviarle los estatutos de las Hermanas del Pobre Niño Jesús en Aquisgrán, aprobadas por el Sr. Arzobispo Geisel; he subrayado el párrafo que se refiere a la Sta. Comunión. No todas, pero muchas de estas religiosas, se acercan diariamente a la Mesa Eucarística, como también lo pude observar en el Convento del Sagrado Corazón”.

Que también Paulina tuviera que vencer dificultades al respecto, se desprende de una carta al Sr. Vicario General Boecamp, en el verano de 1848, en que leemos: “Pues bien, en la regla de San Agustín, refiriéndose a cosas exteriores, se puntualiza: “Vuestra superiora dará a cada una el alimento y vestido, no en la misma medida para todas, porque la constitución física, no es igual en todas, sino a cada una lo que necesita”.

¿Con cuanta más razón se aplicaría este principio tratándose del alimento eucarístico, ante las variadas necesidades de las almas ?

“El fruto esencial de la Sta. Comunión es la humildad y caridad. ¿Cómo podría darse que ella fuera causa de orgullo y falta de caridad, a menos que todo buen espíritu hubiera desaparecido de una congregación? ¡Oh, por favor, no nos prive de este pan de vida! Es obvio que nos someteremos incondicionalmente a la decisión del Excmo. Sr. Obispo; pero entonces se imprimiría a la Congregación el sello del más duro de los sacrificios que imponerse pueda a nuestro ardiente amor al Sino. Sacramento, lo que sería pernicioso. El espíritu

de viva alegría debe caracterizarnos; éste da fortaleza, vigor y facilidad para las obras de caridad. Si nos deja Ud. sin el Sino. Sacramento, seremos semejantes a soldados enviados a luchar sin pólvora ni municiones... Con toda la intensidad de que soy capaz, vuelvo a suplicarle Rvdo. Sr. Vicario General, se sirva interponer su valimiento para que el Sr. Obispo nos permita la comunicación vital con el Sino. Sacramento. Mi amigo paternal, el finado Obispo Auxiliar Claessen de Colonia que me preparó para la primera confesión y comunión y me dirigió desde la niñez hasta que salí de Aquisgrán a los 18 años, me permitió primero por mis deseos extraordinarios, la comunión frecuente; y después, la diaria...

- Conforme al deseo de mis padres vivía en medio del bullicio del mundo; los compromisos sociales no me impedían atender amablemente a los huéspedes y dedicar al mismo tiempo la atención al Huésped en mi corazón para que Jesús condescendiera albergarse en él al día siguiente. Desde entonces, es decir, desde hace 12 años no he sido privada de la indecible dicha de la comunión diaria... Mis compañeras tienen un ansia no menor del Santísimo Sacramento.

Juzgue Ud. cuál sería nuestra desolación, si en el preciso momento en que vamos a unirnos más íntimamente a Cristo, nos viéramos repentinamente separadas más que nunca de El. Cada Congregación tiene su carácter propio; pida Ud. al Sr. Obispo que deje a la nuestra el de una actividad alegre y vigorosa, fruto del trato íntimo con Jesús en el Santísimo Sacramento. Jesús es en esto el mejor de los maestros... Haga presente a nuestro venerado Sr. Obispo, el ejemplo de los primeros cristianos que recibían diariamente el pan de vida. Siguiendo sus huellas queremos esforzarnos en asemejarnos a ellos en el amor y concordia y en ser un solo corazón y una sola alma.”

Esto es lo que la Digna Madre recomienda siempre de nuevo a las Hermanas y en especial a las Superiores: “¡Cultiven por favor, una devoción ferviente y solícita al Santísimo Sacramento! Todo el mundo no puede dañarlas, si tienen a Dios por amigo”.

En el primer bosquejo de las constituciones se lee: “Se puede permitir la Santa Comunión diaria”...

### CAPITULO III

#### AMOR A DIOS

“Ni la muerte, ni la vida, ni criatura alguna podrá apartarnos del amor de Dios, que encontramos en Cristo Jesús.” (Rom. 8; 38, 39).

Con razón tenía Paulina la convicción de que la santidad consistía en la práctica del amor, y que la tarea del hombre en la tierra es conocer, amar y servir a Dios con todas sus fuerzas.

Desde muy joven, su amor al Santísimo Sacramento y a la comunión diaria le habían enseñado a referirlo todo a Jesús y a consultarlo con El. Con ingenua naturalidad escribe - en plena juventud - al ciego Profesor Schlüter: “Cuando tengo un deseo, rezo al momento un poco y se lo cuento rápidamente a Jesús; él se encarga de mi con tanta fidelidad que jamás desearía otro amigo mejor”.

En los ejercicios espirituales de 1842, Paulina aprovechó la oportunidad de elaborar su sistema ideológico y de examinar la táctica en la lucha por el amor y la entrega a Dios. Cuan puro y ardiente era su fervor, se deduce de la oración final que resume sus pensamientos: “Mi Dios, estoy anegada en gratitud porque tu amor me condujo a la soledad. ¡Es delicioso estar contigo, hablar a solas contigo! ¡El mundo deja de seducir, cuando tú hablas al alma! Cuesta separarse de ti. Estando contigo, una se siente extraña al mundo y se comprende que nos creaste para ti. Lo que antes me atraía, estando en el mundo, ahora me parece extraño”.

Se ha despertado en el corazón el anhelo por la Jerusalén celestial. “Le diste el goce de un anticipo de tu paz celestial y le has convertido en amargura los deleites de este mundo. Preferiría la muerte a la vida, sobre todo, porque ya no podría ofenderte a ti, su Bien Supremo, su amor, su única vida. Tú le has hecho ver lo abominable del pecado; y cuanto más amable y benigno te muestras para con ella, tanto es más profundo e íntimo el dolor por haberte ofendido, amabilísimo Señor. Quisiera derramar toda la sangre de su corazón para lavar sus pecados. Que los hayas borrado con *tu Sangre* en el Sacramento de la reconciliación, la llena de indescriptible gratitud.

Haré cuanto sea posible para corregirme. Ojalá pudiera ser aprisionada mi voluntad y hallarme en la feliz necesidad de amarte, Dios mío. El vivo sentimiento de mi impotencia me domina de suerte, que por mí misma me sienta incapaz de dar un paso sin caer lastimosamente. Tú, Señor, eres mi fortaleza, me has manifestado tu Bondad de modo que no puedo sino confiar ilimitadamente en ti.

Tú que me buscaste con semejante amor antes que yo te deseara, no me abandonarás ahora que anhelo sobre todas las cosas permanecer junto a ti.

De tu mano, apoyándose en ti, vuelve el hombre de la soledad al mundo, revestido de la fuerza de lo alto; se ha despojado del hombre viejo y se ha renovado en el temor de Dios y en la justicia. Cumplir la divina voluntad será en adelante todo mi empeño. Si El me quiere en el laberinto del mundo, ¡Hágase su voluntad! Tu voluntad Señor, es mi mayor anhelo. Dame perseverancia en el bien; lo pido con insistencia. Sólo quien perseverare hasta el fin, será coronado.

En ti, sólo en ti confío. Dios mío, dame perseverancia para que en todo momento sea la esclava del Señor y que en mí se haga según tu voluntad. Bendita Virgen María, me refugio bajo tu patrocinio; asísteme en la vida y en la muerte y condúceme un día a tu Hijo en la eternidad. Amén”.

En sus resoluciones protesta: “Oh Dios, Todopoderoso, conoces mi extremada pobreza y debilidad; más sabes también con qué deseo indescriptible quisiera servirte con extraordinaria fidelidad”.

Adhesión a Dios y ruptura con todo lo que de El aparta, es lo que ella persigue incansablemente en todas las meditaciones y plegarias. Habría que transcribir gran parte de su diario para una documentación más amplia.

En la meditación sobre el último fin, anota: “Sr. Jesucristo, te suplico de lo más hondo de mi corazón, concédeme la perfecta unión de mi voluntad con la tuya; en esto consiste la santidad, la verdadera paz. ¡Que yo sea cual cera blanda en tus manos! Haz conmigo lo que te plazca. Y haz que diga en todo momento: He aquí la sierva del Señor, hágase en mí según tu palabra”.

Me has guiado hasta ahora tan fielmente; has velado por mí con inefable amor; a ti me entrego sin reserva como lo hizo tu Santísima Madre. Da vida larga o muerte, honra o censura éxito en las buenas obras o fracaso, da a nuestras escuelas, a nuestros ciegos, pobreza o riqueza - Señor, como te plazca. Da salud, da enfermedad, - ¡como quieras! Tuya soy sin reserva. Señor, Jesús, tú dijiste: "Si tuvieseis fe como un grano de mostaza, trasladaríais montes". Cuando recorrías la tierra, curaste instantáneamente a la mujer que tocó la orla de tu manto. ¡A ti recurro, presente en el Santísimo Sacramento tan real como vive Dios; y te suplico, dame la uniformidad de mi voluntad con la tuya!”.

Aquí tenemos la perfecta indiferencia que brota espontáneamente del amor, de la entrega sin reserva a la divina voluntad.

Cuando en 1845 hubo de tomarse una importante determinación respecto al asilo de ciegos, ella llama la atención sobre su trascendencia: “Hoy día en que se tratará en la asamblea general el asunto de la casa de los ciegos, hace más falta que nunca la oración”. Pero, agrega luego, a pesar de que el acariciado plan de su vida dependía de esta resolución: “En manos de Dios he puesto con toda confianza el desenlace. Dígnese El, dirigirlo a su mayor gloria. Alabo desde ya sus sabias disposiciones, sean cuales fueren. No ha de conformarse El a mi voluntad, sino yo a la suya: su santa voluntad sea siempre para mí la dulce ley”.

Como dicho asunto se mantuvo indeciso por largo tiempo, insistía siempre de nuevo en sus apuntes: “Los corazones de los hombres están en su mano. Los guiará como le plazca, y yo excluiré: ¡Gracias mi Dios! sea cual fuere el resultado”.

“Inseparable de la gloria de Dios, es la de su Iglesia. ¡Oh! concédeme el Señor la gracia de que todas mis obras sirvan de ornamento a la Iglesia.”

Esta entrega amorosa llega al heroísmo en el tiempo que siguió a la separación de los hermanos, cuando la asediaba el desconsuelo y el abandono. “Me duele la ausencia de mis hermanos, se me hace difícil estar sola. Dios sabe con qué fin lo permitió: su alabanza esté siempre en mis labios. ¡Que El disponga de mi vida como le plazca! A El le entrego también a mis hermanos y el futuro de ellos. Le entrego a Hermann. El Buen Dios que me conoce a fondo, no tome en consideración mis deseos, sino sólo su gloria. A El le entrego todo con absoluta confianza. Amén, Amen”.

El desprendimiento sin reserva del corazón, prueba una vez más que para el amor no hay imposibles.

En los ejercicios del año siguiente vuelve con insistencia sobre la misma idea: “Jesús, sólo en ti confío. Quisiera estar lo más íntimamente unida a ti y a tu Santísimo Sacramento. Quisiera plantar en mi corazón las virtudes que

adornaron el tuyo a fin de agradarte a Ti, único amor, mi salvación, mi paz en el tiempo y en la eternidad. Enséñame a fundamentar la paz en ti solamente; no en los hombres. Hagan ellos conmigo lo que gusten. Por tu amor estoy dispuesta a servirles de juguete. Sé tú sólo la verdadera vida de mi alma. Amén”.

Y como medio para llegar a esta constante y entera unión con Dios, anota: “Feliz quien permanece con gusto oculto a los ojos de los hombres y aspira únicamente a complacer a Dios. El camino más corto y sencillo para conseguir este objetivo, tanto para seglares como para religiosos, es el ejercicio de la presencia de Dios. ¡Dios omnipotente, ayúdame a lograrlo! Amén”.

Pero ella no busca la práctica de este amor en la contemplación inactiva. Ella se pregunta: “¿Por qué no podríamos hacer por nuestro amadísimo Jesús Crucificado lo que el amor humano es capaz de hacer? Este vence todos los obstáculos, mientras nosotras nos detenemos vacilantes. Ved a la madre junto al lecho del hijo enfermo: se desvela, soporta el frío o el calor según le convenga a su hijo; nada le importa el aire viciado en el cuarto del enfermo; con naturalidad trata solícitamente cualquier herida o haga, ¿Y nosotras?”

Por eso exige: “Dios no ha de acomodarse a nosotras, sino nosotras a El en todo tiempo. Que con cada una de nuestras respiraciones le digamos: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”. Sí, si con verdadera sinceridad y con un corazón indiviso le decimos a Dios: Habla, Señor, que tu sierva escucha, y le preguntamos: ¿Qué quieres que haga?, no nos dejará sin respuesta. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. Además ha dicho: “Pedid y recibiréis, gopead y se os abrirá”.

A partir desde que comenzó a hacer los ejercicios espirituales, Paulina anota fielmente los sucesos de su vida interior en cada renovación mensual. Con severidad juzga sus faltas de caridad y de resignación a la voluntad de Dios. Después reza insistentemente por un acrecentamiento de amor a Dios y al prójimo. “Dame amor, ¡oh Dios!, perfección en las obras diarias. Perdona mis numerosas faltas de caridad, mi dureza, la afanosa actividad que conduce a la falta de afabilidad, etc. Dame caridad, oh Jesús, dame la más entrañable caridad fraterna. Si te poseo a ti y tu caridad, soy bastante rica. Dame los corazones que quieras confiarme. Amado Señor, ¡dámelos! Tú lo eres todo, yo, nada soy. Amén. ¡Jesús, amor mío, dame amor!”

A medida que transcurrían los años este amor iba impregnando en tal forma sus pensamientos y obras y le daba aquella confianza inquebrantable entrega a la voluntad de Dios, que aún las noticias más desconcertantes, no lograban perturbar su paz.

Cuán a menudo repite en sus cartas, ante situaciones conflictivas: “El Buen Dios disponga y ordene todo según su beneplácito. Nosotras tratemos de servirlo con fidelidad, cumpliendo nuestros deberes, a fin de lograr la salvación. Dejémosle a él el cuidado del gobierno universal, puesto que es cosa suya que cumplirá a la perfección”.

Cuando a comienzos del Kulturkampf se suspendió la floreciente actividad de las Hermanas en Dresden, escribió a la superiora: “He recibido sus dos preciadas cartas con el triste contenido. ¿Qué diré a ello? Es realmente un hecho muy doloroso. Sin embargo como estamos en manos de Dios, queremos abandonarnos confiadamente a las disposiciones y permisiones de su

Providencia que sabe dirigir todo para nuestro mayor bien. Querida Hermana, le pido que a nombre mío aliente a todas las Hermanas para que cumplan con renovado fervor e inquebrantable fidelidad su misión, hasta el último momento, a fin de atraerse las complacencias de Dios”.

A una superiora que se había quejado sobremanera acerca de la supresión de una actividad, le contesta: “A decir verdad, su última carta me ha impresionado muy dolorosamente. Es producto de un espíritu enfermo. A todas las Hermanas les cuesta mucho dejar su actividad escolar. Con todo, tiene que suceder. El Buen Dios ha permitido el desenlace de estos hechos. El sacará el bien de todo, si con piedad y total entrega nos abandonamos a su dirección. Hasta ahora nos ha guiado con paternal solicitud, lo hará también en el futuro”.

Este amor incondicional a Dios y la orientación a El en toda circunstancia, eran causa de su personalidad extraordinariamente amable y atrayente; rasgos que no disminuyeron con los años, porque enraizaban en el amor.

El profesor Schlüter, al encontrarse con ella en las vacaciones de Otoño de 1868, dictó en su diario: “Noto en ella el paso de los años, mas su espíritu y su amabilidad no han desmejorado en modo alguno. Era la bondad de corazón y la amabilidad personificadas”.

Una madre preocupada y recelosa de entregar a su hija a la vida religiosa, después de haber hablado con la Madre Fundadora, dijo a su hija: “Ahora estoy tranquila respecto a tu porvenir. Te confío con gusto a semejante madre”.

Otra religiosa refiere: “Mi madre me llevó a Paderborn con cierta preocupación. La acogida sobremanera cordial y amable, y la atrayente afabilidad de la Superiora, disiparon al instante todas las dudas. Quedó encantada de las palabras maternas y cariñosas, de la bondad exquisita y de la cautivadora personalidad de la Rvda. Madre. Mi mamá volvió a casa no sólo tranquila, sino feliz”.

El Obispo de Concepción, Mons. Hipólito Salas, la llamó: “grande, santa, la mujer fuerte del evangelio”.

Las Hermanas que trataron de cerca a la Rvda. Madre, testifican: “El amor a Dios dominaba de tal modo su ser y toda su conducta que apenas se podía pasar un cuarto de hora en su compañía, sin ser testigo de alguna prueba de su íntimo amor a Dios. Su temor de ofender a Dios o que fuera ofendido, era grande; también lo era al oír cómo se ofendía a Dios. En cambio era visible su alegría, cuando le contábamos obras realizadas en su honor, grandes empresas para promover su gloria y los triunfos de la Sta. Iglesia. También las pequeñas virtudes que se practicaban en su derredor, y que casualmente llegaban a su conocimiento, le causaban visible alegría y gratitud”.

Su porte exterior irradiaba los rasgos característicos del verdadero amor a Dios y al prójimo. Su mirada benigna, transparente y amable, inspiraba confianza a todos. La noble expresión de su rostro, lleno de espíritu y vida, revelaba no sólo un cúmulo de dotes espirituales, sino que también la bondad de su corazón.

En el trato con nuestra cara Rvda. Madre se podía barruntar con cuánto cuidado se esforzaba por practicar lo más perfectamente posible cada una de sus obras; no sólo las prácticas diarias de piedad, sino todos los negocios que se

presentaban en el curso del día. Parecía no conocer lo que es ceder a la naturaleza por desgano o negligencia; las dificultades parecían no inducirla a omitir algún deber. La visión que tenía de los asuntos que tenía entre manos, era clara, porque no perdía de vista el fin propuesto, y los consideraba desde todos los puntos de vista, sin precipitación. Si se trataba de algo importante, tenía por norma invariable emprender solamente aquello que estaba de acuerdo con el beneplácito divino.

Durante su vida no perdió de vista el fin propuesto y se atuvo fielmente, aún en los momentos en que todo amenazaba derrumbarse, a esta disposición interior:

“Amado Señor, cuanto más me fallan los apoyos humanos, tanto más sé tú el Fuerte al cual me aferro con indefectible confianza. Señor, llego a gustar una especie de alegría interior cuando se quiebran los apoyos externos, porque en el momento de arrojar en ti todos mis cuidados, Tú cuidas de mí con fidelidad. Tu voluntad - su cumplimiento es el fin supremo de todos mis anhelos, dispón de mí según tu agrado. Tuya soy en la vida y en la muerte... ¡Arriba los corazones! ¡Allá está la patria! El fin exclusivo de la vida, es amar a Dios, servirlo a El y al prójimo. El nos introducirá en su bienaventuranza. ¡Señor, dánosla! Amén”.

¿Cómo no calificar de alta perfección y de heroísmo estas virtudes cristianas durante toda una vida atribulada de ingente y benéfica actividad, saturada de puro amor a Dios?

En el proceso de canonización del cardenal Belarmino, por Benedicto XIV, éste declaró: “Además en lo tocante al heroísmo de las virtudes, parece que la constatación de una larga vida de integridad en lo referente a los deberes de cristiano, de religioso y de Arzobispo, basta para declarar “heroico” a este Siervo de Dios que está muy por encima del común de los buenos cristianos.

Creemos que esto basta, y lo hemos probado en nuestros escritos sobre su canonización”. ¿No podríamos aplicar este criterio a la vida de la sierva de Dios, Paulina? Como “heroína” cuya vida en toda su proyección- sobre todo en los tiempos difíciles y tormentosos - sólo fue motivada por el más noble, puro y ardiente amor a Dios y al prójimo.

## CAPITULO IV

### AMOR AL PROJIMO

“Todos reconocerán que Uds. son mis discípulos, si se aman unos a otros.” (Jn. 14, 35).

La reverencia al Ssmo. Sacramento y la amabilidad en el trato, son las características de la personalidad de la Fundadora. Con facilidad ganaba doquier los corazones. A ¿qué se debía esto?

Escribía: “Quiero amarte, fuente inexhausta de salud, con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas —y sobre todo—, y por amor tuyo, amar

al prójimo como a mí misma. Mi caridad será de buena ley, si brota de esta fuente”.

La Fuente brotó con abundancia a través de ella, porque sus deseos eran grandes: “Con qué gusto quisiera servirte, puesto que dijiste, Señor: Todo lo que hagan a mis hermanos, a Mí lo hacéis. ¿No se dispondrán a servirte con alegría mi corazón, manos y pies, si te veo en los enfermos? Cuanto más desagradables y viles sean, con tanto mayor amabilidad los serviré. Todos los despreciados, interior o exteriormente, tendrán doble derecho a mi amor, ya sean ancianos o niños, ciegos o videntes, sanos o enfermos. Y si lograra ganar para ti una que otra ovejita, Señor, ¡qué dicha la mía!”

Y ¿qué espera en cambio? ¿Honor, reconocimiento de parte de los hombres? “Con gusto quiero servir a todos los hombres por amor a ti, ¡Dios mío! No retrocederé ante ningún trabajo, ante ninguna dificultad en el servicio de los pobres. ¡Ah! Dios mío, dignate realizar algún día en mí estas tus preciosas palabras: Usaré Misericordia con el misericordioso”.

“Esta caridad debe ser la ley principal de la Congregación, su regla, su alma, su vida. Debe brotar de los labios” —dice a las hermanas— “brillar en los ojos y acoger a todos con benevolencia. Que no sea una caridad que nazca de simpatía o afecto natural, sino motivada por el amor a Dios y capaz de dominar los antojos, caprichos y veleidades. Ojalá nos comportáramos de esta manera; ¡qué amables seríamos: criaturas cristianas, y religiosas buenas y amables! Cuán felices son tales personas y cuán gratas para quienes las rodean. A donde vayan, crearán un ambiente de paz.

Queridas hermanas, cada Congregación tiene su carácter propio; sea el nuestro, *la santa caridad* (Hermanas de la Caridad Cristiana) y sus derivados: la afebilidad y santa alegría.”

Una muestra de lo mucho que velaba porque dominara la caridad en la Congregación, es la siguiente carta circular que a nombre de ella, escribió una hermana. “Esta mañana, como acostumbramos los Lunes y Viernes, tuvimos la gran alegría de escuchar una instrucción de nuestra querida Rvda. Madre. Todas Uds., queridas hermanas, conocen demasiado bien su tema favorito, a saber, la santa caridad, en la que insiste siempre de nuevo; y porque le interesa y preocupa en extremo, le parece que nunca se podrá tratar lo suficientemente. Siento no poder repetir todo lo que nos dijo, y que no pudiesen estar todas presentes para escucharla.

La Rvda. Madre nos amonestó de modo especial a no pecar contra la caridad, hablando irreflexiva e imprudentemente sobre nuestras hermanas. El amor que debemos a nuestros semejantes, lo debemos ante todo a nuestras hermanas. Dijo que no podemos imaginar el daño que se hace a la Congregación, mediante el hablar indiscreto y descuidado de unas sobre otras. Perjudicarse en el mutuo aprecio y en la caridad recíproca, es estremecer los fundamentos de la Congregación. Las superiores deben vigilar y cumplir fielmente su deber; darse cuenta de las faltas y corregirlas para que no les suceda lo que a Helí. La que no está obligada por su cargo a preocuparse de las demás, cuide sólo de sí misma.

Añadió que nos abstuviéramos de juzgar y condenar la conducta de nuestras hermanas y de hablar de sus faltas, a menos que el deber nos obligara a ello.

La Rvda. Madre nos llama la atención al respecto precisamente ahora, porque al reunimos para los ejercicios anuales, podríamos fácilmente incurrir en críticas imprudentes.

Que las superiores tengan el mayor cuidado en no decir nada desfavorable de su comunidad, y que las hermanas no critiquen unas a otras, ni relaten sucesos desagradables en menoscabo de alguien, menos aún tratándose de sus superiores.

En caso que sea necesario informar a la superiora sobre algún abuso, que se haga con sencillez y franqueza, pues redundará en bien del prójimo. Nuestra buena Rvda. Madre se explayó esta vez sobre el tema de la caridad con celo extraordinario durante una hora.”

No podía tolerar las contiendas entre las hermanas. Con ocasión de una disputa entre dos hermanas, escribió: “Lo que más me aflige, mi buena Sor S., es el desacuerdo, que según deduzco de su carta, reina desde hace tiempo entre Ud., y Sor A. Mi querida, buena Hermana, por el amor de Jesús, hágame la caridad de tratar de remediarlo. En esto conocerán que sois mis discípulos, si os amáis unos a otros. Todas las hermanas de la casa, pero sobre todo Uds., las tres mayores, deberían estar unidas en el amor más íntimo. El Buen Dios la ha dotado a Ud., mi querida Hermana, de clara inteligencia y de gran habilidad para muchas cosas. Aproveche estos dones para restablecer por completo y muy pronto la armonía entre Uds. Hágalo por amor a Jesús; hágalo también por amor a mi. Pensar que hermanas tan queridas no se entiendan, y no sean un corazón y una alma, me ha causado honda pena. Pero confío en la Bondad de Dios que todo se arreglará bien. Reflexione cómo se podría realizar. —No piense en lo que podrían hacer las otras; piense sólo en lo que Ud. quiere hacer para ganarlas a todas. Cuanto más humilde de corazón sea Ud., tanto más éxito tendrá.”

Entre los numerosos ejemplos que ilustran su aprecio a la caridad fraterna, transcribimos la carta a las hermanas de Steele en 1852: “Estoy convencida que Uds. ponen todo el empeño en la perfección de sus obras, pensando que sólo las obras perfectas agradan al Señor y serán recompensadas por El algún día. ¡Oh, qué dicha tendremos al entrar al lugar del eterno descanso, de la paz celestial! A fin de prepararnos para la entrada en la Patria, tengamos siempre las manos en el trabajo y el corazón en Dios. Aún en las menores acciones fijemos la mirada en El. La perfección interior es lo primero; lo único necesario. Si aspiramos a ella, Dios bendecirá nuestras obras exteriores y les dará fecundidad. Ante todo, no puedo pedirles bastante *que sean un corazón y una sola alma. Sor Josefa sea el centro de la confianza.* Los pobres huérfanos sean el objeto de su amor, porque Cristo se digna dejarse cuidar por Uds., en la persona de ellos. En el juicio universal les concederá una recompensa proporcionada al cariño con que los hayan tratado”.

Lo que Madre Paulina exigía de los demás, trataba de lograrlo en sí misma: “¡Jamás hables mal de otros! Sé extremadamente cuidadosa en este punto, —se amonestaba, — pues así dice el Señor: No juzguéis, y no seréis juzgados. Con la misma medida que midiereis, seréis medidos. ¡Sé siempre afable *para con todos!* Soporta de buena gana las faltas ajenas sin quejarte de ellas a una tercera persona, y sin amargarte por eso”.

En la renovación mensual, es éste el punto sobre el cual ella se juzga con estricto rigor, induciendo a creer que se trata de algo grave por las expresiones con que fustiga en sí el menor desliz. El contexto aclara que ella ha tocado en la conversación opiniones sobre pareceres políticos, sobre disposiciones públicas o medidas gubernativas generales.

El 25 de Abril de 1844, anota: “He lastimado la caridad de varios modos, sobre todo por asperezas e impaciencia, por dureza y falta de caridad al hablar de otros. Una y varias veces he continuado estas conversaciones, a pesar de discernir que obraba mal (tal vez imperfecciones). ¿Qué diré a esto? La caridad es el cumplimiento de la ley, dice la Escritura. La caridad es el sello distintivo de los discípulos de Jesús. ¡Y yo, tan desprovista de esta virtud fundamental! ¡Jesús mío! esto ha de cambiar Señor, hazme caminar delante de ti con apacible mansedumbre y afabilidad, a fin de que me reconozcan como a discípula tuya, cuantos me traten de cerca, en especial los ciegos.”.

El 28 de Julio de 1845 vuelve a lamentarse: “De la poca fidelidad para con Dios, resulta como consecuencia lógica una *disminución* de la corriente de gracia y por ende, falta de vigilancia sobre sí; disminución de fortaleza y energía; juicios temerarios y críticas desfavorables; impetuosidad en el diálogo y las disputas; dureza e impaciencia en el trato con el prójimo. Se evitarían estos pecados con la vigilancia fiel sobre sí misma”. También aquí concluye: “Quiero corregirme sinceramente; quiero esforzarme en conseguir un constante recogimiento con el cual corren parejas, el amor a Dios y al prójimo”.

En 1846, fiesta de la Purificación de la Virgen, confiesa: “Me arrepiento de corazón de varias palabras contra la caridad. He contado sin necesidad cosas que lastiman la caridad y he juzgado con dureza, pero con la gracia de Dios trataré seriamente de enmendarme. Quiero que se me grave indeleblemente que el mandamiento básico de la doctrina de Cristo, es la CARIDAD”.

Frecuentemente gime al constatar que el espíritu está pronto, pero la carne es débil. Se siente culpable por falta de caridad en el hablar; por severidad en los juicios; por haberse aferrado a sus puntos de vista con respecto a su partido; y por haber opinado acaloradamente sobre personas, eclesiásticas y seglares.

“¿Cuándo lograré dominar mi vivacidad y ligereza en juzgar?” Quejas semejantes se hallan hasta su profesión; y aún después de ella, condena duramente su manera de expresarse, por haber participado en críticas generales con ocasión de grandes reuniones en círculos políticos; o por haber hablado en demasía de los de la propia casa. Siempre de nuevo juzga su proceder imperfecto a la luz del espíritu de Cristo, de Sus conceptos, de Su gran mandamiento, y protesta: “En pensamientos, palabras y obras, debe reinar la caridad. ¡Señor, ayúdame para que así sea!”

Considerando las consecuencias del hablar inconsiderado, propone: “¡Han de acabar las lamentables habladurías en relación a los demás. Yo pecco; quien me escucha, peca; y en su alma queda la impresión de mis juicios desfavorables sobre el prójimo. Con frecuencia son más serias y aún más tristes las consecuencias: ocasionan desavenencias de todas clases. Sí, quien sabe dominar su lengua es un hombre perfecto”.

“Quiero soportar las susceptibilidades con paciencia y afabilidad y evitar toda queja. *Amar* y *callar* son las palabras de oro que quiero grabar en mi corazón. Haré durante un tiempo el examen particular sobre la caridad fraterna.”

Esta lucha contra todo género de dureza, crítica y falta de caridad, que como es natural no terminó sino con la muerte, es sostenida por enérgico esfuerzo para crecer en caridad y amabilidad, a fin de ganar todos los corazones para la buena causa.

Cuando plugo al Señor llamar a la mamá de Paulina al descanso eterno, y ella se vio obligada a cargar con una parte de responsabilidad respecto a sus hermanos en Aachen, solía suplicar con intenso fervor después de la santa Comunión: “¡Señor, entrégame el corazón de mis hermanos!”

En los comienzos de la fundación en Paderborn, cuando casi todo dependía del Sr. von Bodelschwingh, se lee frecuentemente en sus apuntes: “¡Señor, dame la benevolencia del Sr. von Bodelschwingh!” —o bien— ¡ayúdame, Buen Dios, a ganarte los corazones mediante el amor y la afabilidad. Concédeme sobre todo el corazón de las hermanas y de los niños!”

En cartas posteriores repite esta súplica respecto a varias autoridades. Bien puede deducirse que había adquirido el hábito de encomendar al amor de Jesús a todos aquéllos con quienes trataba, pidiéndole le concediera su benevolencia. “El dirige, como arroyo de agua, los corazones de las personas —advierte— así es que los inclinará a mi favor, cuando le plazca”.

A la recta intención, seguía la obra. No procedía como los que son muy gentiles con las visitas, pero ásperos y duros con los de casa. He aquí su propósito: “A los de, casa debo especialmente el más íntimo amor. Mi tarea principal y más importante es hacerles la vida agradable tanto a las hermanas como a los ciegos y personal auxiliar”. Para esto hallaba fuerza en las prácticas de piedad y en la renovación espiritual de tres o cuatro semanas. En el período preparatorio a los santos votos, anota: “Me basta que agrade al Divino Salvador. Me basta que su mirada descanse en mí con agrado. Que El me conceda un corazón amante, caridad y benignidad para con todos. ¡Más y más amor! Caridad, la más íntima caridad en el trato con las hermanas; el más acendrado amor, paciencia y afabilidad en el trato con los queridos ciegos, con el personal auxiliar y con todos sin excepción. Benevolente acogida a todos. Que este amor y esta paz interior se reflejen en mi exterior”.

También a las hermanas exhorta unir el amor a Dios, al amor al prójimo. Las aconseja y las insta a no obrar por móviles naturales, sino a anclarse en motivos superiores. El 28 de Junio de 1853 escribe a Sor Josepha K., revelándole explícitamente su propio procedimiento: “Querida Sor Josepha, quiero comunicarle algo que tal vez pueda ayudarle, y que al menos a mí me consuela en lo más íntimo. Mire, una superiora que toma a pecho todos los desagradados, pronto encanecerá. Hay que aceptarlo todo con sencillez, tal como viene de la mano de Dios. ¿Por qué intimidarse por algo que podría suceder? Más bien confiemos en que Dios enviará con el sufrimiento la gracia de sobrellevarlo. Un buen medio es pedir un espíritu alegre para sobreponerse; y para hacerlo meritorio, dirigir la mirada a Jesús manteniéndose en íntima unión con El. Llevemos el sello de Jesús grabado en todo nuestro ser; en nuestros pensamientos, palabras y obras”.

“En cuanto ocurra algo desagradable durante el día, dirijamos de inmediato la mirada a Jesús y su ejemplo. El fue crucificado, yo quiero y debo serlo igualmente. El fue coronado de espinas, yo quiero serlo también. Así debe el alma estar preparada, echando mano del ejemplo y de las palabras de Jesús para ajustar su conducta. De este modo El será para nosotros camino, verdad y vida. El es el camino más seguro en el que uno no se puede extraviar.

De esta manera todo se vuelve meritorio para el cielo. Dése Ud., cuenta del camino; medite sobre él y *obre* en conformidad. Este proceder confiere la seguridad que solemos advertir en personas verdaderamente entregadas a Dios: Jesús mismo es su guía.

Quiera Ud., dirigir de esta manera a los que le están confiados. Que una palabra de Jesús, un ejemplo de El, sazone las amonestaciones y advertencias que les dirija. También en las reuniones se puede estar interiormente unida a Jesús sin que esto llame la atención; esta actitud trasciende y hace que las personas se presenten con amable modestia, con agradable seguridad.

¡Oh Jesús, ayúdame en esto! Principio maravillosamente bello conducente en forma directa a la perfección. ¡Oh Jesús, ayúdame a *observarlo*! ¡Tú, mi amigo, mi esposo, el único amor de mi alma!”

Ya en 1842 Paulina había emprendido decididamente la lucha contra toda dureza y falta contra la caridad, y en 1851 se lamenta: “Señor, dame la gracia de ser igualmente amable con todos! No lo he sido hasta ahora. Amable con el jardinero, los demás trabajadores y los pobres. Cese por fin toda habladuría negativa sobre los demás, especialmente sobre nuestros queridos ciegos”. Ya entonces era extremadamente delicada en el cumplimiento del ideal de afabilidad desinteresada, que probablemente se había propuesto con empeño sostenido durante toda su vida. Claramente se deduce que la santidad y perfección exigen violencia, y que un alto grado de virtud no excluye faltas e imperfecciones, pues Paulina había adelantado mucho en la caridad.

Habla gastado su fortuna en favor de los pobres. Había puesto integralmente sus energías al servicio de los ciegos —vale decir— de los más pobres entre los pobres. A fin de que sus actividades caritativas alcanzaran al mayor número de beneficiarios, ¡cuánta seria consideración, ferviente plegaria y acuciosa información hubo de su parte. Casi en cada página de su biografía se encuentran pruebas evidentes del espíritu de sacrificio que la animaba en el cumplimiento de su misión. Entre los numerosísimos hechos, escogemos sólo uno, acaecido en su último viaje a Chile.

Estados de salud y el mareo le hacían casi insoportable la permanencia a bordo del vapor. En Lebu sólo pudo quedar dos horas con las hermanas, porque el barco seguía viaje en seguida. El desconsuelo de la comunidad por la brevedad de la visita de la cara Rvda. Madre, movió a ésta a emprender el borrascoso y penoso regreso desde Talcahuano, para permanecer algunos días con las hermanas de Lebu, colmándolas así de gozo.

Su ardiente caridad no consideraba los sacrificios. Aprovechaba todas las ocasiones para hacer el bien a sus semejantes, para sacar a alguien de un apuro, procurar alegría con un pequeño don, con una atención o una palabra oportuna.

Su intimidad con Cristo la había vuelto tan amable, que doquiera se presentara, se le abrían los corazones. No sólo las hermanas se adherían a ella con filial respeto y cariño, también las alumnas y sus padres. Con sólo verla quedaban prendados de su personalidad atrayente, obreros, guardatrenes, marineros, mozos de hotel, etc., y tenían a honor darle gusto y prestarle algún servicio.

Aún destacadas personalidades, como ministros, funcionarios de rango y personas de distinto credo, la trataban con respetuosa atención. Como su hermano Hermann, supo captarse la estimación de sus contrarios en lo más crudo de la lucha del Kulturkampf.

Son tantos los ejemplos que se encuentran en su biografía, en la crónica y en su correspondencia, que sólo insertamos aquí un último botón de muestra. En 1853 ella escribe a Sor Josepha y le descubre en parte el secreto de su éxito. “En cuanto al inteligente Sr. Director ante quien Ud., se avergüenza, sintiéndose necia, le diré que yo también lo considero muy inteligente. Créame, cuanto más sencilla y sincera sea Ud., tanto más se avendrá a la gran capacidad intelectual de él. Las personas muy talentosas fácilmente penetran la disposición interior de quienes los abordan.

Acostumbrados a tratar con espíritus astutos que viven del engaño y de la mentira, se resisten a creer que haya personas cuyo interior, exento de falsedad, se asemeja a una límpida fuente. Piensan que tienen que descubrir en ellas alguna insinceridad. Mas, si por un trato frecuente, se convencen de que en realidad no hay engaño en ellas, cobran tanto más confianza, cuanto menos veces se han encontrado con casos semejantes.

Lo que escribo lo sé por experiencia propia. Si no me equivoco, así le sucedió conmigo al Sr. von Bodelschwingh (más tarde ministro). Es uno de los hombres más inteligentes que he conocido. ¿Quién de nosotras se atrevería a medir su propia inteligencia con la poderosa capacidad intelectual de tales personalidades? Pero lo cierto es que cuanto más profundamente me humillaba ante Dios, reconociendo mi extrema pequeñez, y cuanto con mayor sencillez y sinceridad procedía, tanto mejor que iba. Hemos tenido entre ambos más de una reyerta, y no obstante lo estimo mucho y le tengo verdadero afecto. No creo equivocarme por la manera con que me trata, aún en la lucha, que deposita en mí gran confianza.

Naturalmente al tratar con personas de inteligencia superior hay que proceder no sólo con la sencillez de la paloma, sino unir a ésta la “prudencia”, teniendo como norma las palabras del Señor a este respecto. La prudencia que buscamos en el Corazón de Jesús, saldrá victoriosa.

Frecuentemente olvidamos al tratar con personas superinteligentes, interesar el corazón de ellas. Este recurso es obvio, pues suele suceder que la lucidez penetrante de su mente los haga aparecer algo duros. También ellos mismos olvidan a veces este recurso. Y, sin embargo, he experimentado más de una vez la eficacia triunfadora de este expediente, aún cuando mis contendores se resistieran al principio a creer que yo confiaba demasiado en su corazón. Mi actitud confiada, lejos de humillar su orgullo, les ofrecía la oportunidad de portarse caballerosamente, permitiéndome triunfar, y crear de este modo un

nuevo lazo de amistad. En cambio el hombre es apoyo y guía de la mujer por su entendimiento.

Mi querida Sor Josepha, perdone mi digresión. Creí que mis experiencias personales podrían ayudarla a dominar su cortedad de genio al tratar con su inteligente Director. Aprovechese de esta inteligencia a favor de lo noble y bueno. Mas, cuando le parezca que el proceder del Sr. Director se aparta de lo justo, trate de encaminarlo por el sendero recto, apelando a la bondad y nobleza de su corazón.”

## CAPITULO V

### TENDENCIA A LA PERFECCION

#### TERCERONADO

“Sed santos como Yo, vuestro Dios, soy santo.” (Leo. 19,2)

“Felices los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados.” (Mat. 5, 6).

Los santos ejercicios que Paulina hiciera por primera vez, dejaron en su espíritu predispuerto, una huella indeleble, y como fruto, la entrega total a Dios.

“Me condujiste a la soledad para instruirme. Querías hacerme oír tu voz: Hija mía, dame tu corazón! No escucharé tu voz en vano. Señor, aquí está mi corazón. Sólo Tú reinarás en él en lo sucesivo. En el pasado buscaba tu gloria en obras exteriores, dedicándome a obras de caridad para glorificarte, desoyendo en el ruido del mundo lo que realmente querías de mí: ¡Hija mía, dame tu corazón! Gracias, por no haber cesado de llamarme. Quédate conmigo, y enséñame en qué consiste ser la sierva del Señor, y obrar según Su palabra.”

A esta total entrega se unía un anhelo vehemente del cielo y un verdadero menosprecio de los honores y alegrías terrenales. Lo demuestran las siguientes palabras:

“Señor, ¡qué felicidad la mía, si quisieras llevarme pronto a tu reino eterno! Oh, sé, ¡qué pobre y miserable es la vida terrena lejos de ti!”

Colmada de estos deseos del cielo, ora así: “¡Oh Jesús, despierta en mí deseos ardientes de Ti y de la Patria eterna! ¡Oh, aquel momento feliz y embriagador, cuando, roto ya el frágil lazo de la presente vida, se permita al alma la entrada en el gozo sin fin de su Señor! ¡Señor, haz que la vehemencia del deseo de poseerte, me cause la muerte, y que muera luego de haberte recibido en la Sgda. Comunió!”

Paulina anota durante los ejercicios que precedieron a la toma de hábito, después de haber meditado sobre la muerte: “Ojalá que en adelante camine en tu presencia, mi Jesús, pobre y pequeña, con la mirada del alma fija en ti para buscar sólo tu beneplácito, sin que me importe el mundo y su criterio. ¡Ah!, quién me diera pertenecerte de tal manera que nada absolutamente pudiera separarme de ti. ¡Oh dichoso instante de la muerte en que me será concedido perderme en el que es el Amor de mi corazón! Sin embargo, amadísimo Señor, hágase en mí cómo y cuándo Tú lo quieras, porque también quiero permanecer

gustosamente aquí para trabajar en tu honor con incansable celo, impelida por un amor irresistible, hasta el dichoso momento en que pueda decir con toda verdad: Yo, toda tuya; y Tú, todo mío!”

Paulina emplea a menudo en sus notas, expresiones enternecedoras que revelan su tendencia a una santidad elevada: “Me basta agradar a mi Jesús, el Esposo amado de mi alma. Me basta que su mirada descanse complacida sobre mí. ¡Mi entera satisfacción la encuentro en buscar únicamente Su agrado!”

En 1850 escribe antes de la primera profesión: “Señor Jesús, dame la gracia de perseverar hasta la muerte en el despojo total de lo terreno, mediante la Pobreza. Concédeme que logre orientar todo mi amor a Ti sólo, buscando únicamente tu beneplácito. Mientras viva, quiero someter total y amorosamente mi voluntad a Ti en la persona de mis superiores. —Ayúdame a consumirme como holocausto que aceptarás cuando yo muera, para pertenecerte sólo a Ti por toda la eternidad. ¡Oh delicia inefable!”

Y luego suplica: “Señor, ¡sea yo enteramente tuya! ¡Qué logre la santidad! Concédeme humildad y amor, amabilidad con todos los de casa, profunda humildad en lo último del corazón, y la gracia de tender a la santidad con el mayor empeño!” Después añade: “Oh Jesús, quiero aceptarlo todo de tu mano; ayúdame a alcanzar la perfección; es lo único que verdaderamente anhelo. Me esforzaré en ser la regla viva y un modelo para todas. ¡Qué sólo Jesús viva en la Congregación! ¡Sea El su Camino, Verdad y Vida!”

Siempre de nuevo pone de relieve la seriedad de su intento: “Quiero poner en juego cuanto esté de mi parte, a fin de corregirme. ¡Ojalá pudiera suprimir mi libre albedrío para yermme en la feliz necesidad de amar a Dios!”

La seriedad en la aspiración de Paulina de someter todo a la Divina Voluntad, no sólo se mostraba en los ejercicios de piedad, sino también en períodos dolorosos, cuando la tempestad rugía en su interior. Después del adiós al hogar paterno, al verse sola, contrariada frecuentemente en sus planes y en la búsqueda del porvenir, reflexiona: “Quiero aceptar con gozo ser desconocida del mundo y de los hombres, ser conocida de sólo Dios y vivir bajo Su mirada. Esperaré paciente y humildemente aquellos caminos por los que El me conduzca a mí personalmente y por los que conduzca el Instituto de los Ciegos. Su gloria sea la única meta de mis aspiraciones. Que el Señor disponga de mí y de cuanto soy y tengo según Su beneplácito. En cuanto al trabajo que la obra implique y al Convento Capuchino que sirva de hospedaje a los ciegos, cúmplase Su voluntad. Lo que importa es la gloria de Dios en el establecimiento del Instituto de los Ciegos, con prescindencia de mi voluntad. Inseparables de la gloria de Dios, son la gloria y el ornato de la Sta. Iglesia. Dios mío, que el Instituto de los Ciegos exista sólo para glorificarte, y para ser ornato de tu Iglesia. Para mí, absolutamente nada. Todo para Ti y para Ella, hasta mi último suspiro. Ya estamos de acuerdo en que no tengas conmigo consideración alguna. Envíame las cruces y penas en la medida que quieras. ¡Sólo Tu gloria, oh Dios mío!

Pero asísteme cuando dé el último suspiro, y que Tu Sma. Madre me reciba. Haz que te contemple, Te ame eternamente y me sumerja en Tu alegría sin fin. Amén.”

El 2 de Febrero de 1846, escribe:

“Este tiempo en que el Señor da a mis obras exteriores frecuentemente muy poco éxito, probándome con el reducido círculo de actividad de sólo cinco ciegos, sea para mí la ocasión propicia para cuidar con mayor solicitud y fidelidad la vida interior. Me alegraré cordialmente del éxito de las obras ajenas y las propiciaré en la medida de mis posibilidades. Si la gloria de Dios es realmente el fin de mis anhelos, es del todo indiferente por quién sean ejecutadas. El no necesita de mí. Si El quisiera valerse de mí para obras grandes y exitosas, ya me habría dado los medios para realizarlas. Lo que al presente desea de mí, es mayor abnegación interior; quiere que aprenda a amar la vida oculta. ¡Oh Jesús, ayúdame a crecer en la uniformidad de mi voluntad con la Tuya!”

Día tras día suplica durante esa prueba: “El Señor haga conmigo lo que quiera. Sea que me destine para procurar Su gloria en el mundo —o que tal vez me llame a la completa abnegación y desprendimiento de las criaturas en una orden, —tal vez en el Sacré-Coeur— hágase cómo, cuándo y dónde El lo disponga. ¡*El* no más, únicamente *El* sea el objetivo de mi vida!”

Deleita advertir la clarividencia con que Paulina pone lo esencial y fundamental de la perfección en primer plano. No la busca en muchas y prolongadas oraciones; en ejercicios piadosos y en cofradías; no en duras penitencias y maceraciones. Son medios de perfección. A menudo pone de relieve la exacta observancia de la Regla y su importancia para llegar a la perfección, pero nunca las presenta como la perfección misma.

Parece que no se le ocurrió buscar la perfección en visiones, revelaciones y entregas místicas a Cristo; menos aún en consolaciones, enternecimientos y lágrimas que no nos es dado producir. Debido a la forma correcta con que se dieron los santos ejercicios, derivó Paulina el concepto de perfección, contestando la pregunta: ¿Para qué está el hombre sobre el haz de la tierra?

Sus propósitos se inspiran siempre en el amor a Dios: “Jesús, ¡dame el amor!, es todo lo que ansío; con el amor lo poseo todo. Si lo poseo, Te agrado; eso me basta y no deseo nada más! “Amor, y más y más amor, sea todo mi anhelar; —¡Amor y Humildad!”

Es el amor lo que la urge a abrazar el estado de perfección. Comprende que los votos de pobreza, castidad y obediencia, al refrenar el desordenado afán de poseer, de complacerse en deleites sexuales, y en la búsqueda del yo egoísta, allanan los tres grandes obstáculos que impiden la santidad. Comprende que los preceptos de la Regla, liberan del capricho y arbitrariedad en el cumplimiento del deber.

De sus apuntes y de amonestaciones dadas ocasionalmente, se desprende cuán en serio ha tomado la realización de sus convicciones.

El 9 de Febrero de 1858 escribe a una hermana: “No hemos entrado a la Congregación para descuidar nuestras almas; queríamos que se salven, y nos habíamos propuesto no sólo asegurar su salvación, sino obtener un alto grado de felicidad en el cielo. Esta fue la razón por la cual lo vendimos todo, para comprar el reino de los cielos. Y ahora estando en el convento ¿decaería nuestro fervor? ¡Oh, no! ¡No puede, no debe ser! Lo primero ante todo. Primeramente nuestra salvación, la cual no se alcanza sin cuidado y oración.”

De nuevo amonesta, dirigiéndose a sí y a sus hermanas: “Cuidemos con el mayor cuidado y fidelidad de nuestra perfección interior. Es de suma importancia, pues el tiempo pasa rápidamente. ¡Quién sabe cuán próximas estamos a la eternidad! ¡Cuán amargos reproches nos haríamos, si no hubiésemos alcanzado nuestro fin como religiosas, es decir, la santidad!”

En la dirección que Paulina daba a sus hermanas, figura siempre en primer plano la aspiración a la santidad, que era su constante aguijón. Proponía este anhelo a las que podían ser admitidas. A una candidata algo mayor y de elevada posición social, escribe: “Ojalá encuentre Ud. perfecta paz en nuestra casa. Lo espero con absoluta confianza. Ud. comprenderá que las dificultades forman parte de la vida y por lo mismo, las encontrará aquí; pero estoy cierta que las vencerá con la ayuda de Dios. Ante todo le recomiendo, mi querida hija, que trate de integrarse lo mejor que pueda en nuestro ambiente. No se apegue a mí solamente; ni espere o exija especiales atenciones de mi parte. Venga con la disposición de una niña dócil, sin pretensiones. Una vez en el convento, trate de no hacer alusión a su rango. Sea la sierva de todos. Si es ésta su disposición, venga, hija mía; incorpórese con valor y confianza a nuestra familia religiosa. Le ayudaré con verdadero amor maternal, también cuando sea exigente, pues lo soy, y cuente con ello. Mi deseo del adelanto progresivo en la santidad, me induce a cortar y quemar sin piedad lo que obstaculiza este ideal.”

Con la delicadeza que inspira el amor maternal, solía hábilmente tocar las fibras más delicadas del alma con el único fin de vincular una exhortación apremiante a la santidad. A la superiora de Ancud le escribe: “A menudo estoy con Ud., en el querido Ancud. Cuánto me alegraría si sus buenos padres pudieran estar con Ud. algunos días en su apacible y tranquila casa. ¡Con qué frecuencia la recordarán! ¡Le tienen un cariño entrañable! Recuerdo vivamente, cuando su buen papá me la trajo a nuestra pequeña casa en Paderborn, y me la confió como a su más preciado tesoro. Ud. y sus amados padres han ofrecido al Buen Dios un sacrificio cuya radicalidad se acrecienta también por la distancia que los separa. Esta ofrenda se trocará en el cielo *en felicidad indescriptible* y en unión inseparable! Así es que mi cara Hermana, hágase *santa muy santa* y conduzca a la verdadera santidad a quienes le están confiados. Ud. desempeña un cargo muy importante en la Congregación. Trate de cumplir bien sus deberes y sea a todas, *ejemplo vivo de humildad y mansedumbre* según las enseñanzas del Divino Maestro. Busque aprecio para los demás; a sí misma téngase en poco con sinceridad de corazón.”

No se cansaba de inculcar a las superiores: “La salvación propia y la de nuestras hermanas debe ser nuestra *mayor preocupación*; si hay descuido en esto, ¿de qué sirve todo lo demás?... ¡Ah!, ¡por favor, no descuide su vida interior, mi buena Hermana! La superiora debe ser como el fuego que esparce calor. El Buen Dios le conceda Su gracia para formar muchas hermanas *santas* y que Ud. misma llegue a ser una gran *Santa* por medio de una profunda humildad; de la mortificación del amor propio y de la susceptibilidad, y por un verdadero y ardiente amor al prójimo.

Cuando la actividad de las hermanas en escuelas e instituciones llegó a paralizarse durante el Kulturkampf, y las religiosas acudían con el corazón sangrante en busca de nuevos campos de acción, la clarividente Madre aprovechó las trágicas circunstancias para un fuerte llamado: “¡Aún faltan santas en la

Congregación! Por lo tanto procure cada una hacerse santa. ¿Qué provecho sacamos, por consiguiente, de todo lo demás? ¿Acaso habrá quien se ha fatigado más que nuestras hermanas? y ¿con qué se las ha recompensado? La ingratitud es el pago del mundo; y nadie, sino Dios es fiel. Únicamente lo que hayamos hecho por El, será remunerado en el cielo”.

Con frecuencia aprovechaba la despedida de *una* casa, para exhortar a la santidad. A las Hermanas de Sigmaringen les escribía el 1º de Noviembre de 1859: “Ojalá pudiera expresarles debidamente cuánto las quiero a todas y cuánto he gozado en su grata compañía ¡Continúen sirviendo al Buen Dios con mucho fervor e infantil sencillez, para que todas se hagan santas!”

A una superiora abatida por el fallecimiento de *una* hermana muy competente, la consuela: “¡Qué el Divino Esposo lleve a sus esposas a la Patria celestial cuando le plazca; lo que importa es que todas estén preparadas y le agraden! ¡La tarea principal es hacerse santas!”

Al exhortar con apremio, no perdía de vista la limitación humana: “Es verdad que no debemos perder de vista la cumbre del monte de la perfección; pero tampoco debemos sorprendernos al constatar que aún no la hemos escalado; más bien adelantemos con paciencia, y guíemos a los demás hacia la altura, ayudando siempre y animando a perseverar.”

Aún cuando se impartan aquí y allá exhortaciones acerca de la perfección religiosa, ésta no deja de ser difícil. La Rvda. Madre alude frecuentemente a los votos, a la regla y a los stos. Ejercicios como medios de extraordinaria eficiencia. Es sabido que después de un fervoroso noviciado, al lanzarse la juniora al apostolado externo, suele sobrevenirle un aflojamiento que conduce a la rutina. Si bien los santos ejercicios anuales han encendido el fervor, éste no es tan constante como para impedir un decaimiento que degenera en mediocridad rutinaria. Para hacer frente a este mal, Madre Paulina recurre a un medio hasta entonces poco usado en las Órdenes y Congregaciones religiosas. Estableció como preparación a la profesión, un tercer período de prueba, provisto de tranquilidad y de los medios propios del noviciado.

En 1866 Madre Paulina con sus cuatro Asistentas, hicieron el primer terceronado. Interrumpieron los negocios temporales y dejaron la casa. Durante las semanas de los ejercicios mayores, vivían en la Capilla San Conrado recién consagrada.

En lo posible se interrumpió toda comunicación exterior durante el terceronado. Con todo sosiego y recogimiento, debían estar empeñadas en primer plano del negocio de la mayor importancia: la santificación propia. Se comenzó el 25 de Abril, para terminar en la fiesta de la Asunción de María Sma. El Reverendo P. Behrens, jesuita, se encargó de la dirección general; trazó el horario, presentó en algunas instrucciones, grávidas de hermoso y profundo contenido, la esencia de la perfección de una persona consagrada; además de los medios para alcanzar este objetivo, dio la pauta para los ejercicios mayores; oyó las confesiones generales, y dio acertados avisos para el terceronado. El fin hacia el cual todo convergiría, era: asemejar más y más la propia vida a la de Jesús en su vida oculta, a fin de que el día de la profesión perpetua, pudiesen ofrecerse al Divino Corazón, como holocausto perfecto. Con este fin empleaban el tiempo en la meditación, la oración vocal y el trabajo manual. Durante las

horas de costura rezaba la Madre en voz alta, alternando con las demás hermanas. Su íntima y fervorosa oración, ordinariamente se acomodaba a las necesidades particulares de cada una, a las de la Congregación o a las intenciones y súplicas que inspiraban los tiempos difíciles que estaban viviendo —así está consignado en la crónica—: “Procedían a la lectura espiritual. Después de los diversos párrafos, solía hacerse una pausa y se continuaba el trabajo en silencio para reflexionar sobre lo leído, posesionarse de ello y sacar provecho espiritual”.

Los ejercicios mayores empezaron el 28 de Mayo y concluyeron el 21 de Junio. El Excmo. Sr. Obispo Conrado Martin los inició con la Santa Misa del Espíritu Santo, celebrada en la Capilla San Conrado. Después Madre Paulina dirigió a las hermanas una alocución de apertura, corta, pero hermosa y muy alentadora. La crónica, de la cual tomamos estos pormenores, refiere: “La Madre Paulina hacía todos los ejercicios como si fuera novicia, siendo para nosotras al mismo tiempo una madre solícita, maestra y guía. De este modo el terceronado fue un tiempo de renovación espiritual, propio para cimentarse y fortalecerse en todas las virtudes, y gracias a la sabia dirección, a la vez un tiempo para reponerse espiritual y físicamente”.

Por haber estallado la guerra, hubo que reducirse el tiempo de la tercera probación. El 16 de Julio, Madre Paulina con sus cuatro asistentes, emitieron solemnemente los votos perpetuos en la Capilla San Conrado, festivamente adornada. A este acto se habían preparado con fervor durante diez días. El Exmo. Sr. Obispo les hizo una conmovedora exhortación: “¡Quiera Dios que a estos propósitos maduramente meditados, santa y solemnemente prometidos, se sigan los hechos! ¡Ojalá que vuestro querer y aborrecer, vuestro temer y esperar, vuestro hablar y callar, vuestros pasos y acciones se encaminen sólo a lo único necesario: a la mayor gloria de Dios, a vuestra salvación eterna y a la de vuestros prójimos, a fin de que así seáis: esposas de Cristo, émulas de los ángeles y además ejemplos resplandecientes de toda virtud para la Congregación entera!”

Habiendo experimentado en sí misma cuánto había contribuido este tercer periodo de probación al adelanto en la perfección, la Madre Paulina velaba especialmente porque no se admitiera a ninguna hermana a los votos perpetuos, sin que hubiese previamente disfrutado de todos los beneficios de esta organización. A veces dirigía ella personalmente el terceronado, sobre todo cuando se trataba de la formación de superiores. Un cuaderno voluminoso que contiene las instrucciones de la Madre, recopiladas por hermanas que participaron en sus terceronados, manifiestan el amor, la solicitud y asiduidad con que ella se dedicaba a esta tarea importante.

Hasta el presente es el terceronado para las hermanas, la gran fuerza regeneradora para eliminar faltas, negligencias y tibieza que se hubieran introducido furtivamente; y para encender de nuevo la generosa disponibilidad del noviciado.

## CAPITULO VI

### LOS SANTOS EJERCICIOS

"Voy a seducirla; la llevaré al desierto y hablaré a su corazón." (Os. 2,16).

Los santos ejercicios son realmente el más copioso manantial de gracia en la vida de la R. M. Paulina. ¿Con qué disposición se irá por agua a este manantial? Cuanto más enérgica la voluntad, y más generosa la entrega, tanto más seguro y duradero el éxito. Antes de entrar en los ejercicios, suplica con instancia: "Señor, ayúdame a estar dispuesta a cualquier sacrificio que me exijas. Te busco a Ti y la vida eterna, cueste lo que costare".

Cuánto apreciaba Paulina los ejercicios, lo demuestra la reflexión después de una mirada retrospectiva: "Cuánto mejor veo que por medio de los santos ejercicios he recobrado la paz, y que la genuina sabiduría en éste y en el otro mundo, está en la verdadera relación del alma con Dios, tanto más imperdonable me parece que desde el último retiro se hayan deslizado pequeños desórdenes".

En el compendio autobiográfico vuelve sobre esta apreciación: "No puedo expresar dignamente cuánta gratitud le debo al Buen Dios por el beneficio de los santos ejercicios. Vi mi existencia en una nueva luz y tomé serias resoluciones para el futuro. Sentí que debía comenzar una vida nueva y mejor. Nunca podré agradecer debidamente la luz y la gracia que ahí se me concedió".

De ahí su anhelo por los santos ejercicios. Por lo general los hacía con las demás hermanas; pero en ocasiones importantes, elegía tiempos especiales, como aconteció en el año 1861, cuando entró en retiro desde el 7 de Junio hasta el 30 de Julio, con motivo del probable viaje a Roma del Excmo. Sr. Obispo Conrado Martín, a fin de poder dedicarse a una nueva revisión de las constituciones. Casi siempre terminaba sus anotaciones así: "Buen Dios, cuanto te agradezco los incontables beneficios que me has concedido durante este tiempo. Sobre todo he reconocido la urgente necesidad de velar para que en la Casa Madre se viva de veras la vida religiosa...".

Buen Dios, dame tu bendición y ayuda a fin de que ame y practique yo misma la vida común, procurando ser muy amable y buena para con todos, y toda para todos "Y mientras cultive la vida interior cuidadosa y fervorosamente, dignate Tú bendecir las actividades exteriores y otorga a la Congregación un florecimiento vigoroso". Esta gran estima de los ejercicios la llevó a ofrecerse a cuidar de la casa de Sigmaringen, ayudada por el personal de servicio, "para que todas las queridas hermanas puedan pasar tranquilamente estos días de oración." En una carta a Sor W. en 1880 —es decir, poco antes de su muerte— amonesta: "Cuide Ud., por favor, que los santos ejercicios sean realmente provechosos, no sólo para su comunidad, sino también para Ud. misma, ya que el prójimo más cercano es uno mismo".

La seriedad con que al finalizar los ejercicios trata de llevar grabadas las verdades meditadas para mantener el fervor, es otra prueba del aprecio sumo de esta práctica.

"Si por el correr del tiempo o por consejos insidiosos, llegara a borrarse la fuerza renovadora de las meditaciones sobre las verdades eternas: muerte, juicio, infierno, purgatorio, cielo, considera, alma mía, que estas verdades

permanecen realidades tan serias y aún más de lo que te parecieron durante los ejercicios. Se asemejan a un castillo velado por la neblina. Cuanto más uno se aleja, tanto más densa parece la neblina; el castillo, sin embargo, permanece donde estaba. Igualmente serios son la muerte y el juicio. ¡Considéralo, y obra de acuerdo!" (1842).

Con estas palabras resume Paulina la tarea de los ejercicios: "¡Sé mi maestro, Señor y Dios mío! Durante este tiempo de soledad quiero hacer orden en mi interior, para que la muerte no me sorprenda desprevenida, sino que pueda sobrevenirme en cualquier momento. Quiero abandonar el mundo con sus halagos para servirte sólo a Ti; así no será difícil el morir. Quiero que me precedan obras a la eternidad para no presentarme sola y abandonada ante tu tribunal y ejercitarme en la abnegación y humildad, porque esto es de tu agrado".

Fuera del perfeccionamiento propio, buscaba algo más en los ejercicios. Su espíritu apostólico no podía desentenderse del cuidado por los demás. Por eso termina sus anotaciones así: "Nuevamente te agradezco la gracia de estos santos ejercicios. Te ruego de corazón: ¡haz que lleve de ellos una llama de caridad en la que todos puedan abrasarse!"

Un cuidadoso balance y liquidación de cuentas del pasado, tenían capital importancia en todos sus retiros. La llena de júbilo el tener la seguridad del perdón de todas y de cada una de sus faltas. Después de la confesión general el 1842, escribe: "He procurado examinar seriamente mi conciencia; el sacerdote, en nombre de Dios, me absolvió de todos mis pecados, incluso de los que yo no hubiera recordado mencionar. Expresamente me aseguró que todo estaba incluido sin excepción; que en adelante no debía inquietarme por nada, ya que todo estaba lavado en la sangre del Cordero; que mi vida pasada estaba totalmente redimida por la infinita Misericordia de Dios, y que sería falta de fe y de confianza en su inefable Bondad, si me intranquilizara aún por alguna de mis faltas."

Pronto vuelve a referirse a lo mismo: "¡Dios mío, no acierto a agradecerte por tu Misericordia! ¡Mi alma es toda gratitud para contigo! Cada pecado, cualquiera sea su nombre, está borrado; absolutamente todo ha sido lavado en la Sangre del Cordero, gracias a Dios! En adelante sí que quiero poner todo el empeño en corresponder al precioso don de los santos ejercicios con la sincera enmienda de mi vida."

Su alma tierna y sensible estaba de tal manera conmovida por la meditación del pecado y sus consecuencias, que cifraba toda su dicha en esta convicción. "Ahora estás absuelta de todo pecado; te lo ha asegurado el sacerdote en nombre de Dios".

Habiendo ordenado con detención y método el pasado, también procedía a cimentar el futuro con clarividencia. Sus propósitos son planes de acción llevados al detalle. Las dificultades se ponen de relieve y se disponen todos los medios. Se diría que los propósitos (plan de vida) que van a continuación, llevarían a una religiosa a la santidad; la que los formula es Paulina, estando aún en el mundo:

“Con la ayuda de Dios:

5:30 levantarse; hacer en seguida la señal de la cruz y arrodillarme para ofrecer a Dios el nuevo día; darle gracias por la noche pasada y saludar al Smo. Sacramento. Mientras me vista, pensaré en los puntos de la meditación.

0:30 minutos de meditación.

0:15 minutos de preparación próxima a la Santa Comunión (aquí sigue el párrafo referente a la comunión que se ha insertado en otra parte). Después de comulgar, participaré en el Santo Sacrificio como oración eucarística e impetratoria, practicando por lo general la oración afectiva.

0:30 minutos diarios de oración vocal.

0:15 minutos de lectura espiritual, a ser posible después de comer. Son muy adecuados: la Biblia, el Kempis, Ejercicio de Perfección y Virtudes Cristianas de Alfonso Rodríguez, SJ. Un trozo de la vida de los santos puede servir también para la lectura, aunque creo preferibles para este fin, los libros citados anteriormente.

0:15 minutos, si fuere posible antes de la cena, el examen de conciencia y la oración de la noche.

Antes de entregarme al descanso, leeré la meditación para el día siguiente y mantendré mis pensamientos fijos en los puntos de la meditación, para que me duerma pensando en ellos y así mantenga recogido el espíritu para el día siguiente.

*La reformation se hará*, mensualmente. La preparación al Sacramento de la Reconciliación se hará con diligencia. Al examen de conciencia, sobre todo al *dolor* y al *propósito* se dedicarán mucha atención y el tiempo suficiente. *Nada* de precipitación en esto. Después de la confesión, agradecer a Dios cordialmente la gracia de la absolución, dándose el tiempo requerido."

Después de fijar ordenadamente los ejercicios espirituales, revisa sus deberes de estado en relación con su padre, sus hermanos, el personal de servicio y el gobierno de la casa.

"La santificación del Domingo se observará fielmente, no como un día cualquiera, para atraer las bendiciones de Dios y crecer en la vida interior. Prohibiré a nuestros domésticos la costura y el tejido los domingos. Para todos *vale más* la humilde sujeción a la Sta. Iglesia que un trabajo en desobediencia. Dios ha vinculado bendiciones especiales a la santificación *fiel* del día del Señor. Debo aprovechar bien el *tiempo*, pues Dios me pedirá cuenta del empleo de cada minuto. A la toilette daré el menor tiempo posible."

Ahora dirige su atención a las faltas que quiere evitar.

"Evitaré toda *mentira*, aún la más ligera, como, p. ej., decir que no estoy en casa, cuando, en realidad, estoy; permaneceré, pues, en la estricta verdad. Para lograr un buen fin, no apelaré a la *vanidad* del prójimo; ni prodigaré alabanzas que pudieran inducir fácilmente a la vanidad. Al hablar sobre los demás, lo haré con prudencia y *caridad*, recordando las palabras del Señor: *No condenéis*, y no seréis condenados; *no juzguéis*, y no seréis juzgados."

Procuraré fomentar siempre la caridad y la unión, refiriendo el bien que hacen los demás. Y cuando me dé cuenta que dos personas se han distanciado,

buscaré con tino y habilidad los medios oportunos para reconciliarlos. Por otra parte, me guardaré de ser bonachona, para no caer en la actitud viciosa de hacer pasar lo blanco por negro, induciendo así a apreciaciones erróneas — sobre todo al opinar sobre el Hospital de Paderbom, sobre la sociedad de beneficencia, sobre el Rey, etc., para no pecar. (Esta última advertencia nos aclara que se trata de un intercambio de ideas como se acostumbra en círculos sociales.)

Cuando hable de mi padre, lo haré siempre, siempre con veneración. Consideraré cuánto disgustó a Dios la crítica de Jonatán sobre su padre Saúl, y cuan severamente la castigó.

Después de Pascua ayunaré 15 días para reparar en lo posible la inobservancia de los días de ayuno prescritos por la Iglesia. Es que me había propuesto anteriormente que repararía el ayuno y la abstinencia que no había guardado convenientemente en viajes, etc., lo que cumpliré después de Pascua con la ayuda de Dios. Sin embargo, me dijo expresamente el Sacerdote en la confesión general que era bueno obrar así y que lo aconsejaba, pero que no era pecado, si lo omitía, y que podía hacerlo sin inquietud.

Como tiempo atrás he hecho gastos en favor de los pobres sin que lo supiera mi padre, al manifestárselo ahora, le pediré que me otorgue su aprobación; así quedaré tranquila. Por supuesto que en adelante no daré nada a los pobres sin anuencia de mi padre. En el gobierno de la casa procederé consecuentemente, con ponderación, fidelidad y la necesaria economía.

"¡Para esto concédeme tu gracia. Dios mío! ¡Amén!"

En los ejercicios siguientes, lejos de cambiar los propósitos deliberadamente propuestos, agrega algunos más, reforzados con motivos sólidos, y se anima diciendo: "Sólo quien persevera hasta el fin, se salvará. Si no se persevera hasta el fin, de nada sirve empezar bien, y luego retirar la mano del arado y mirar atrás. Quiero, pues, ser fiel a mis propósitos. En lo referente a la vida ordinaria, permanecen los propósitos hasta aquí formulados en el último retiro".

Se valía de la renovación mensual para llevar un serio control del cumplimiento de los mismos. Si no se supiera cómo suelen hablar de sí las almas nobles y piadosas, que suelen presentar las trivialidades e imperfecciones aisladas que ocurren en la vida diaria como faltas serias y peligrosas, podríase temer por el adelanto de Paulina, cuando se lamenta de sus faltas e imperfecciones. Pero es sabido que, si se contempla el firmamento con el telescopio, se descubren siempre nuevas estrellas; si un rayo solar penetra por una rendija en un cuarto oscuro, se distingue menudo polvo, en el aire que parecía limpio.

El contenido de sus notas de retiro muestra que Paulina, muy generosa como era, observaba con escrupulosa exactitud todas las adiciones de los ejercicios de San Ignacio, se abandonaba, durante esos días, por completo en manos de Dios, y abría su corazón sin reserva a la gracia. Retirada del mundo y entregada al silencio y recogimiento. Paulina escudriñaba la voluntad de Dios en meditación seria y franca consulta; formulaba con claridad y precisión las inspiraciones recibidas, haciéndolas objeto de serio examen y de riguroso control en la renovación mensual. De este modo los santos ejercicios eran para ella nuevas etapas de ascensión.

## CAPITULO VII

### HUMILDAD

"Todo hombre que se enaltece, será humillado; y el que se humilla, será ensalzado." (Mt. 3,12).

En los primeros ejercicios que Paulina hizo en 1842, escribe: "Mi vida en adelante deberá conformarse al ejemplo de Cristo." ¿Cuál será la base de su programa?

"Como fundamento de todas las virtudes se presentan a mi alma la mansedumbre y la humildad."

Y continúa: "Quien quiera hacer grandes obras en el reino de Dios, deberá humillarse. Es disposición eterna de la economía divina, valerse, sólo de aquellos instrumentos que no menoscaban el honor del Bien único, eterno que todo lo puede. Llegar a esta profunda y sólida humildad, será en adelante todo mi empeño. No ha de consistir en palabras y en apariencia exterior, sino en obras de buena ley".

Es éste su programa de vida. ¿No exagera acaso en la estima de la humildad? Ciertamente, la humildad no forma parte de las virtudes que unen directamente con Dios, llamadas teologales: fe, esperanza y caridad; tampoco se la menciona entre las virtudes cardinales: justicia, prudencia, fortaleza y templanza. Sólo al descender a las virtudes concomitantes de la justicia: religión, penitencia, obediencia, hallamos la humildad, custodiando la justicia para con Dios, y mortificando la aspiración a la grandeza independiente de Dios. Precisamente en esto radica su importancia y significado. "Seréis como Dioses", insinuó la serpiente en el Paraíso.

Los más peligrosos enemigos del hombre proceden de la sensualidad, especialmente del orgullo. Nada tan arraigado en casi todos los hombres como la tendencia a querer lucirse por su trabajo y por aventajarse en el éxito. Los padres y maestros de la vida espiritual conculcan en calificar la soberbia como vicio diabólico y amonestan e insisten en que se echen bien profundos los cimientos de la humildad.

Es el sentir de Madre Paulina. "Si todo el mundo me despreciara, estaría en lo justo. ¡Ojalá lo tuviera yo presente en todo momento! ¡Oh, si aceptara como venida de Tu Mano, cada humillación y postergación de los hombres! He merecido todo castigo".

Quedan aún más aclaraciones: la humildad no es únicamente el fundamento de las virtudes, es además la cumbre de la perfección misma. Es el desprendimiento total, a fin de referirlo todo a Dios. Ella despeja el camino y conduce directamente al puro amor de Dios. Por eso concibe Paulina las más profundas ideas sobre la humildad, al meditar durante los santos ejercicios las verdades fundamentales del cristianismo: "¡Somos polvo, creados de la nada! Dios nos hizo. Todo es don suyo, ¿Cómo tributarle en adelante la honra a El sólo? Quiero ser la sierva del Señor. Qué importa estar en el candelero o bajo el celémín. La Voluntad de Dios es el santo y seña. ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si todo lo has recibido ¿de qué te jactas como si no lo hubieras recibido?" Sigue reflexionando, y agrega: "Eres polvo y pasto de gusanos. Me

consideraré como polvo y basura. De aquí se deduce que cualquiera tiene derecho a pisotearme, sin que yo pueda permitirme una queja."

La contemplación del Niño-Dios en el pesebre, le sugieren pensamientos similares: "El Verbo se hizo carne —María tiene que colocar a su Dios sobre paja y heno— ¡Oh prodigio de prodigios, el de un Dios anonadado! ¡Y yo quiero ser apreciada! Esta sabiduría de sabidurías sea objeto de tu estudio cada mañana y cada día hasta el fin de tu vida: la humildad de Jesús; el amor de Jesús. Serán necesarios muchos golpes de cincel para moldear la figura; pero, ¡adelante con serenidad y discreción! ¡Con Dios todo lo puedo!"

Paulina reconoce que la humildad tiene un papel muy importante en la vida religiosa: "Sólo si entras en religión con la intención más pura, hallarás la paz del alma. Sólo si eres verdaderamente humilde, podrá El servirse de ti para procurar Su gloria. Los corazones se abren espontáneamente a la mansedumbre y humildad. ¡Buen Dios, dame la gracia de practicarla en todo tiempo, y enséñame a aceptar las alabanzas y los vituperios con igualdad de ánimo".

Con los años se arraigó esta virtud en su personalidad de suerte que, siendo Superiora General, solía decir, según lo atestiguan varias hermanas: "Todo lo que trasciende a orgullo, me es insoportable".

Por supuesto, la humildad debe ser auténtica. Cuando descubre que no es legítima, exhorta sin ambages: "Querida hermana, su humildad tiene algo de enfermizo; no es del todo sencilla, ni bastante confiada en Dios. Rece mucho para obtener la auténtica, verdadera humildad".

La verdadera humildad se manifiesta también en lo exterior. El 6 de Enero de 1848, anota: "Me empeñaré en adelante en ser no sólo humilde de corazón, sino además en evitar toda expresión con apariencias de vanidad, aunque, en realidad, no procediera de ella. Reconozco que me he acostumbrado a hacer notar que estoy en la razón y que he previsto esto o aquello. He de evitarlo. Si la humildad está en el corazón y en lo más profundo del alma, entonces se manifestará también en las palabras y en cada acto externo de modo benéfico. ¡Qué amable es ante Dios y los hombres un espíritu realmente humilde! Nada puede resistirle, pues en última instancia vence a los hombres más duros y soberbios. Quien sabe humillarse más profundamente, es maestro en la virtud. ¡Humilde Jesús, dame humildad, mansedumbre y caridad!"

Para Paulina es la humildad de especial importancia en la vida religiosa. Por la inapreciable gracia de poder servir a Jesús en los pobres y desgraciados, quiere mostrarle gratitud, entregándose con abnegación y fidelidad a servirlo en ellos.

"La humildad me será doblemente importante en mi vocación que elegí ante Dios. He comprendido que en la hora de la muerte hubiera preferido haber abandonado los bienes terrenos para servir a Dios sin reserva. También he reconocido que no soy digna de desatar las correas de Su sandalia. ¡Qué predilección la Suya, haberme elegido entre tantas para servirlo en los pobres y enfermos! Pues bien, mi amado Jesús, concédeme ahora la gracia de no quedarme a medio camino. ¡Con valor manos a la obra! Si quisiste dejar los bienes exteriores, abandona también tu propio yo! Acepta de corazón ser la última de todas y presta gustosamente los más ínfimos servicios. No quieras ser preferida y ejércitate en la más sencilla e infantil obediencia. Las santas reglas y

el horario serán observados con la mayor exactitud. Has de servir a las hermanas y a los enfermos. Que el ejemplo de la humildad y mansedumbre de Jesús y de María sea la luz que te guíe."

Acaso podría objetarse, si la humildad vivida de esta manera, ¿no podría, poco a poco, paralizar la energía en la acción, infundiendo a las personas timidez, cobardía, e incapacidad para grandes empresas? En Paulina, como así mismo en muchos santos, auténticamente humildes, como un San Juan Bautista que se considera indigno de desatarle a Jesús la correa de su sandalia; y un San Pablo que se llama el último de los apóstoles, se verifica todo lo contrario. La humildad es la mejor aliada del heroísmo. Hay soberbios ambiciosos; pero *no*, héroes soberbios, Los verdaderamente grandes se destacan por los rasgos de humildad y modestia. Consta a través de la historia que la humildad, lejos de impedir el pleno desarrollo de las potencialidades, lo favorece. Se está a gusto en el trabajo con ayudantes capaces y a la vez sencillos y modestos.

Si aún los niños presuntuosos y creídos son repelentes, cuánto más lo son los superiores y personas de categoría. La personalidad amable, modesta, aureolada de profunda humildad de Paulina, atraía irresistiblemente a los niños; le abría el corazón de las hermanas que acudían a ella con la mayor confianza, aún en asuntos de conciencia; y hasta los mozos del vapor, le servían lo mejor, estando ella de viaje.

Es conocida la conducta paradójica de personas llenas de orgullo, que, según las conveniencias, suelen aparentar modestia y humildad, mientras en su interior se adulan vanagloriándose. A éstos los califica el Señor como "sepulcros blanqueados".

Cómo se regocija Paulina al constatar que en su Congregación reina el espíritu de auténtica humildad: "Agradezco inmensamente al Buen Dios por el buen espíritu que hay en la Congregación. Este se me reveló por el hecho de que no sólo las hermanas que debían renovar los votos, sino también Sor Juliana Hartmann (futura maestra de novicias), me pidieron, con sencillez e insistencia repetidas veces, que les permitiera ser hermanas coadjutoras. ¡Ah! ¡Cuánto me ha alegrado este buen espíritu en la Congregación! ¡Quiera Dios conservarlo y concederlo a todas las hermanas! Las que obtuvieron el permiso, dieron ciertamente buen ejemplo a toda la Congregación. ¡Ah! ¡Dios mío, concede a mi cara institución el espíritu de verdadera, auténtica humildad! ¿He de ser yo también hermana coadjutora? ¡Oh, sí, Jesús; de todo corazón! Sólo deseo cumplir tu Voluntad".

Dios da su gracia al humilde, y resiste al soberbio. San Buenaventura nos señala causa de esta actitud de Dios, cuando dice: "El orgulloso se atribuye todo a sí mismo; el humilde da toda la gloria a Dios.

La humildad une con Dios; el orgullo relaja o rompe este vínculo. Sólo el sarmiento que está firmemente unido a la vid y saca de ella la savia vivificante, dará mucho fruto. Por eso dice Paulina a sus hermanas el 10 de Mayo de 1866: "¡Adhiéranse firmemente al Buen Dios, y esfuércense en llegar a ser verdaderamente humildes de corazón! ¡Pero la humildad es auténtica, cuando va acompañada de filial confianza en Dios, quien como el mejor de los padres, dirige todo al mayor bien nuestro, sí lo dejamos gobernar según su beneplácito, y le servimos con fidelidad!"

Ella hacía suya la máxima de San Agustín: "Cuanto más alto quieres ascender; tanto más profundo debe ser el fundamento de la humildad. La lluvia de la gracia no queda en las alturas, sino que se derrama en los valles." En estas llanuras bien regadas, brota la perfección personal; ésta es la tierra adecuada para la acción fecunda, como lo escribe desde el Océano a las hermanas más antiguas en Sudamérica, el 27 de Febrero de 1880: "Cuánto las hermanas mayores sean más verdadera y sinceramente humildes de corazón, y cuanto sean más verdaderamente piadosas y fieles cumplidoras de su deber; y cuanto vivan más verdaderamente unidas a Dios, tanto más aptas serán para formar con eficiencia a las hermanas jóvenes para Jesús y para los fines de nuestra santa vocación. Traten todas Uds. de llegar a ser muy abnegadas y sean muy amables entre sí, con las novicias y con todos".

La auténtica humildad no impide ver el bien verdadero, reconocerlo y aspirar a él. Humildad es verdad o la fuerza moral para aplicar a sí la verdad con todas sus consecuencias, en todo tiempo y lugar con todas sus exigencias y en toda circunstancia. Esto oprime al hombre orgulloso, pero da también la capacidad para reconocer la grandeza de la Bondad de Dios y exclamar jubilosamente con María Sma.: "Mi alma engrandece al Señor, pues ha hecho en mí grandes cosas Aquél que es poderoso...!" También el humilde apóstol San Pablo se jacta, sin perder de vista que: "Quien quiera gloriarse, se gloríe en el Señor". A este respecto es ilustrativa la ya citada carta del 27-II-1880, en la cual Paulina, al echar una mirada global sobre la obra que Dios le ha confiado, exulta con sencillez, uniéndose a María Sma.:

"Si, al salir de Chile, considero las ricas bendiciones que ha derramado aquí el Buen Dios sobre nuestra Congregación y al dilatado campo de acción que se abre ante nosotras, me siento invadida de íntima gratitud hacia Dios y de alegría desbordante por mis tan buenas y queridas hermanas. No puedo menos de encomendarlas a todas y las obras de la Congregación a la Bondad de Dios; y abandonar en sus fieles Manos paternas a todas y todo con la mayor confianza. Que El disponga de todo conforme a Su divino beneplácito.

El ha dado la fecundidad; ¡sea toda la gloria para El solo!"...

En la adquisición y práctica de la humildad, pone la atención primeramente en no herirla: "¡Pon mucha atención en tus palabras! No digas nunca una palabra por vanidad. No te alabes. Habla poco de tus obras, para que no se introduzca la vanidad."

Sin embargo no tenía un concepto erróneo de esta ley fundamental —en el aprendizaje de la humildad— que la volviera reservada en el hablar o lacónica. Las hermanas refieren que era un placer oír la contar en detalle acerca de sus viajes, de las nuevas actividades emprendidas, del éxito en los trabajos realizados por las hermanas, etc. Lo mismo hacía en sus cartas. La humildad no sellaba sus labios. Al contrario, daba toda la gloria a Dios y a sus diligentes hermanas. La humildad no pone trabas a la caridad; le prepara el camino.

Si Paulina velaba severamente sobre sus palabras, no sondeaba con menos rigor su corazón. En la víspera de la solemne inauguración como Establecimiento Provincial de su pequeño Instituto de Ciegos, se fracturó el pie. La participación en este accidente, se convirtió en admiración, cuando, después de dos horas de intervención médica, participó, sentada en un sillón, en las

negociaciones de la comisión urbana. Lo que entonces pasó en su corazón, nos lo ha anotado: "No creo que la alegría que me produjeron la bondad y distinción de que fui objeto de parte de los señores, sobre todo del Sr. von Bodelschwingh en la inauguración, y la que sentí al experimentar la participación de todos en la fractura de mi pie, haya sido vanidad pecaminosa. Era una alegría serena y apacible por la bendición de Dios que descendía sobre la Casa de los Ciegos, y porque el Señor en su infinita Bondad inclinara hacia mí —como se lo había pedido a menudo— los corazones de los hombres, en especial del Sr. von Bodelschwingh. Todo esto me alegraba sobre todo, porque creía ver en ello una garantía, no sólo para el Instituto de los Ciegos, sino también para el éxito del hermoso plan que se llevaría a cabo con la bendición de Dios. No niego que junto a esta alegría pura, quiso entrar la vanagloria."

Hermoso ejemplo por cierto, de cómo la humildad no está reñida con la alegría cordial por algún éxito o por distinciones personales, siempre que se tenga a raya la vanagloria.

Finalmente, ¿a dónde dirige la mirada, cuando en los comienzos de la fundación el Sr. Cura le dice que por de pronto asuma la responsabilidad de superiora?

"La casa de Nazareth sea nuestro modelo. La humildad, el amor y la paz reinantes en ese hogar, habiten también en el nuestro, a fin de que Jesús more con nosotras."

Fomentaba la humildad con obras. Tomaba asidua parte en los diarios trabajos domésticos, mientras se lo permitieron los deberes de su cargo. Huía de las excepciones y distinciones. Trabajaba como cualquiera de las hermanas y se mantuvo fiel hasta la muerte a la vida comunitaria. Fue fiel a su lema: "Participar siempre valientemente en el trabajo y dar buen ejemplo".

Sor Josefa Hundt escribe: "Vi por última vez a la Madre Paulina en Wilkesbarre, en su viaje por América del Norte. Tenía mal semblante; pero, a pesar del cansancio y el extremado calor, casi siempre tomaba parte en los ejercicios de comunidad, con lo que nos edificó mucho".

La crónica de la Casa de Ciegos refiere acerca de su trato con los ciegos: "Elegía para sí lo más sencillo y desagradable, y pese al frío y mal tiempo, no dejaba nunca de ir a pasar la noche entre ellos." Después de relatar las penalidades y trabajos que pesaban sobre Paulina, prosigue: "No obstante todas sus preocupaciones, permanecía cuanto le era posible entre sus queridos ciegos; comía con ellos; los Domingos les hacía alguna lectura amena, durante horas; les daba clases de canto en las tardes, y con frecuencia llevaba de paseo a los ciegos más torpes, molestos y aburridores, ocupándose de ellos con especial amor".

Una de las hermanas cuenta que Paulina andaba en busca de los trabajos insignificantes y mortificantes, como por ejemplo: el aseo de la pieza de los niños, etc. Hasta qué punto llegaba en esto, lo leemos en una carta de Sor D. del 5 de Julio de 1886: "... Séame permitido referir algo que hace resaltar el amor maternal y la profunda humildad de nuestra buena Rvda. Madre, aunque ella trata de ocultarlo cuidadosamente:

En 1854 me recibió la Rvda. Madre Paulina en la Casa de los ciegos. Era yo una niña pobre de 14 años y había perdido a mi madre hacía cuatro semanas. Mi edad no me permitía entrar en el postulante, y me ocuparon para hacer algunas diligencias en la ciudad. Pronto me enfermé y todos creían que había heredado la tuberculosis de mi difunta madre. En ese tiempo se había formado tal suciedad en mi cabeza que era insoportable. Aunque las buenas hermanas se hubieran encargado con gusto de asearme, la Rvda. Madre se puso a la obra. Vino con un gran delantal y demás aperos; cerró cuidadosamente la puerta del dormitorio y procedió con tal caridad, destreza y jovialidad que yo, personita insignificante, olvidando quién era ella y quién era yo, no me sentía en absoluto avergonzada. Este servicio lo prestó Madre Paulina alegremente con frecuencia a pobres, huérfanos y desamparados.

Parece que Paulina empezó desde joven, a practicar la humildad. Su mejor amiga, Anna von Lommessen, describe cómo oraba:

"Casi siempre estaba horas enteras de rodillas sobre el piso de piedra en un rincón cerca del comulgatorio, completamente absorta en Dios; en todas partes tomaba más bien la humilde actitud de mendigo que la correspondiente a la hija del Presidente, revelando con la actitud exterior, su disposición interior." — Cuando la Rvda. Madre venía a Altemberg, elegía el dormitorio común, en vez de una pieza individual que le ofrecían.

Una de sus compañeras de estudio, refiere: "Como Paulina desde niña era muy alta, sentía vergüenza tener que cruzar las calles con el bolsón ajustado a la espalda. Entonces pasaba a la iglesia a pedir humildad".

En sus consejos a las hermanas y superioras insiste siempre en la fidelidad al trabajo humilde y sencillo. "Empéñese en desarraigar el orgullo de su corazón —es su mayor enemigo— y a implantar en él hondamente la humildad. Sin humillaciones no hay humildad. Por amor a Dios sirva a todos gustosamente. Por disposición natural es Ud. oficiosa; siga siéndolo con humildad profunda, pues le dará un sello especial".

Otro medio eficaz para llegar a ser humilde, es la obediencia sencilla, la puntual observancia de las reglas y estatutos. La renuncia a la propia voluntad, repetida una y otra vez al día en cosas pequeñas, para someterse a la Voluntad de Dios, crea sencillez y humildad.

Cuando en 1880 la Madre Paulina visitó a sus hijas en Gutemberg, presintiendo talvez su próximo fin, quiso hacer una confesión general con el R. P. Minoux en el vecino lugar de Feldkirch, a fin de estar dignamente preparada para la llegada del divino Esposo. *Con filial sumisión* pidió permiso a la superiora de la casa para hacer los ejercicios espirituales.

A esta *filial sumisión* encamina ella a sus hermanas: "Sea muy atenta con su superiora y obedézcale con gusto. Pronto experimentará la bendición que se sigue a tal actitud, y en la medida que Ud. continúe procediendo así, tendrá la ayuda especial de la gracia, mi apreciada hermana; porque Dios da su gracia a los humildes".

Si se quiere ser humilde, es indispensable sufrirlo todo con paz y pacientemente.

Estando todavía en el siglo, ella se lamenta: "Está mal hecho de mi parte recibir con susceptibilidad y tan poca afabilidad la censura de mis hermanos. La causa de esto es mi falta de mortificación, la soberbia y vanidad".

Pero cómo se condujo en adelante en semejantes casos, nos lo refiere una carta a Sor N.: "El artículo del diario me preocupa poco. Por cierto que no es muy noble contestar en esa forma a mi carta tan comedida. Es menester humillarse y seguir su camino, buscando el bien para todos".

Paulina está convencida que el medio más eficaz para obtener la humildad, es el profundo conocimiento de sí mismo, tal como se recomienda en los santos ejercicios. Al comparar la grandeza de Dios con su miseria propia; y al echar una mirada sobre sus imperfecciones con el horror que le inspira el pecado, habrá dicho con Tomás de Kempis: "Enciéndete en celo santo contra tí misma, a fin de que no se arraigue el orgullo en tu ser. ¿Cómo puedes abrir los labios contra tus detractores, tú que tantas veces has ofendido a Dios?"

Pero no sólo aprovechaba Paulina motivos para humillarse al pensar en sus pecados y miserias, sino también en el ejercicio de la presencia de Dios; en el recuerdo tan grato para ella del Señor en el Smo. Sacramento; todo lo cual le arrancaba el gemido amoroso que repite muy a menudo en sus apuntes; "¡Yo, nada; El, todo; por consiguiente, *para mí, nada; para El, todo!*"

Combinaba el incesante esfuerzo en la perfección de esta virtud, con súplicas ardorosas y confiadas: "Quiero empeñarme con nuevo fervor en mejorar, para que la caridad y la humildad se establezcan verdaderamente en mi corazón, a fin de que, una vez aclimatadas, se imprima su sello en todas mis acciones. Entonces mi paz interior se comunicará a los que me rodean. Es lo que pido con instancia a Dios, que mora en paz inalterable".

Con cuánta frecuencia repite: "Estoy tan poco cimentada en la humildad. Señor, tú que ves y conoces mi extrema pobreza, apiádate de mí ¡Señor, socórreme! Nada puedo; Tú, mi amado Dueño, lo puedes todo. La caridad es benigna, suave, modesta; lo espera todo; no piensa mal. El sólido cimiento de la caridad es una humildad profunda. Donde hay humildad y caridad, reina la paz interior y el total abandono a la Divina Voluntad. ¡Señor, dámelos!"

Esta humildad y caridad las recomendó como caro testamento a toda la Congregación en la última instrucción poco antes de su muerte: "Mis queridas hermanas, la humildad y la caridad son las virtudes favoritas del Corazón de Jesús. Reconozcamos de veras nuestra pequeñez y poquedad, amadas hermanas. Cuanto somos y tenemos es de Dios; nuestros son el pecado y la miseria. Aspiren a verdadera caridad cristiana".

## CAPITULO VIII

### UNA VIDA DE PENITENCIA

"No es digno de Mí el que no toma su cruz para seguirme." (Mt. 10,38).

La vida de reparación y de penitencia de Paulina ofrece un estímulo muy propio. Todos hemos pecado; y hasta un San Luís, admirable por su inocencia, se sometió a duras austeridades.

Para ella figuraba en primera línea la penitencia interior. En una instrucción amonesta: “Debemos practicar cuidadosa, tranquila y constantemente todo lo que sea mortificación interior; pero no ha de manifestarse como un fuego voraz, sino como la lámpara del Sagrario cuya luz es pequeña, pero constante. El Buen Dios sólo puede servirse de corazones desprendidos y desligados; éstos no se encuentran a cada paso. Traten de desprenderse de todo; y verán cómo desaparecen los caprichos y mezquindades que originan tantos enfados y disgustos. También es muy saludable cuando hay que ejercitarse en trabajos humildes”.

El área central de la mortificación interior, era para ella el Sacramento de la reconciliación. Puede decirse que entre las prácticas de la vida espiritual, es ésta en la cual pone el máximo de empeño, en tal forma que lleva detallada cuenta en su diario espiritual de cada confesión, sobre todo de cada confesión general.

Procedía con mucho cuidado en la elección del confesor. Una interrogante de importancia en sus cartas, al tratarse del cambio de las hermanas o de la aceptación de nuevas casas, es: “¿Quién será el confesor de las hermanas?” Pero también sabe rechazar con energía las opciones antojadizas, insistiendo: “Al fin y al cabo, lo que más importa para el progreso en la vida espiritual, es el trabajo personal. Muchos de los medios que se nos ofrecen del exterior, son muy agradables; pero, conformarse mortificándose, al experimentar privaciones de este tipo y seguir trabajando con valor en la perfección interior personal, es decididamente más ventajoso”. Son duras estas palabras.

Cuán profundo penetraba en el corazón femenino, al escribir en otra ocasión: “Guárdese del escollo de un excesivo apego y de la veneración muy cálida. Hay cosas que aparentan hacemos adelantar en el camino de la perfección, pero resultan más gratas que saludables... A menudo nos equivocamos respecto a los caminos por los cuales esperamos alcanzar la salvación”.

Una vez elegido el confesor, tras debida diligencia, hay que acudir a él con la confianza que merece el representante de Dios. De ahí que Madre Paulina amoneste en cierta ocasión: “No ofendan a Dios ni falten a la prudencia hablando contra el confesor o de la falta de confianza que les inspira; no lo comenten entre Uds., ni con hermanas de otras congregaciones, ni con nadie; pues, esto es muy delicado”. En una ocasión, cuando algunas hermanas de una casa manifestaron cierto descontento con el confesor, envió esta exhortación a la superiora: “Instruya a las hermanas sobre la dignidad del Sacramento de la Reconciliación, y cómo hay que recibirlo con humilde sujeción al criterio de la santa Iglesia; trate de persuadirlas que es mucho más meritorio sujetarse con mansedumbre y plena docilidad a las disposiciones de los superiores espirituales... en vez de oír por propio gusto las más hermosas exhortaciones en el confesionario. No tolere en su propio corazón ni en el de las hermanas un juicio severo, ni siquiera la menor falta de caridad contra los que han ordenado las cosas de este modo”.

Ya en aquellos tiempos patrocinaba enérgicamente en favor de la libertad en la elección del confesor, como si hubiera conocido los decretos actuales.

"Deje a cada hermana completa libertad en cuanto a la concesión", escribe, subrayándolo, a una superiora y añade para todas la observación siguiente: "Las hermanas deben ser muy razonables y venerar a Jesucristo en la persona del ministro del Sacramento de la reconciliación... No es el confesor quien puede hacernos santas; es incumbencia de cada una".

Ella veía con claridad la importancia del Sacramento de la penitencia para el progreso en la vida espiritual. Por eso insiste en los propósitos de los ejercicios: "Después de esta gracia tan grande del retiro, ya no debes como antes acercarte tan descuidadamente al Sacramento de la penitencia. Debes recibirlo con preparación seria y detenida, para que por fin te enmiendes".

Sus anotaciones en el librito del examen particular dan testimonio de su fidelidad a este respecto. *Hasta su muerte* dejó cada vez constancia de haberse confesado, cumplido la penitencia y que hasta aquí todo estaba en orden. La hermana que la cuidó durante su última enfermedad, refiere acerca de su postrera confesión: "Con cuánto gusto y frecuencia había recibido nuestra querida Rvda. Madre este Sacramento en días de salud."

"Así también quería ahora durante la enfermedad participar frecuentemente de las gracias que éste comunica. Hecha la acción de gracias después de su última confesión, tuve que anotar en su librito del examen particular, lo que ella antes solía escribir siempre: "Me confesé, cumplí la penitencia, están incluidos todos los pecados de mi vida; ahora puedo estar tranquila con respecto a todo". Esta fidelidad llevada hasta el último momento, me confundió y conmovió profundamente. Era tan fiel en lo pequeño como en lo grande; era la regla viva."

Por su gran estima al Sacramento de la penitencia, procedía con mucho cuidado y exactitud al recibirlo: "Debo tomar muy en serio la preparación al Santo Sacramento de la penitencia, dedicando tiempo suficiente al examen y mucha atención a la contrición y al propósito. De ninguna manera procederé a la ligera. Después de haberme confesado daré a Dios cordiales gracias por la gracia de la absolución; también en esto no andaré de prisa". Subraya tres veces las palabras "dolor" y "propósito", y pone de relieve la expresión "no a la ligera", subrayándola también.

En sus apuntes no se concentra toda la atención en el examen de conciencia, mas bien se ve con claridad que ella ha encontrado el justo medio entre la escrupulosidad y la conciencia laxa. Con el sincero reconocimiento y arrepentimiento, barre con lo que no se conforma con el amor y la verdad.

En el dolor, además de ser muy profundo, campean la firme esperanza y la confianza. Escuchémosla: "Alma mía, exclama, aún está tu suerte en tus manos; todavía puedes arreglar todo. ¡Elige! Dios mío, ¿qué diré? Me prosterno ante ti y confieso mi gravísima culpa. Te doy infinitas gracias por haber instituido el Sacramento de la penitencia en la santa Iglesia. Quiero escudriñar los recónditos repliegues de mi corazón y arrepentirme, con el más íntimo dolor, de los pecados de mi vida; quiero correr a los pies de Jesús a implorar humildemente perdón y formar los más serios propósitos para el futuro.

Por cierto, mi Dios amadísimo, por nada del mundo te volveré a ofender. Ayúdame para que así sea. A tu lugarteniente confesaré todos los pecados cometidos desde que tengo uso de razón, hasta este instante. Señor, hazme oír de sus labios las consoladoras palabras: Hija mía, tus pecados están perdonados; vete en paz y no peques más. Es preferible sufrir aquí esta breve humillación, antes que ser avergonzada algún día ante el mundo entero por mis pecados. Porque serán manifestados los que no hayan sido lavados ahora en la sangre de Jesús en el Sacramento de la penitencia. A la luz del Evangelio quiero juzgarme; lo haré severamente al tenor de sus principios. Me examinaré en cuanto a los 10 mandamientos; fijaré mi atención en los mandamientos de la Iglesia, en los pecados ajenos... todo lo cual será objeto de mi reflexión, me reconoceré ante ti como gran pecadora y me purificaré en el tribunal de la gracia. Amén.”

Esto no le basta; hay que animarse a actos de filial confianza, porque quiere ser la humilde esclava del Señor, y además una sierva alegre y sumisa. Por lo tanto, continúa: "Jesús, me fío enteramente de ti; me refugio en tus sagradas llagas; no puedes permitir que sea confundida. Si mi maldad es *grande*, tu Misericordia es *inmensamente mayor*; y tú dijiste: En verdad, en verdad os digo, yo no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. Venid a mí los que estáis trabajados y cargados, y yo os aliviaré. Jesús, eres *tú* quien ha dicho estas palabras, tú, la *Verdad* eterna, las has pronunciado. El cielo y la tierra pasarán —dice el Señor— pero mis palabras no pasarán. Jesús, creo en ti. ¿Acaso tu sangre no tiene valor *infinito*? ¿No bastaría una gotita para reparar los pecados del mundo entero? Ciertamente que sí. Vengo a postrarme a los pies de tu santa cruz y ruego que dejes caer sobre mí una gotita tan sólo de tu preciosa sangre, y mis pecados rojos como escarlata, se tornarán al instante, blancos como la nieve. De este modo, santificada por ti mismo, no temo *nada*. Jesús es en el juicio el buen Pastor que iba *en busca* de la oveja perdida. Entonces, cuando la ovejita se presente al juicio con indecible confianza, él la tomará en sus brazos".

Es a través de la solidez e íntima confianza manifestadas en el propósito, lo que asegura que ha recibido fortaleza para un cambio interior radical. "Confío firmemente que Dios me dará fortaleza y gracia para ejecutar los propósitos formulados, a fin de corregir mi vida, transformarme en nueva creatura, cumplir fielmente mis deberes y no *volver a pecar* en adelante. El Señor es mi esperanza; él sólo, mi fortaleza. A él me acojo con inquebrantable confianza; él no permitirá que yo sea confundida. Con qué objeto habría ido en busca mía, si ahora no me otorgara su gracia para serle fiel. El es tan bueno que no podrá *negármela*. Pero tú debes pedir con *fe*. Quien *pide mucho*, obtiene *mucho*; el Señor no es mezquino, se complace en dar. Me postro ante ti, Dios *omnipotente* y eterno, y te suplico desde lo íntimo de mi ser, dame la gracia de no pecar *nunca* más. Eres todopoderoso, escúchame. ¡Glorifica tu grandeza en mi debilidad y miseria!"

En el examen particular, controlaba con fidelidad sus propósitos y buscaba los medios más eficaces para combatir la tibieza y las imperfecciones. Anota:

"El examen particular debe llevarse sobre la fidelidad a los ejercicios conducentes a la perfección, propuestos durante los días de retiro; en caso de infidelidad, me impondré un castigo. Luego versará el examen particular sobre

la humildad, virtud que el Buen Dios quiera darme la gracia de alcanzar. Amén".

En la acusación no era ni demasiado minuciosa, ni demasiado detallista. Con sencillez procuraba descubrir lo profundo de su alma que daba al confesor la posibilidad de ser *verdadero director espiritual*.

En una carta a una hermana escrupulosa, le explica para consolarla, su proceder personal. "Respecto a la acusación, no designo cada vez a la persona contra quien he faltado; si es necesario, me sirvo de expresiones, p. ej.: personas de la casa, etc. Rara vez menciono la causa, cuando me acuso de demasiado rigor en la reprehensión. Hecha la acusación con sinceridad, abandono todo el Amor misericordioso de Dios, feliz de haber recibido el perdón; sin atormentarme, averiguando hasta qué punto he faltado. (Aquí se trata, por supuesto, sólo de pecados veniales y faltas.) Por lo demás creo que lo mejor para Ud. es arreglarse en sus confesiones como más convenga a sus necesidades. El sacerdote está ahí en lugar de Dios, y la pregunta: ¿Qué pensará?, no tiene asunto en el confesonario. Que piense lo que quiera, con tal que me vea libre de mis culpas... Confiélese, siempre que le procure tranquilidad interior. Trate de estar en buenas relaciones con el Buen Dios, y arrojese con entera confianza en los brazos de su infinita Misericordia en la medida que lo permitan los dolores y molestias de su enfermedad."

Para la Madre Paulina era cada confesión una verdadera renovación, una cancelación del pasado, una preparación a la muerte y un acontecimiento del cual dejaba constancia, anotándolo cada vez: Confesión, cumplimiento de la penitencia; todo incluido; o solamente: "Recé la penitencia".

Mayor esmero aún dedicaba a la confesión general. Sus apuntes revelaban con claridad lo que ella pretendía.

Ante todo buscaba tranquilidad y seguridad frente a la muerte y el juicio. Para la consecución de estos fines ponía todo en juego.

"Me he preparado a la confesión general con sincero corazón y con el deseo de confesarme de modo que al morir pueda estar tranquila y no necesite preocuparme de lo que haya ocurrido antes de esta confesión."

Después de cada confesión general anota —casi invariablemente— que cumplió la penitencia y que el confesor le había asegurado que no se intranquilizara en lo más mínimo del pasado, pues, estaba todo incluido. Y cuando el R. Padre Roh le asegura: "Mis fallos como representante de Dios, los puedo sostener ante él. Acéptelos desde el punto de vista sobrenatural; todo está arreglado". Ella lo deja anotado, pues, ha quedado realmente en paz.

Esta seguridad fomenta la paz del corazón. Después de cada confesión general suele exultar de gozo: "¡Cuan grande es la Bondad de Dios! Alabanzas y acciones de gracias sin fin a Dios que puedo estar completamente tranquila respecto al pasado. He pecado mucho, y es poco el bien que he hecho y cuánto bien he omitido, pero la Misericordia de Dios ha lavado mis pecados y puedo morir en paz". O bien: "Mi amado Buen Dios, que te sirva con corazón indiviso y alegre... Ayúdame a llegar a ser verdaderamente buena, a vivir pero muy unida a ti; que mi corazón esté ocupado enteramente por ti; que sea de veras fiel y cuidadosa en la oración y camine constantemente en tu presencia".

Como escribe en su autobiografía. Paulina sufrió durante un tiempo una grande escrupulosidad... que debía servirle más tarde para tener comprensión para con sus hermanas. Pero podía tranquilizarse con sencillez y docilidad, como dice Luisa Hensel: "Una opinión autorizada le bastaba para tranquilizarse".

Dios da su gracia a los humildes, pero resiste a los soberbios. Este era otro de los motivos para que Madre Paulina finalizara los santos ejercicios con la confesión general. La visión de todas las miserias de un año, mueven a más profunda humildad que la de una confesión semanal. "Concédeme la gracia" — suplica después de una de estas confesiones generales— "que, al considerar mis pecados, alabe tu Bondad y Misericordia y me humille de corazón. Señor, concédeme una verdadera, profunda humildad y un amor íntimo a ti".

Si hay humildad y se consideran las imperfecciones de un año entero con sus fuentes y consecuencias, entonces se echa mano sin dificultad, de los medios correctivos para una enmienda eficaz. Uno de estos medios, es la confesión general. De ella saca Madre Paulina los propósitos más prácticos y eficientes que formula como oración: "Buen Dios, dame la gracia de cultivar asiduamente la oración, y de ser fiel al horario del día. Dame paciencia y amabilidad para con todos. Enséñame a considerar las faltas de las hermanas con paciencia y caridad y a proceder con todo amor, sin acritud aún en los momentos más desagradables. ¡Haz que sea toda para todos! Ayúdame para que por fin logre ser buena; que me empeñe con fervor a darte gusto, pues de esto depende todo al fin y al cabo. Ayúdanos para que *esto* sea la aspiración principal de mi cara Congregación. Si te agrada a ti y si es en tu mano cual blanda cera, te servirás de ella según tu beneplácito, para el bien del prójimo. No permitas que busque en demasía la expansión territorial ni la *actividad exterior*, sino mucho más el contenido interior: *la santidad* en el trato silencioso y genuinamente religioso de las hermanas con el Señor. Ayúdame a santificarme y a agradarte a ti, mi Señor y mi Dios". Así obraba el espíritu de Dios en su corazón y la guiaba en el sendero de la perfección con acierto y con los medios más eficaces.

Una confesión general hecha clara y humildemente facilita el oficio del director espiritual, vigilando los impulsos del alma, abriendo nuevos horizontes, poniendo en guardia contra los peligros y fortificando las resoluciones tomadas. La Madre Paulina ha tomado nota de muchos detalles, avisos y consejos. "El R. Padre Roh me ha recomendado con ahínco el cultivo de la vida interior, siendo muy cuidadosa y fiel en la oración. Dijo que la omisión, el descuido e infidelidad en este aspecto, eran de incalculable trascendencia, sobre todo para mí, la fundadora de la Congregación. Que me esforzara en obtener mediante la oración afectuosa, frecuente, insistente e íntima, el espíritu que debo transmitir a los miembros de la Congregación." Enteramente decidida, termina: "Me empeñaré de veras en poner en práctica estos avisos. Por favor, amado y buen Señor, dame tu gracia. Amén".

Paulina no redujo la penitencia únicamente al Sacramento de la reconciliación y al ascetismo interior.

Sor S. testifica: "Era en extremo moderada en la comida y bebida. En general se abstenía de manjares escogidos y sabrosos". Sor M. afirma: "Era severa consigo misma: observaba con exactitud los ayunos prescritos por la Iglesia y ayunaba además una o dos veces semanalmente". Otra Hermana añade:

"Su ayuno empezaba ya en septuagésima. Usaba el cilicio todas las mañanas desde levantarse hasta después de la Sta. Misa. Se disciplinaba diariamente durante el rezo de dos De profundis. No perdía ocasión de mortificarse y de vencerse, estimulándonos a ello de palabra y con su ejemplo". En una instrucción nos dijo: "Podremos creer nosotras religiosas, que podemos entrar al cielo bailando". Cuando por el cúmulo de negocios y la necesidad de frecuentes viajes había omitido las prácticas de penitencia, vuelve luego a ellas con renovado fervor.

Como durante un tiempo en que estaba delicada de salud se le había ordenado que se cuidara, creyó que ahora podría practicar con mayor fidelidad estos pequeños ejercicios que, a su parecer no perjudicaban su salud. Fue necesaria esta orden del confesor: "Cuide bien de su salud y no haga ni más ni menos de lo que permitiría a una hermana que se hallara en un caso semejante al suyo. Esta es la medida. Deje las penitencias corporales, pero en cambio vénzase a sí misma y empéñese en ser cada vez más amable, benigna y buena. Procure decir con tacto y amabilidad lo que Ud. prevé que va a desagradar. En eso tiene bastante penitencia. Ponga empeño en cumplir bien el cargo que desempeña".

El estímulo que de su autodomínio, espíritu de penitencia y abnegación emanaban, prueba de cuan penetrada estaba de ello. Sor N. refiere sobre el primer noviciado: "Todas comprendíamos la necesidad de atraer, por medio de fervorosa oración y penitencia las bendiciones del cielo para nuestro pequeño grupo. Uno de los primeros ejercicios de mortificación era hacer la cama bien incómoda con objetos duros, tablitas, piedrecillas. Las más fervorosas preferían el duro suelo, a la cama. Cuando se descubrió, lo prohibieron, porque un buen descanso es indispensable para el desempeño de los deberes diarios. Los ayunos de la Iglesia se observaban estrictamente; se daba alguna vez dispensa sólo por motivos especiales. En el desayuno y en la tarde se tomaba una taza de café sin azúcar; la cena consistía en un plato de sopa y pan con mantequilla. Nuestra amada Madre Paulina era nuestro modelo y nos aventajaba".

"¡Oh!, qué tiempos tan hermosos y felices pasamos con la Reverenda Madre en nuestra juventud".

"Con cuanta prudencia sabía fomentar, pero también moderar el espíritu de penitencia, lo demuestra una carta a una superiora: "No sea demasiado tímida en permitir una práctica de penitencia. El espíritu de mortificación es bueno, y absolutamente necesario en una Orden. Se necesita mucha prudencia para alimentar y conservar la lamparita para que arda siempre ante el Señor, semejante a la lámpara junto al Sagrario. Pero no debe convertirse en llama devoradora que consume todo el adorno del altar. Las jóvenes tienen buena voluntad, pero hay que guiarlas a la vez con amor maternal y seriedad de obediencia. Las hermanas deben estar bien penetradas de que tanto vale ganar el mérito de la obediencia como el de la mortificación".

Madre Paulina consideraba como penitencia de *capital* importancia, el sobrellevar con amor los disgustos diarios y la fidelidad en lo pequeño. Cuánto había que soportar y sacrificar en los primeros años en cuanto a la instalación, la comida, etc., lo refiere Sor N.: "La estufa del comedor no se encendía en todo el invierno, a no ser cuando se baldeaba y fregaba el piso. La Rvda. Madre no tomaba nada a las 10 a. m., pero a nosotras, las hermanas jóvenes nos servían

pan con mantequilla. A la hora de once, comía ella pan seco, e igualmente frugal era su cena". Sor A. describe lo que ella vio, cuando niña en la mansión de la familia von Mallinckrodt junto al Bussdorf: "Había un salón con muebles tapizados de amarillo; otro, con amoblado de damasco azul con grandes espejos cuyos marcos dorados llegaban del suelo al cielo raso. ¡Qué tremendo contraste, si lo comparo con la instalación conventual tan miserable de los comienzos! ¡Cuánto crecía mi veneración por nuestra cara Rvda. Madre, viéndola diariamente, después de haber sacrificado todo, echar su pan seco en la taza y comerlo con una cuchara, igual que un pobre; servir como empleada a los niños ciegos y abandonados; cargar con las camas de los dormitorios y asear las cabezas de los niños pobres y descuidados! Su ejemplo me atraía poderosamente a la imitación de su gran caridad y humildad. Se podía palpar que sólo el amor muy puro a Dios era la causa de tan nobles y magníficos frutos".

En las instrucciones sobre la mortificación, ella descendía al detalle. Repasaba los cinco sentidos; comenzando con el sentido del tacto, exhortaba: "Refrenemos este sentido mortificándolo constantemente. ¿De qué manera? Aceptemos en primer lugar las mortificaciones que el Buen Dios nos envía, como el frío, el calor, etc. Así, pues, primeramente la mortificación que todo trabajo trae consigo, los cambios atmosféricos, la salud, el clima, etc. Después encarece a sus hermanas el dominio sobre el sentido del gusto y recomienda cinco puntos: No comer antes del tiempo fijado; no ser delicadas en las comidas; no exigir las demasiado condimentadas y sabrosas; no excederse en la cantidad; no comer con ansia y glotonería. Importante es el dominio de la vista. Tratemos sobre todo de adquirir la hermosa virtud de la modestia: modestia de la vista, modestia en el andar, estar de pie, en la manera de sentarse, en el hablar. La mortificación del oído preserva de muchas distracciones e inquietudes y evita las faltas contra la caridad. Muchos servicios de caridad exigen gran mortificación del olfato".

Paulina sabía aprovechar discretamente las múltiples ocasiones de mortificar ya uno, ya otro de sus sentidos y de ofrecer aquí y allá un pequeño sacrificio, haciendo de su cuerpo un verdadero holocausto. De esta suerte crecían en ella la generosidad y la fortaleza que la preparaban para los grandes y numerosos sacrificios que le exigiría el Señor en el porvenir. Es así como se acreditó como la heroína de la caridad.

## CAPITULO IX

### RESPECTO A LA IGLESIA

#### El Obispo Conrado Martín

"El misterio de la santa Iglesia se manifiesta en su fundación. Nuestro Señor Jesucristo dio comienzo a la Iglesia, predicando la buena nueva, es decir, la llegada del reino de Dios prometido desde siglos en la Escritura." (Vat. II, L.G.5).

Hija de un alto magistrado. Paulina debe haber tenido hondamente impreso el principio de autoridad. Desde su juventud manifestó gran veneración para con sus padres y educadores. Aunque sus convicciones religiosas, genuinamente católicas, contrastaban con la ideología protestante y mundana de su padre, no se halla en ninguna de sus cartas un reproche al respecto. Cuando en una ocasión tuvo que desahogarse con su venerada maestra, Luisa Hensel, para referirse a las ideas de su padre, lo hace de una manera tan delicada y fina, que aquella confianza es el reflejo de la nobleza de sus sentimientos de respeto.

Donde aún más claramente se manifiesta el respeto y veneración, es en lo referente a la autoridad eclesiástica; actitud que mantuvo durante toda la vida y que trató de infundir en la Congregación como elemento vital.

Después de los santos ejercicios en Brede en 1846, con el fin de tomar una decisión definitiva en cuanto a fundar o no una Congregación, escribe: "Dios mío, tú me has dado a conocer el valor de la obediencia; me has mostrado que de ella emana tu bendición; me inspiraste cuan seguro es el camino de la obediencia. La obediencia es hija de la fe y por este motivo es tan hermosa, tan segura; viene del cielo y conduce a él. Por eso debe emprenderse sólo en santa obediencia tal obra (la fundación de una congregación). Si emana de la fe, emana de fuente divina; de esta manera prosperará: jamás de lo contrario. Por mandato de su Excelencia, dio el Sr. Cura Tewes los ejercicios. Consideraré tranquilamente su parecer como voz de Dios y lo seguiré incondicionalmente, si el Sr. Vicario General Boecamp y el Excmo. Sr. Obispo Drepper lo ratifican".

Sobre su entrevista con el Sr. Vicario General, advierte: "Dije que en el fallo de la Iglesia —la autoridad eclesiástica— respetaría la voluntad de Dios. Mas, si el Sr. Obispo y por consiguiente la Iglesia, no toman la obra bajo su protección, jamás me atrevería a emprenderla".

Después de superar muchas dificultades, el Sr. Vicario General declaró: "Vemos por doquiera que la Sta. Iglesia produce retoños y ramas, ¿por qué no podría también aquí florecer semejante rama para gozo de ella?"

La Madre Paulina sostiene: "Comprendo demasiado bien que la obra es grande, magnífica y por lo mismo no debo, no puedo entrometerme en tal santuario. Si viene de Dios, prosperará; si no viene de él, serán vanos todos los esfuerzos y se estrellará, aunque la quieran sostener todos los poderes del mundo. Por consiguiente, pongámosla desde sus comienzos a los pies de la Iglesia. Ella, esposa de Cristo, determine lo que sirva para la gloria del esposo; a ella sigo incondicionalmente. ¡Qué no se mueva resorte alguno a favor de una empresa que la santa Iglesia no haya aprobado, Amén!".

Cuando por fin Paulina recibió el santo hábito, bendecido por la Iglesia, pudo exclamar: "He recibido la bendición de la Iglesia; ahora no temo nada. ¡Qué agradable sentimiento: la santa Iglesia ha bendecido el hábito que llevo! Muy conmovedora y hermosa fue la bendición que el Sr. Obispo pronunció sobre nosotras. No había entonces pusilanimidad en mí; antes bien me animaba una confianza tranquila y firme. La vocación aprobada y bendecida por la Iglesia es de una dignidad particular".

Esta disposición la mantuvo Paulina durante toda su vida. En América del Norte le ofrecieron en Melrose una actividad de gran porvenir, advirtiéndole que el severo Arzobispo de Nueva York no estaba a favor del establecimiento

de órdenes extranjeras. Ella le manifestó con franqueza en una visita a Su Excia. Rvdma. que reconocía la voluntad de Dios en la decisión de Su Excia. y que sólo aceptaría, en el caso que Su Excia., estuviera de acuerdo.

Estas líneas de conducta que revelan tanto respeto a la autoridad eclesiástica ya en los comienzos de la fundación de la Congregación, se manifiestan más y más en el curso de la vida de la Madre Fundadora. La adhesión y obediencia a la santa Iglesia, es un rasgo prominente de su carácter. En ninguna de sus cartas se encuentra la menor objeción contra la autoridad eclesiástica. Seguramente también ella debió luchar a veces para la realización de sus planes, pero no sin la entera sujeción a la autoridad de la Iglesia. Tanto a Obispos, como a sacerdotes y portadores de autoridad, los abordaba con respetuosa confianza y reconocimiento. Su actitud ante ellos, la manera como les hablaba, su cuidado y solicitud a fin de que todo estuviera en buen orden al presentarse tales personajes, revelan que estaba poseída del más profundo y sincero respeto hacia los representantes de la autoridad eclesial o civil.

Manténía respetuosas relaciones con los Sres. Obispos en cuyas diócesis trabajaban las Hermanas, especialmente con el Diocesano de Paderborn. Con afecto y gratitud habla del Sr. Obispo Francisco Drepper que autorizó y bendijo la fundación de la Congregación. Menciona la felicidad de haber estado de rodillas junto a su lecho antes de morir: "Me habló con paternal bondad; y levantando sus manos desfallecidas, me dio su postrera bendición para todas las Hermanas". Junto a su féretro formaron la guardia de honor. Madre Paulina con las Hermanas y los ciegos.

Su sucesor, el Excmo. Sr. Obispo Conrado Martín, ferviente promotor de la vida religiosa, patrocinó, luego después de su consagración, la nueva y floreciente comunidad. A él pudo dirigirse siempre la Madre Paulina para consultarlo respecto a preguntas difíciles concernientes a las constituciones que ella formulara con ayuda del Padre Roh, S. J. Mons. Martín tuvo la bondad de revisar con el mayor cuidado toda la obra y corregir la traducción al latín, hecha por el Capellán Trippen de Böddecken. Cuál fuera su diligencia para conseguir en Roma la aprobación de las Constituciones, se desprende de la siguiente carta: "He reflexionado sobre, si quedarme ocho días más en Roma, o si partir en compañía de mis venerables Hermanos, quienes en su mayoría, partirán para escapar de los insoportables calores de la ciudad eterna. Pero el amor por su Congregación ha triunfado, y permaneceré aquí ocho días más en espera de la aprobación de las Constituciones que deseo llevar personalmente a mi regreso..."

Casi todas las fiestas de la Congregación eran solemnizadas por la presencia de Mons. Martín y por sus alentadoras alocuciones. A menudo celebraba gustosamente el Santo Sacrificio en la Capilla de la Casa Madre, y cuando lo visitaban sus parientes u otras personalidades, se acompañaba de ellas en cualquier día de la semana. El Sr. Obispo apoyaba con el prestigio de su autoridad episcopal los esfuerzos de la fervorosa Superiora.

Una vez la Madre Paulina informaba a Sor W.: "Imagínese la bondad paternal del Exmo. Señor. Como Ud. sabe, le preocupa mucho que nosotras *seamos muy buenas*, y para esto estima que es sumamente necesario que aprendamos a *meditar bien*. A fin de introducirnos en el espíritu del Evangelio, me entrega cada mañana, después de la Sta. Misa, una meditación escrita por él

para las hermanas. Todas podemos meditar muy bien así. Las recopilaremos todas en un libro".

Durante 1859 y 1860 explicaba el evangelio dominical a las hermanas reunidas en la Capilla; exégesis que se imprimió dos años más tarde bajo el título de "Teófilo". Durante 1861-65 introdujo a las hermanas en la práctica del Oficio Parvo de la Santísima Virgen María que ellas rezan diariamente. La crónica añade que Su Excia. presidía personalmente las ceremonias de la toma de hábito y de la emisión de votos. Las hermanas a su vez y particularmente la Madre Paulina, aprovechaban toda oportunidad de manifestar al Exmo. Señor su profundo respeto y gratitud. En cada visita era recibido conforme a su alta dignidad y la Rvda. Madre lo acompañaba hasta el portón para despedirlo. Las hermanas participaban íntimamente en las fiestas que se hacían en su honor.

Con ocasión de su regreso de Roma, cuando los pobladores de la ciudad salieron en masa a recibirlo, también las hermanas fueron al palacio episcopal como exponente de su alegría por su regreso.

Llena de gratitud por haber traído el Sr. Obispo la primera aprobación de las Constituciones, la Rvda. Madre escribió a las superiores de todas las casas: "Ya que el Buen Dios nos ha hecho tan grandes favores, es nuestro deber tributarle la más íntima gratitud. Ruego encarecidamente que continúen rezando con este fin las letanías lauretanas, y un Ave María con su alumnado. Además hemos considerado que sería conveniente que las superiores de las diferentes casas, escriban al Sr. Obispo expresándole su gratitud, lo que sin duda le será muy grato; háganlo lo mejor que puedan". A esta atención respondió el Sr. Obispo, regalando a la Capilla de la Casa Madre la palma que él había recibido personalmente del Santo Padre Pío IX.

Más que con sólo palabras de gratitud, Madre Paulina colaboraba decididamente con los proyectos del Exmo. Sr. Obispo. A pedido suyo envió ella hermanas a la diáspora —lugares donde predomina el protestantismo— que tanto lo preocupaba. A pesar de ingentes dificultades abrió una escuela para niñas en Magdeburg y en Oschersleben.

Pero fue en la común aflicción que sobrevino a la Congregación y a toda la Alemania católica, cuando Madre Paulina pudo demostrar más que nunca su profunda veneración y gratitud al Señor Obispo Martín que poseía algunas de las características de la personalidad de Pío IX. De ahí que la prensa nacional vertiera su indignación nacional contra su persona, denigrándolo como el gran enemigo del Estado y del Imperio. El pueblo católico protestó contra esos avances con imponentes manifestaciones de adhesión y con las firmas de más de 40.000 personas. La más grandiosa de esas manifestaciones fue acaso la que se verificó el 6 de Abril de 1874. Habían acudido a Paderborn unos 16.000 hombres para renovar la promesa de inquebrantable fidelidad a su legítimo Pastor. Herman von Mallinckrodt fue comisionado para hacer uso de la palabra. Siempre de nuevo se oía la exclamación: "No nos dejamos separar de nuestro Pastor; somos católicos, y católicos queremos permanecer. ¡Qué bien se muere como católico!"

Sin embargo no fue posible evitar el temido golpe. Mons. Conrado Martín fue condenado a varios meses de prisión por haber contravenido a leyes estatales, llenando la vacancia de algunas parroquias; el 4 de Agosto sería

llevado al calabozo. Ya a las 8 de la mañana apareció el comisionado del juzgado. Cuando el Sr. Obispo llegó a la sala del piso bajo de su habitación, encontró allí al cabildo eclesiástico y al clero. En un discurso elocuente, el Obispo titular Freusberg declaró solemnemente la inquebrantable fidelidad e invariable adhesión del cabildo, del clero y de todo el pueblo a su legítimo Pastor. Muy conmovido agradeció el Sr. Obispo Conrado, quien había dicho anteriormente: "Hay algo que no puede impedir el poder secular, y es que aún cuando esté separado de mí rebaño por gruesas murallas y enorme distancia, lo bendiga diariamente y ore por él". Entonces preguntó a los funcionarios del juzgado: "¿Quieren usar de violencia? Cedo sólo a la violencia". A la contestación afirmativa, los comisionados pusieron mano en él. A esta señal siguió el Sr. Obispo.

¡Espectáculo emocionante frente al palacio episcopal! El clero y el pueblo acudieron en masa. Le pedían su última bendición; lo sujetaban de las manos y vestuario. Sólo con dificultad se despejó el camino al carruaje. Al ponerse éste en movimiento, desbordóse la multitud en atronadoras exclamaciones de adhesión y simpatía al venerado Pastor. Las mismas escenas se repetían por las calles que seguía el vehículo. Al llegar a la cárcel, arrojaron un mar de flores; las gradas estaban sembradas de flores. La muchedumbre enmudeció para recibir de rodillas la bendición y en seguida prorrumpió en nuevas ovaciones. El Sr. Obispo enternecido, no pudo contener las lágrimas.

La crónica que describe todo minuciosamente, añade: "La Rvda. Madre y todas las hermanas tomaban íntima parte en el gran pesar del venerado Pastor".

Esta participación no se reducía a solas palabras. Tal vez nadie como la Madre Paulina buscó y encontró tantos medios para aliviarle la dura prisión de 18 semanas. Le enviaba noticias, lo visitaba cuantas veces se lo permitían y reunía condolencias. También el Sr. Obispo continuaba en manifestar su benevolencia a la Congregación. Con motivo del vigésimo quinto aniversario de la fundación, el 21 de Agosto de 1874, escribió desde su cautiverio: "Cuánto lamento no poder celebrar el hermoso y santo día de mañana con Uds. en su capilla!, pero esté Ud. convencida que el afecto que he profesado siempre a su Congregación que bajo su maternal cuidado cumple mañana —fiesta de Sta. Juana Francisca de Chantal— 25 años de existencia, lo he llevado también a la prisión. Con el más íntimo y cordial afecto estaré mañana en espíritu con Uds. Daré rendidas gracias a nuestro amorosísimo PADRE-DIOS por los grandes y singulares beneficios que ha derramado durante estos 25 años sobre Ud. y toda la Congregación. También le agradeceré por las pruebas y sufrimientos con los que El ha querido distinguir a su amado Instituto en los últimos tiempos. Acepte, Rvda. Madre, estos mis cordialísimos votos para la hermosa fiesta, y reciban desde mi prisión, Ud. y sus hijas de cerca y de lejos, mis más íntimas y sinceras felicitaciones".

¡Qué grato efecto produciría tal felicitación en el Aniversario jubilar, escrita por un obispo confesor de la fe desde la cárcel, en medio de la borrasca amenazadora! Si grande fue la gratitud, semejante participación debió aumentar el afecto y la veneración. Al expirar las semanas de arresto, condujeron al Obispo con violencia a la fortaleza de Wesel. Le notificaron que en el término de diez días, debía abdicar de su puesto. A lo que él respondió: "Ninguna autoridad civil me ha conferido el cargo, y ninguna autoridad civil podrá deponerme. A la

Iglesia católica-romana perteneció mi juventud y mi edad viril; a ella, mientras viva, pertenecerá mi ancianidad. Todo lo sacrificaré por ella, y si fuera necesario, hasta la última gota de mi sangre".

Otra vez se usó de violencia. Los lúgubres sonidos de las campanas anunciaban el triste acontecimiento. Las calles por donde debía pasar el carruaje a la estación, estaban embanderadas. Habíanse reunido otra vez miles de personas. La estación del ferrocarril estaba rodeada de un cordón, pero las multitudes no hicieron caso de ninguna barrera y acompañaban el carruaje entre sollozos y aclamaciones.

Todos se precipitan hacia la estación. Se consideran felices los que alcanzan a ver al amado Pastor; pero sobre todo aquéllos que logran tocar sus manos o vestidos.

El camino para llegar al vagón del tren sólo pudo despejarse con dificultad. ¡Espectáculo emocionante! Cuando el Exmo. Sr. Obispo subió al tren, se produjo un silencio religioso; las muchedumbres se arrodillan y reciben la bendición. Pero en cuanto el tren se pone en movimiento, se desborda aquel pueblo en expresiones de agradecimiento y de adhesión y fidelidad westfalianas. A lo largo de la estación se había colocado la gente; el Sr. Obispo continuaba dando la bendición en todas direcciones. Nuevamente de rodillas se repiten de continuo atronadoras ovaciones.

Mientras el Sr. Obispo estuvo en Wesel, la Madre Paulina brindaba al ilustre Pastor delicadas atenciones: le enviaba noticias consoladoras; lo visitaba y procuraba aliviar de alguna manera su dura suerte. Las cartas del Prelado manifiestan cuánto agradecía el proceder de la Madre. "La ocasión es demasiado favorable, escribe, para que no deje de enviarle mis afectuosos saludos, puesto que le debo tanto por los caritativos servicios que me han prodigado en estos aciagos y difíciles tiempos de separación de mi diócesis. Pero ya he pagado el tributo de gratitud durante la celebración diaria del Sacrificio Eucarístico que me permiten celebrar también aquí, para mi mayor consuelo espiritual. Mi compañero de prisión, el Sr. Hüffer, es mi ayudante en la Sta. Misa... Mis dos celdas son más estrechas y oscuras que las que ocupaba en Paderborn... Los católicos de Wesel tienen las mejores intenciones para conmigo."

Su corazón permanecía con sus diocesanos. Poco después escribe: "La separación de mi rebaño ha sido especialmente penosa para mí durante la Semana Santa y en la fiesta de la Pascua". Verdad es que se hizo lo posible para aliviarlo en la prisión: De cerca y de lejos lo visitaban para consolarlo y distraerlo. Le llegaban tarjetas de sentida condolencia, dictadas por el afecto y fidelidad de sus diocesanos. En una de éstas se decía: "Su Excia. Rdma. ha sido depuesto de su obispado por el tribunal de Berlín; pero Su Excia. es y seguirá siendo nuestro Obispo a quien permaneceremos fieles hasta la muerte". A continuación firmaban 96.000 diocesanos.

Si el Sr. Obispo se complacía en el bienestar general de la diócesis, no dejaban de afligirlo mucho las dificultades y sufrimientos de la Congregación. En carta del 7 de Mayo de 1875, escribe: "... Acabo de recibir la carta que me comunica tan doloroso suceso, y sin pérdida de tiempo le hago saber que nadie como yo comprende la situación en que Ud. y las demás órdenes

religiosas se encuentran a causa de las inicuas Leyes; puedo imaginarme todo, y nadie como yo participa en su dolor. ¡Como me sangra el corazón al ver convertidos en ruinas —por satánica maquinación— uno tras otro los magníficos establecimientos de mi diócesis. Pero cuanto más violentos son los golpes que nos asestan, tanto más debe crecer nuestra confianza en Dios Todopoderoso, que tiene contados los cabellos de nuestra cabeza...”

Las cartas de Madre Paulina prueban que ella podía visitarlo; deliberar con él sobre varios asuntos y prestarle pequeños servicios. Cuando el Señor Obispo abandonó Wesel, se lo comunicó pronto desde el castillo de Neuburg en Holanda, el 13 de Agosto de 1875. También aprovechaba la oportunidad de darle instrucciones acerca de la dirección de las hermanas. En aquellas circunstancias escribe: "He recibido con agrado su apreciada carta del 12 de este mes. He vacilado mucho tiempo si dar el paso, abandonando Wesel arbitrariamente. Consideré los pros y contras delante de Dios; por fin me decidí. De todos modos no habría suportado por más tiempo la permanencia en Wesel; mi salud está quebrantada y no puedo conciliar el sueño. Tomando todo en cuenta, me creí con derecho de obrar así. El gran disgusto que por este motivo manifiestan los diarios liberales, es para mí la mejor prueba de que he obrado bien. Obré de esta manera, sobre todo en consideración al bien de mi diócesis... Mientras sea posible y conveniente, para la causa católica, permanezcan Uds. en Paderborn. Entreguemos el plan de la fundación de la Casa Madre en Roma, a la amorosa Providencia del Buen Dios. Hace poco hablé con mucha reserva con el Nuncio Apostólico de su intención de fundar una Casa Madre en Roma. El quedó un tanto sorprendido, pero de ningún modo desaprobó el proyecto..."

En la siguiente carta aprueba un plan que más tarde sería de la mayor importancia para Su Excia. Probablemente la Madre Paulina proyectaba entonces asegurar un lugar donde pudiera estar a salvo el Sr. Obispo, pues cuidaba de él como de su propia Congregación y él a su vez se alegraba de poder ayudarla con sus consejos... Le escribe: "Respecto a su deseo de fundar una casa en Bélgica, no puedo menos de aprobarlo. Conuerdo así mismo con su opinión que a lo menos se conserve o se funde uno que otro Instituto en Europa. Por más de un motivo, no veo conveniente que sus hermanas se trasladen a América... Me alegraré si con ocasión de su viaje a Burdeos, Ud. lograra su intento y ojalá después pasara a visitarme a fin de deliberar también sobre otros asuntos..."

Se acercaba el fin del año 1875. A las felicitaciones de año nuevo, contestó el Sr. Obispo: "...Lo que el nuevo año nos traerá, está oculto en las sombras del porvenir. Suceda lo que sucediere estamos al amparo del Todopoderoso. Este año, sobre todo ahora que llega a su término, me trajo el duro golpe del encarcelamiento del Pbro. Señor Stamm; mi tan adicto secretario privado. Pero, aún siendo los indignos siervos del Divino Salvador, hemos de ofrecerle con entera resignación todos los dolores y las penas..."

Muy pronto el nuevo año traería nuevas y más sensibles pruebas, como se infiere de una carta de Lieja... "El 17 de Marzo, el Gobierno holandés me exigió salir del país instigado por Bismarck, que me persigue en todas partes con sus amabilidades y me ha tomado muy a mal que yo me atreviera a

excomulgar desde Holanda a un infeliz sacerdote. Ahora estoy sin rumbo fijo: desterrado de mi Patria tampoco hallo un lugar seguro en el extranjero. Esta carta se la envió desde Lieja donde no puedo permanecer. Vivo en el mayor aislamiento. No sé a donde dirigirme. El corazón me inclina ir a Roma, a Italia; mas ni aún ahí estaría a salvo de la requisición. Además desde allí me sería muy difícil velar por mi diócesis de cuyo gobierno no puedo desentenderme. París tampoco me dice bien. En caso que Ud. tuviese asegurada la compra cerca de Bruselas, es muy probable que me traslade allá con el mayor sigilo. Tengo que ver cómo arreglármelas. En todo momento confío en la protección del Todopoderoso. Como padecemos por su causa, no nos abandonará”.

El 18 de Abril de 1876 agrega: "... La semana santa y Pascua de Resurrección viví con el ánimo deprimido. Sin embargo creo que en este año he penetrado mejor que nunca en la Pasión de Nuestro Señor, porque desde mi última carta desde Lieja tuve que soportar variados contratiempos... El Obispo de Lieja me ofreció hospedaje en su casa hasta que pasara la tormenta en Alemania. Pero ya al día siguiente el ministerio belga había ordenado a los agentes de policía mi transporte a las fronteras del país, tan pronto como me descubrieran, a fin de no verse comprometido con las amenazas de Bismark. ¿Qué medidas me quedaban por tomar?..."

¿A dónde huiría? La siguiente correspondencia pone al descubierto su desolada situación. "Después de mi expulsión de Neuburg viví ocho días en Brunsum junto a Sittard, en donde ocho días después de mi expulsión de Neuburg, encontré hospedaje donde los Franciscanos; vistiendo hasta el hábito de ellos. Todo esto no me valió, porque un varón de ahí poseía mi retrato, y me denunció..." Cuán oculto tuvo que permanecer por este motivo, lo manifiesta una carta del 21 de Julio de 1876 a la Madre Paulina: "Ni siquiera al Arzobispo de Colonia, que en el curso de esta semana me escribió dos veces, deseando entrevistarse conmigo, creí prudente invitarlo acá. El, personalmente, mantiene su estancia en riguroso secreto. ..." En la carta siguiente, agrega: "Como el Sr. Arzobispo volvió a escribirme si de ninguna manera habría la posibilidad de una entrevista, sino en Lovaina, le nombré hoy también mi domicilio bajo el sello de la más estricta reserva, y es muy probable que venga a mediados de Agosto... El destierro me es muy doloroso; pero por otra parte me alegro de poder sufrir algo por el nombre de Jesús, y debe ser mi ardiente anhelo hacerme digno de esta gracia..."

Es conmovedora la escena que aún en escasos bocetos de carta se presenta a nuestra consideración. Si ahora, después del transcurso de tantos años, estas breves revelaciones nos impresionan, ¿qué efecto producirían en la Madre Paulina, impuesta como estaba, ya de palabra, ya por escrito, de la penosísima situación de su mayor bienhechor y venerado y carísimo Pastor? Por cierto que la Madre llevaba el peso abrumador de sus propias angustias, pues uno tras otro se disolvían sus florecientes establecimientos. A menudo sentía además el agobio de las despedidas desgarradoras de los padres por la partida de sus hijas al nuevo mundo, y el dolor de las maestras y educadoras, de sus alumnas. El 6 de Agosto de 1874 tuvo que acompañar al muelle a 30 Hermanas que partían a América del Norte. A fines del mismo mes se cerró el floreciente Colegio en Crefeld; luego el de Anrath. Para la mayor parte de las Hermanas de Dresden, abrió en Bohemia un pensionado en Weltrus y uno en Mülhausen. Las Hermanas de Constanza se trasladaron a Lichtenstein. En Septiembre viajaron

las primeras Hermanas a Chile. Comenzó la impugnación de la legalidad de la venta de las casas. Himly, el comisionado por el gobierno, perdió en la primera instancia; pero la segunda, salió a su favor. De esta manera los bienes de la Congregación fueron confiscados por el Estado. Pronto llegó el decreto de la clausura de la Casa Madre; sólo las Hermanas enfermas pudieron permanecer en ella.

Entre tanto tuvo lugar el viaje de Madre Paulina a Roma, quizá para ver si convendría trasladar la Casa Madre a la ciudad eterna. Parece que el plan tropezó con serias dificultades. El relato sobre este viaje pone de manifiesto el invariable afecto, respeto y entusiasmo por la Sta. Iglesia y los representantes de la autoridad eclesiástica. La Madre tuvo la dicha de tener una audiencia con el Santo Padre Pío IX. En la segunda audiencia privada le fue permitido exponer a Su Santidad su situación. Narró con tanta sencillez, tan a lo vivo y emocionante el estado de las cosas en Alemania y el nuevo floreciente campo de actividad en América del Norte y del Sur, que al buen Pontífice-mártir, se le llenaron los ojos de lágrimas. Con mucha benevolencia accedió a la gracia pedida de conceder a las Hermanas la indulgencia plenaria en la hora de la muerte.

Su Santidad se informó también respecto a la actividad y dificultades en particular, pero muy en especial se interesó por el Obispo-confesor, Conrado Martin, y dijo finalmente: "Salude Ud. al Obispo en mi nombre, y dígame que lo felicito por su resistencia y constancia en el combate". Con estas consoladoras palabras y la Bendición del Santo Padre, la Madre Paulina regresó nuevamente fortalecida a continuar su penosa labor.

A pesar de todos estos trabajos, fatigas y cuidados, la Madre no olvidaba a su bienhechor. La queja del Sr. Obispo: "Ojalá se me concediese al fin un lugar de descanso", fue el aguijón en el empeño de fundar cuanto antes un pensionado en Bélgica, a fin de proporcionarle ahí un refugio seguro. En Mont Saint Guibert, cerca de Bruselas, adquirió una casa adecuada que se arregló para Colegio. El Sr. Obispo, como digno sacerdote alemán, estuvo ahí en calidad de Capellán y profesor de religión de las alumnas. En el tratado de "La vida virtuosa", comentan las Hermanas acerca del respeto de la Madre Paulina en el trato con Su Excelencia. "En las mañanas lo acompañaba regularmente a la sacristía. Lo esperaba rezando junto a la escalera. En cuanto lo veía, se arrodillaba y recibía la bendición; luego lo acompañaba en silencio y recogimiento hasta la entrada de la sacristía. En la tarde, cuando acompañaba a Su Excia. por el jardín, llevaba siempre capa y guantes, demostrando la más respetuosa actitud.

El Sr. Obispo, en cambio, era de nuevo para la Casa y para la Congregación el solícito Pastor que se interesaba por todo. Luego después de su entrada en Mont Saint Guibert, le escribe a la Madre: "¡Cuánto me he alegrado de que hayan ganado el pleito! (Era la primera instancia a la que pronto seguiría el fracaso en la segunda). No podrían haberme ofrecido un regalo onomástico más grato. Hemos celebrado hermosamente y lo mejor posible la fiesta de la Inmaculada Concepción; aquí en casa sigue todo su curso normal. Me ha conmovido hondamente el fallecimiento de la Madre Francisca Schervier y el de la Srta. Luisa Hensel, ambas objeto de mi íntimo afecto y aprecio. Pero, ¡felices los que mueren en el Señor!..."

De vez en cuando, de acuerdo con su temperamento, el Sr. Obispo solía mostrar su parecer con bastante energía a Madre Paulina. Así, por ejemplo, le escribe: "Hace poco volvió de nuevo el Sr. Stamm muy agitado por el hecho de haber sacado a Sor Antonia del Convictorio. Le confieso que yo también me sentí incómodo, puesto que Ud. anteriormente me había dicho y prometido que ella permanecería en el Convictorio. No quiero hacerle cargos al respecto; sí quisiera rogarle que en lo sucesivo no me prometa algo que Ud. no quiere o no puede cumplir. Advertir fallas en Ud. es doloroso para mí, ya que la desearía ver ascendida a la cima de la perfección. Acepte mi franqueza como una pequeña limosna..."

Fue motivo de especial alegría para el Señor Obispo, pero también para la Rvda. Madre y para todas las hermanas, el primer Capítulo General, que se efectuó en Mont Saint Guibert en Junio de 1879. El Obispo diocesano, Cardenal Dechamps de Malinas, transfirió la presidencia del Capítulo al Sr. Obispo Conrado. En la elección de la Superiora General se eligió por unanimidad a la Rvda. Madre Paulina. Ella había agradecido previamente a las Hermanas el apoyo que le habían prestado y la confianza que siempre le habían dispensado. A lo cual replicó el Sr. Obispo que las Hermanas le debían mucha gratitud, puesto que la Rvda. Madre Paulina, durante los 30 años de su gobierno se había conquistado la estima y el respeto de toda la Congregación por el gran amor que manifestara, sobre todo, durante los tiempos de prueba y sufrimiento, como también por la prudencia y sabiduría con que supo gobernarla.

¡Cómo alternan en la vida el pesar y la alegría! Al día siguiente de la elección llegó la aplastadora noticia que el fallo judicial sobre los bienes de la Congregación caía a favor del Estado. Al mismo tiempo que Madre Paulina continuaba dando pruebas de alta estima y respeto al Sr. Obispo, compartían ambos la alegría y el pesar. El a su vez seguía siendo su padre solícito. Además ofrecían a Su Excia. vasto campo para ocuparse, la tarea con las alumnas a quienes instruía esmeradamente en la religión, sus trabajos literarios y los cuidados por su diócesis: actividades que desempeñó desde 1876 hasta 1879.

Sólo demasiado pronto sería arrebatado por la muerte y su pérdida fue sin duda, el más doloroso golpe para Madre Paulina. Escuchemos cómo relata ella este sensible hecho a Sor W.: "Muy hondamente he sentido el duro pesar que nos causó la muerte del Excmo. Sr. Obispo. (Quien considere las circunstancias, entenderá que no se trata de meras palabras.) Pero fue una muerte como jamás había presenciado —realmente admirable— la muerte de un santo. Conservó la lucidez hasta el último instante. ¡Ojalá el Buen Dios lo haya recibido en el Reino de los justos! Allí intercederá por nosotros. ¡Cuánto me alegré cuando el Sr. Cardenal Dechamps de Malinas encontró muy conveniente el traslado del cadáver!" (Guiada por su espíritu eclesial, Madre Paulina se dirigió al Obispo diocesano a fin de participarle sus planes de trasladar sigilosamente el cadáver a Paderborn.) "Gracias a Dios, nos fue bien. A pesar de las molestias para poner en orden la documentación necesaria, la ayuda de Dios fue tangible. El extinto, ilustre Excmo. Sr. fue silenciosamente depositado en la cripta de la Capilla San Conrado. Cerróse la bóveda y con mucho trabajo se puso de nuevo la gran lápida. Creí que ahora podía estar tranquila y dar todo por terminado. Pero a penas había partido de Paderborn, sobrevino la tormenta. La noticia del fallecimiento se propagó con la rapidez del relámpago... Nunca imaginé que hubiesen permitido los solemnes funerales las autoridades de Berlín. Mi

hermano opina que, si se hubiese sabido que el cadáver ya estaba en la cripta de San Conrado, no lo habrían permitido. Volví, pues, á Paderborn para hacer la entrega de los carísimos restos; asistí a la procesión fúnebre y a las exequias en la Catedral. ¡Qué gentío aquél! Estaban representadas delegaciones hasta de los lugares más apartados de la diócesis; alrededor de 400 sacerdotes; miembros de la nobleza del Rhin y de Westfalia. Fue una grandiosa e imponente manifestación de fe y de adhesión al carísimo Pastor extinto. Ringmann nos dijo que la bóveda de seis pies de profundidad estaba repleta de coronas; y sobre el sepulcro se ven aún coronas frescas. Parece que en Bruselas les pareció mal que no hubiesen sabido que estaba allí el Sr. Obispo de Paderborn. La dirección prusiana de ferrocarriles había ordenado estrictamente que en la conducción de cadáveres se presentaran los papeles a los jefes mayores."

El ambiente antirreligioso de aquella época prolongó la vacancia de la sede episcopal en Paderborn, motivo por el cual la Rvda. Madre Paulina ya no tuvo ocasión de presentar sus respetos y adhesión al sucesor. Lo que permanece una feliz realidad, es que el espíritu de la Madre vive en las hijas cuyo distintivo es precisamente el respeto, la sumisión y afectuosa adhesión a la autoridad eclesiástica.

## CAPITULO X

### REVERENDA MADRE

"Con cuerdas humanas los atraía, con lazos de amor, y era para ellos como los que alzan a una niña contra su mejilla." (Os; 11,4),

"Reverenda Madre" era el título oficial de Paulina von Mallinckrodt como Superiora General de la Congregación. Y en realidad eran estas palabras la expresión auténtica de su diario vivir.

Ante todo era MADRE. La bondad, el amor maternal son los rasgos prominentes que caracterizan su vida. Estas cualidades le daban ascendiente sobre sus inquietos y vivarachos hermanos en el hogar paterno; y le ganaban los corazones de las pobres señoras de San Esteban en Aquisgrán. Para los pobres en Wewelsburg y alrededores, como también para los pequeños de la Guardería Infantil en Paderborn, era ella "la buena tía Paulina". Sor Romana Hancke, originaria de Wewelsburg, donde pasó su niñez, solía complacerse en contar cuánta alegría se suscitaba en las casas donde había enfermos, pobres o ancianos decrepitos, cuando en las mañanas o en las tardes, se divisaba el caballito blanco de la Srta. Paulina.

Nadie ignora su amor a los ciegos, y entre éstos especialmente a los retardados mentales. Su amor, solicitud y compasión para con estos pobres seres, no podrían ser aventajados por una tierna madre. La ciega Margarita, el ciego Conrado, y otros desventurados entre los videntes en quienes Madre Paulina derrochó su ternura maternal, debían figurar en la Crónica.

La Rvda. Madre Filomena Schmittiel, tercera Superiora General, al hablar de la solicitud maternal de Madre Paulina para con las Hermanas, dice: "En el

trato con las Hermanas era la Rvda. Madre indeciblemente amable y buena, una verdadera madre. Era todo corazón para con cada una de sus hijas. Su amor abnegado que a veces parecía rebasar los límites, nos hacía pensar que "era demasiado buena". Al atender a las Hermanas enfermas era de ver cómo se deshacía en atenciones y cuidados. Mientras la obediencia y sus fuerzas se lo permitían, velaba noches y días consecutivos junto a Hermanas gravemente enfermas. Si alguna enferma la deseaba, estaba disponible a cualquier hora del día o de la noche, acudiendo de inmediato. Si se quisiera entrar en detalles al respecto, podrían escribirse libros. En todo lo que decía relación con las Hermanas, especialmente tocante a sus familiares, ella demostraba el mayor interés. Conocía exactamente a las personas y las circunstancias de los parientes de las Hermanas, de modo que muchas veces nos maravillaba la fidelidad de su memoria. Pero cuando se reveló más profundamente aún su abnegación y amor maternal, fue en los últimos ocho años difíciles en que sobrevinieron las graves tormentas a la Congregación. En ese tiempo obró maravillas a fin de consolar, animar y fortalecer a sus hijas e infundirles sólidos principios de fe. Apenas había llegado en 1872 el primer aviso de que una de sus casas de la provincia del Rhin, estaba amenazada, partió de inmediato a visitar las filiales para llevar tranquilidad y consuelo a los corazones afligidos. No es para describir la amabilidad con que nos aseguraba que todo resultaría bien; que ella estaba decidida y dispuesta a resguardar la vocación de cada Hermana; que nadie se atemorizara; que nosotras nos fiáramos sólo del Buen Dios y también de ella. Con tales palabras y actitudes todos los ánimos se tranquilizaban y los corazones se le rendían. En ese tiempo parecía que se multiplicaba, yendo de una a otra parte a fin de salvar lo que pudiera salvarse. Y cuando, a pesar de todas las diligencias se perdían las casas, y las Hermanas llegaban a Paderborn, con qué cariño maternal indecible eran acogidas. Entonces la Rvda. Madre se conducía como que no era ella la que había recibido el doloroso golpe, eran únicamente sus pobres Hermanas las que sufrían esta gran aflicción.

En Mayo de 1873 emprendió el viaje a América del Norte para buscar personalmente un nuevo campo de actividad para las Hermanas a fin de ver la manera de facilitar la emigración a un país lejano. Con los más solícitos cuidados rodeaba a las Hermanas que iba enviando poco a poco. Sabía predisponerlas y tranquilizarlas por completo para el sacrificio de la actividad misionera, por la cual ella misma, siendo joven, se había enardecido. Así mismo desvanecía las preocupaciones de las familias; de manera que logró enviar unas doscientas Hermanas que se despidieron alegre y generosamente de la Patria y sus halagos, a fin de ser fieles a su vocación.

A cada grupo que partía lo acompañaba la Rvda. Madre al vapor; dejaba todo arreglado para las viajeras; las recomendaba al personal naviero y les prodigaba todos los servicios posibles. Otra hermana expresa su admiración y filial cariño, al comentar: "Recuerdo la inolvidable acogida que nos dispensara nuestra cara Rvda. Madre en Agosto de 1874 en la Casa Madre. ¡Cuan ingeniosas e inagotables eran sus manifestaciones de cariño para con sus pobres hijas que, despojadas de sus actividades, volvían a sus brazos! Ocultando su propio desgarramiento, se desvivía por nosotras. Como acostumbraba hacerlo con todas sus hijas que emigraban, también a nosotras nos acompañó al puerto para hacer la ofrenda personalmente. Cuando al despedirnos por última vez le pedimos su bendición en el barco, ella se arrodilló junto a nosotras. En esos

momentos solemnes nos encomendó con tanta unción a la Bondad y Misericordia de Dios, que nos enternecimos hasta las lágrimas".

Pero no sólo en tiempos de pruebas heroicas resplandece su amor maternal. Una verdadera madre no puede desmentirse; su maternidad busca cómo manifestarse, y adopta ya una, ya otra forma. Acaso no habla de amor maternal lo que refiere Sor P.: "Me había quemado un pie, por lo que me dio una pequeña reconvencción. Fui enviada a la enfermería hasta que sanara la herida. Y he aquí que la buena Madre, a pesar de su pierna enferma, sube, y me trae en un platillo un durazno en conserva". Un rasgo parecido cuenta otra Hermana: "... Cuántas veces acaeció que una sola fruta era dividida por Madre Paulina en muchos pedacitos, para que las Hermanas presentes gustaran aunque fuera un poco. En tales ocasiones ninguna de nosotras hubiese querido privarse de su partecilla, porque la dádiva, tan pequeña en sí, había sido ofrecida con delicadeza conmovedora y ternura maternal".

"Durante mi enfermedad" —relata Sor B., "cortó la Rvda. Madre por sí misma para mi uso varias prendas de su buena ropa interior de franela, pues creía que yo no tenía bastante".

"Aunque Madre Paulina era muy afable en el trato con las Hermanas, y gustaba de alegres entretenimientos en la recreación diaria, permitiendo a veces aún la demasiada viveza de las jóvenes, no dejaba de inculcarnos el gran valor del silencio y nos enseñaba a practicarlo." Todo debía hacerse según el espíritu de la Regla con sencillez religiosa.

Madre Paulina se preocupaba muchísimo de la salud de las Hermanas. En lo tocante a la alimentación, reposo y entretenimientos recomendaba encarecidamente a las Superiores que procuraran a las Hermanas una alimentación sustanciosa, para conservar las fuerzas en sus múltiples ocupaciones. Decía que era imperdonable, si en este punto se descuidara la solicitud maternal, pues podría ser causa de que las Hermanas no se atrevieran a manifestar sus necesidades. Sor B. refiere:

"En las nuevas fundaciones encarecía la necesidad de que las Hermanas pudieran pasear al aire libre y que para este fin se tuviera por lo menos un pequeño jardín junto a la casa. Era muy lógico que semejante previsión y amor solícito en la dirección de los asuntos exteriores de la Congregación, nos produjera gran bienestar. Estábamos firmemente convencidas que donde ella nos colocara, se cuidaría muy bien de nosotras".

Además era tan llana y tan sencilla en el trato. "Cuando yo era aún novicia, sucedió en un día de confesión, que Madre Paulina se me acerca cuando me tocaba ir al confesionario, y me ruega: ¡Ah! mi querida Hermana, ¿me permite Ud. pasar primero? ¡Sí, nuestra Rvda Madre era tan buena! Tan amable y cariñosa en todo momento y para con todos."

Este concepto sobrenatural que engendra respeto sagrado, deseaba encontrarlo en las Superiores. A una de ellas que cautivaba a las Hermanas con su habilidad y atractivos personales, le escribe: "Mi cara Hermana, mucho me temo que en su comunidad las relaciones entre la Superiora y las Hermanas no son como debieran ser. Es muy importante que haya amor y confianza, pero el respeto no debe faltar. Donde éste falta, será muy difícil la obediencia; en una palabra, no existirán las mutuas relaciones entre hijas y madre como lo pide la

vida religiosa. En la Superiora hay que ver a la representante de Cristo, y toda la conducta para con ella debe expresarse con respeto religioso y amor filial. ¿Es así como se conducen las Hermanas en el trato con Ud.? Mi querida Hermana, ¡no descuide este punto! De lo contrario reconocerá demasiado tarde las perniciosas consecuencias. Mientras dure este ambiente grato, no habrá inconveniente; pero, llegado el momento en que —si a una le importa de veras el adelanto espiritual de las Hermanas— sea necesario llamar la atención sobre fallas en la casa y en la enseñanza, y se es consciente de que hay que corregir y reprender por uno u otro motivo, entonces se producirá —según los caracteres y las circunstancias— un enfriamiento en la amistad; habrá resentimientos, si el amor era puramente natural y fundado en motivos humanos. En cambio, si se apoyaba en razones sobrenaturales, si en la Superiora se reconocía a la representante de Dios, se aceptará la corrección con religioso respeto y humildad, sin enfriamiento del santo amor".

La Superiora debería, a semejanza de los santos Ángeles, ver todo y ordenar y unirlo todo con caridad. En este sentido escribe: "A Ud., mi buena Hermana, me dirijo y le ruego que sea allá para con todos un amable Ángel protector. El amor lo vence todo. Tenga amor para con todos. Si en algún aspecto le faltara, pídale al Buen Dios. El amor y cuidado deben abrazar a todos: Sor H., como madre de la casa debe prodigarlo a todas las Hermanas, a todas las alumnas, al personal de servicio y a las visitas, sin excluir a nadie. "En esto conocerán que sois mis discípulos, en que os amáis unos a otros." En una hacienda tan vasta, no es posible que una persona se encargue de todo. Se necesitan muchas personas: cada cual con su empleo y trabajo más o menos pesado y cada uno se alegra cuando se reconoce y aprecia su esfuerzo y se respetan sus derechos. Así es que, mi querida y buena Hermana, cuide Ud. maternalmente de todos. Especialmente Sor L tiene un cargo difícil, preocúpese de ella. Cuide que no haya discordia entre las diversas secciones del establecimiento. La paz alimenta; el descontento amarga la vida. Cedan la palabra y planifiquen de común acuerdo, sin querer llevar a toda costa la suya adelante. Así podrán contar con la bendición de Dios. Todas tienen tan buena voluntad y quieren lo mejor; así todo irá bien. Pidan al Buen Dios su ayuda y trátense mutuamente con amabilidad..."

Las disposiciones y órdenes de la Superiora General, llevaban siempre el sello de su amor maternal. "Nunca daba imperiosamente un mandato a las Hermanas jóvenes. Según la importancia del asunto, averiguaba primero, si estaban con disposición y ánimo para ello." A las Superiores les insistía: "No depende sólo de las Superiores la acertada colocación de las Hermanas; vean si ellas están a gusto y si se sienten capacitadas para el buen desempeño en los diversos campos de actividad; a fin de que florezcan las obras para gloria de Dios, bien del prójimo, alegría de la Santa Iglesia y de la Congregación".

Cuando era necesario podía ser muy enérgica al llamar la atención sobre faltas. En 1860 escribe a una Hermana que estaba muy alterada: "Mi cara Hermana, quisiera decirle algo que Ud. no me tomará a mal, puesto que Ud. ha sido tan buena conmigo. Aproveche el tiempo difícil que pasó, para su salud eterna. Caracteres como el suyo tienen que sostener a menudo rudas batallas. Todo marcha a la maravilla mientras entran en juego sus virtudes naturales; pero —¡ay!— cuando llega la ocasión de superarse, se rebela y grita la naturaleza y empieza un reñido combate en los temperamentos fogosos, de los que no tienen idea las personas de temperamento apacible que suelen interpretar

mal estos cambios temperamentales bruscos. Mas mi cara Hermana, sea valiente. San Ignacio no temía las pasiones violentas, siempre que hubiese fuerza para sojuzgarlas y decidida buena voluntad. Ud., mi buena Hermana, tiene pasiones violentas pero tiene también buena voluntad. Pues bien, ¡manos a la obra sin autocompasión ni miramientos! ¡Vale la pena sostener aún combates mayores para merecer el cielo!"

Raras veces insta la Madre con tanta energía y firmeza en sus cartas. Casi siempre reviste sus exhortaciones de íntima participación, haciendo referencia al feliz resultado de los trabajos y empeños de las Hermanas, como puede inferirse de una carta a Sor A. en 1852: "Qué gratos sentimientos inundarán su alma, cuando más tarde pueda darse a sí misma el testimonio de haber contribuido al bienestar futuro de las pobres huérfanas, por haberlas iniciado y dirigido en los trabajos domésticos. ¿No le parece que es de mucha importancia para una niña saber cocinar bien, y en general, entender el manejo de la casa, mantener orden y limpieza? ¡Con cuánta gratitud la recordarán estas niñas más tarde! ¡Cuántas veces rezarán por su bienhechora que supo dirigirlas con paciencia y bondad! El Divino Salvador le dirá algún día lleno de complacencia: "Era ignorante, y me instruíste; tuve hambre, y me diste de comer..., entra en el gozo de tu Señor". Con resplandeciente luz de eternidad verá Ud. entonces la cocina, la despensa y la bodega que le dieron a Ud. la oportunidad de prologar incontables servicios por amor a El, hermoheando así su corona de gloria con nuevas perlas por el ejercicio de la paciencia y mansedumbre. Recuerde cómo cocinaría la Virgen Santísima para Jesús y San José; con cuánta humildad lavaría los platos, etc., y pida a la Sgda. Familia que la bendigan en sus quehaceres. ¡Qué el Buen Dios le conceda la gracia de llegar a ser una gran santa!

Poco antes de su muerte, Paulina escribe a una Hermana a los comienzos de la fundación en Chile; "Le escribo sólo unas líneas, pero van con muy cariñosos saludos y la expresión de mi cordial afecto. Quiero pedirle algo con mucho encarecimiento: *"Por favor, haga cuanto esté de su parte* a fin de que las Hermanas jóvenes y las postulantes *tengan buena formación*, que aprendan con diligencia los trabajos domésticos y que los hagan por amor a Dios, para agradecerle. Es de suma importancia que todas se *hagan muy útiles, muy responsables, ordenadas y exactas*; que cada una aprenda a cumplir su pequeño oficio. ¡Qué grata impresión ofrece un establecimiento limpio y ordenado! Todos se sienten bien: el personal, los enfermos, que se atienden en él, las visitas; también las niñas que ahí se están formando y cada Hermana. Por favor, cuide además que las Hermanas jóvenes y las postulantes *aprendan bien la costura* que más tarde les será muy útil. Aunque ellas tienen la mejor voluntad, no les es posible aprender luego todo; hay que proceder en la enseñanza con mucha paciencia, y volver sobre lo mismo una y otra vez con amabilidad".

Cuán maternal y al mismo tiempo estimulante y prudente es lo que Madre Paulina escribe a una Superiora: "Con verdadera satisfacción y alegría pienso en su querida casa, pues abrigo la convicción de que todo marcha bien en ella, ya que todas las Hermanas, sin excepción, están animadas de la mejor voluntad. Pequeñas debilidades, miserias, defectos de carácter, etc. se encuentran en todas partes; uno se humilla ante el Buen Dios, se arrepiente, se confiesa y trata de compensarlo con renovada caridad, amabilidad y modestia. Así, todo queda arreglado. Muy especialmente, es el *deber de la madre de la Casa*, corregir con maternal caridad las faltas que las Hermanas puedan cometer; pero después,

estas faltas deben cubrirse con el manto de la caridad, *no sólo interiormente sino también exteriormente*, mostrando a la que había faltado, el mismo aprecio y consideración, después de haberla corregido. En cuanto a las demás Hermanas y moradoras de la casa, esfuércese con incansable paciencia por nivelarlo todo, aspirando a ser el consuelo, la fortaleza y la alegría de su casa... Mi querida Sor N. no tenga la mirada demasiado perspicaz respecto a las faltas de las Hermanas, talvez sea para Ud. un consuelo que le diga esto. Trate de estar convencida que siempre habrá faltas donde hay hombres... El Rvdo. P. Minoux me dijo en cierta ocasión: "Madre, Ud. toma a las personas como deberían ser; tómelas —más bien— como son." En muy razonable acomodarse de buen grado a las faltas del prójimo y aprovechar sus buenas cualidades para la gloria de Dios. Es un arte saber armonizarlo todo en la casa, dejando cierta libertad a cada una para proceder en paz, a su manera, y reine el contento. Además tenemos que preocuparnos de la opinión que el mundo se forme de nosotros; por nuestra posición necesitamos su simpatía para la estabilidad en nuestros deberes de estado, pues entra en los planes del Buen Dios. Procedamos sin inquietud ni temor, con la persuasión de que más de una vez nos sucederá lo del padre, del hijo y del asno".

Las Superiores y Hermanas se sentían animadas y felices cuando en las cartas de la Rvda. Madre Paulina leían párrafos como los siguientes: "Mi querida S. L. cuide de todas como madre verdadera y procure que la vida común sea agradable. Esté muy atenta a las necesidades y los deseos de todas las Hermanas. Trate Ud. de santificarse, sufriendo con paciencia los desagradados pequeños o grandes, y empéñese en atraer a todas las Hermanas por su bondad maternal y afectuosa caridad. Y si a alguna se le escapa una vez una palabra descortés, no le dé demasiada importancia. Si la lleva con amabilidad, le reportará muchos méritos ante Dios y poco a poco se conquistará el corazón de *todos*, y lo que es más, Ud. agrada a su Divino Esposo Jesucristo. Si viera algo incorrecto en las Hermanas que le pareciera ser corregido, hágalo con serenidad, gravedad y mucha consideración; la reprensión será bien recibida; y si no lo es al momento, la respectiva Hermana reconocerá pronto su falta, y tanto más pronto, cuanto Ud. se muestre más amable con ella. Sí, mis queridas Hermanas, pórtense como los ángeles en el trato mutuo, así agrada a Dios, nuestro Señor. Si una se propasa alguna vez, que la amabilidad de las demás la vuelva sobre sus pasos y le ayude a reparar su traspie con redoblada atención y amor".

A una Superiora que por dedicarse demasiado a los diferentes quehaceres de la casa, descuidaba velar lo suficiente por las necesidades de las Hermanas, le escribió: "Quisiera recomendarle a Ud., mi buena Hermana, algo sobre lo cual deberá poner especial atención durante los santos ejercicios y en lo sucesivo; es decir, sobre el amor y cuidado verdaderamente maternales que Ud. debe prodigar a las Hermanas que le están confiadas. Conozco su buen corazón; pero no puedo aprobar que a causa de sus muchos negocios, deje de ser la amable madre de sus Hermanas e hijas. Es muy duro para las Hermanas, si carecen de madre en quien apoyarse. Mi querida Sor M. dirija, pues, sus esfuerzos en ser una verdadera madre. No sea únicamente una hábil mujer de negocios, sino también una humilde y piadosa religiosa; esto es lo que cuenta para la vida eterna".

El característico sentido maternal no impedía a la Sierva de Dios actuar de acuerdo a su posición de Superiora General. Esto se infiere especialmente de los avisos y las exhortaciones que Sor Filomena Schmittiel tuvo que enviar en 1880 a nombre de la Madre, a todas las Superiores de las comunidades en América del Norte. Los párrafos entresacados, muestran cómo armonizan la autoridad con el amor maternal: "Ante todo no hay que olvidar que todas somos religiosas y que tanto la Superiora mayor como la Hermana más joven tienen la misma obligación de vivir bajo obediencia. Por consiguiente, decía la cara Rvda. Madre, que también el cargo de Superiora debería considerarse como ejercicio de santa obediencia. Luego recalca con insistencia que escribiera: "Sobre todo sea la Superiora la sierva de todas; acomódese con prudencia y conforme a la santa regla, a los deseos, pareceres e intenciones de cada Hermana. Tome por norma de conducta vivir, obrar y arreglárselas, no conforme a sus propios gustos, sino según el deseo y querer de las Hermanas, dispuestas a servir con tal cariño y cordialidad a cada una, como si fuese su Superiora. De esta manera podía contar con que le corresponderían con igual respeto y cariño. Las Superiores dedíquense a estudiar la manera de hacer felices a sus Hermanas, de procurarles alegría para suplir lo que abandonaron por amor a Dios: la familia, los padres, hermanos y amistades y de esta suerte haya el ambiente acogedor de una verdadera familia cristiana unida, donde todos se aman en Dios y por El. Las Superiores repriman con energía los asomos de mal humor y destierren frialdad y terquedad en su conducta; traten de manifestar alegría en el rostro y ser tan buenas y agradables en el trato con las Hermanas, que éstas en ninguna parte se sientan mejor que en el círculo de las Hermanas, en el cual también las Superiores encuentren su felicidad. La santa caridad abraza a todas; y aunque haya diversidad de caracteres y condiciones, procúrese la unidad en la manera de sentir..."

"No hay que asombrarse si entre personas de tan diferentes caracteres y disposiciones ocurren divergencias y disgustos en el trato recíproco; incumbe a la Superiora interponerse, con imparcialidad, prudencia, amor y justicia; reconciliar las desavenencias y allanar los contrastes. Ella debe ser la viga que sostiene; la persona que gobierna la casa. No estaría bien, si dejara que las cosas marchen a la deriva y así se destruyera el contento y la paz interior. En cada casa debería existir un verdadero gobierno, pero un gobierno suave y maternal... Por lo demás no conviene estar ordenando y sermoneando de continuo; hay que dejar a las Hermanas arreglárselas en sus oficios con iniciativas, después de haber conversado con ellas y de estar al tanto de su proceder. ¡Qué desagradable sería, si los inspectores escolares aparecieran cada día a observar y criticar y dar órdenes, privando de libertad a las maestras! Algo semejante podría acaecer a las Hermanas en la casa. Ellas muchas veces saben mejor que la Superiora cómo arreglárselas, por ejemplo, en la cocina, pues es su especialidad. Naturalmente las sacaría de quicio, si viniera alguien a darles órdenes de continuo y hasta a dictarles lo que habían de poner en la olla, y cuándo y cómo prepararlo. En todo hay que elegir el justo medio. A las Hermanas mayores puede concedérseles más libertad que a las jóvenes carentes todavía de experiencia..."

La Rvda. Madre dijo repetidas veces que había encontrado en las Superiores excelentes cualidades, que estaban animadas de la mejor voluntad y que se empeñaban en cumplir sus obligaciones. Por lo demás no había cosas mayores que corregir. Pero como ella ansiaba que todas estuviesen felices y contentas,

debían comunicarse sus advertencias tanto a las Superiores como a las demás Hermanas."

En 1880 escribió Madre Paulina personalmente desde el barco a las Hermanas en Chile: "Me importa en extremo que *todas* las casas, pero, *en especial* la suya, estén bien *dirigidas*; porque de la buena dirección del noviciado depende todo en la Congregación. Como ahora, con el asentimiento de Roma, hay dos noviciados en Chile, es absolutamente necesario que ambos estén muy unidos en santa caridad y concordia. Puesto que en el país nos ofrecen tantos campos de actividad, es absolutamente necesaria la formación cuidadosa de cada Hermana para que sean *bien buenas, piadosas y eficientes*. En la formación hay que proceder con *mucha paciencia*. Las de talento *mediano*, pueden llegar a ser muy aptas con el tiempo. Hay tantos oficios que deben cumplirse, donde ellas prestarían excelentes servicios. Confío en la Bondad de Dios que lleguen a ser bien buenas Hermanas. ¡Qué todas Uds. mi caras, queridas Hermanas, lleguen a ser *santas, muy santas!*"

Tocante a la correspondencia epistolar con las Superiores, encargó la Rvda. Madre que se concediera la más completa libertad. Sería muy incorrecto, si de alguna manera se dejara entrever que no es del agrado que las Hermanas escriban a menudo a las Superiores mayores, o si leyeran o desearan leer las cartas.

Cuando en cierta ocasión una Superiora hiciera a la Rvda. Madre Paulina una alusión al respecto, ella le contestó: "Deduzco de su carta que Ud. está informada que algunas Hermanas me escriben. No se lo tome a mal a ninguna, mi buena Hermana. Soy la madre común de todas, y las quiero a todas de corazón sin exceptuar a ninguna. Y cuando una madre está descontenta de alguna, o como sucede a veces, de todas sus hijas, las instruye o castiga con mayor o menor severidad, según lo requieran las circunstancias, y no se queda del todo tranquila, sino cuando después que el desorden ocurrido está sancionado, ha vuelto la tranquilidad y se ha quitado la amargura de las reprendidas y de la que reprendió y todo se allanó por el amor mutuo —es decir— todo está bien".

En el detalle se mostraba la amplitud y generosidad del corazón de la Madre: concedía mucha libertad y permitía amplia independencia en el proceder. Más cuando no sabían interpretar su caridad universal, solía indicar con energía la trasgresión de los límites, como se ve en la siguiente contestación: "Acabo de recibir su querida carta. No hay otro remedio, sino éste: tome Ud. a las personas como son. No puede Ud. educar ni transformar a todos según sus deseos. Todos tienen buenas cualidades y también defectos; sin embargo, hay que ser buena con todos. Nosotras mismas ¿no tenemos también defectos con los que a menudo damos que soportar a los demás? Dios, nuestro Señor, permite las faltas en nuestros prójimos para que nos santifiquemos, soportándolas con paciencia. Así se nos ofrece la ocasión de practicar la mansedumbre, la humildad, el amor paciente y muchas otras virtudes. En el cielo viviremos entre Ángeles y Santos; no aquí en la tierra, donde todo, sin embargo, entra en los sapientísimos planes de la Providencia. En resumidas cuentas, soportemos con paciencia lo que nos desagrada en los demás y lo que no podemos remediar".

La Rvda. Madre era muy franca en sus exhortaciones: "Una Superiora debe tener mucha paciencia y caridad, a semejanza de lo que Jesús dijo a una persona

ansiosa de la santidad: "El amor a tus súbditas y el celo por hacerles el bien, debe asemejarse al ciervo herido y sediento que va en busca del fresco manantial de agua. No esperes que te rueguen; adivina sus necesidades y remédialas." Querida Sor N., Ud. es aún muy joven y por lo mismo está poco ejercitada en soportar a otros y en conservar esa caridad y paciencia inalterables para con los demás. Trate de apropiarse estas virtudes a fin de agradar a su Divino Esposo y crecer siempre más en la perfección del divino Amor".

Cuando las circunstancias lo demandaban, sabía exigir reparación, como lo demuestra una de sus cartas de 1862 "Le suplico cordialmente que acepte esta carta con la buena voluntad con la cual se la escribo. El Señor Cura tiene muchas quejas contra Ud., mi buena Hermana, y yo quisiera llamarle seriamente la atención sobre la absoluta necesidad de que Ud. se esfuerce de veras en sentir interiormente y en demostrarle exteriormente el respeto que Ud. le debe como al representante de Dios. Esto lo exige no sólo su deber como religiosa y superiora de la casa, lo exige también la prudencia... Para nosotras mujeres, el mejor procedimiento es siempre el que dicta la humildad. Humílese, pues, delante de Dios; diríjase con sencillez al Señor Cura y pídale perdón por todo aquello con que Ud. lo ha ofendido. Dígale que le he escrito acerca de los cargos que él tiene contra Ud., y que por eso viene a pedirle perdón. Después recibida las reprensiones que le dé, con serenidad y humildad, y no perdone sacrificios para volver a entrar en buenas relaciones con él".

Con bondad y firmeza buscaba poner en claro los malentendidos: "Después de haber contestado expresamente que compartía su parecer de que se blanqueara el tercer piso, estuvo mal hecho que se procediera en contra. Si Ud. creyó que el Señor Sch. tenía razón, pudo haber vuelto a consultarme. Querida, buena Hermana, así como yo cumplo gustosamente los deseos de todos, siempre que es posible, insisto también que se haga lo que yo pido expresamente. Comprendo que Ud. ha obrado con irreflexión, sin dar al asunto mayor importancia".

Es más suave en la amonestación, cuando se trata de las quejas de algunas Hermanas por el cambio del apreciado director espiritual.

Leemos en una carta: "Se debe sacar provecho para toda la vida de la oportunidad con que Dios nos ha favorecido al darnos la dirección de un excelente maestro en la vida espiritual. Es táctica de la Divina Providencia conceder una dirección extraordinariamente acertada sólo durante cierto tiempo, a fin de mantener nuestro corazón desprendido de las criaturas y libre para poder agradecerle a El únicamente".

A una joven Superiora que por modestia se resistía a desempeñar un acto honorífico que le correspondía por su oficio, alegando que era la última de todas, la Madre Paulina le contestó: "Mí respuesta a su apreciada carta es lo siguiente: Cada cual practique la santa humildad del modo como corresponde a su cargo. En espíritu arrójese Ud. humildemente a los pies de sus Hermanas en presencia de Dios; considérese como ínfima sierva de todas. Por lo demás acepte modestamente, pero con dignidad la posición que le ha asignado la obediencia, el cargo de Madre de la casa, y empéñese en ser verdadera y amable madre de todas las Hermanas".

No omite insistir en lo que la ha preocupado toda la vida: el cultivo de la santa alegría. Escribe: "Hace poco leí algo que me agradó mucho: *"Ejercitémonos en la santa alegría, ya que durante toda la eternidad, si alcanzamos la salvación, lo pasaremos en santa alegría; ejercitémonos desde ahora en ella"*.

A fin de que reinara mucha alegría en cada comunidad y en cada corazón, se complacía en exhortar a las Superiores a que procuraran guiar a las Hermanas con caridad y suavidad. "Y Ud. mi cara Hermana", dice en una carta, "debe considerar como tarea principal que se conserve muy de veras la caridad; la caridad de las Hermanas para con toda la Congregación, la Casa Madre y la Madre común de todas. Esta unión íntima es el núcleo vital de la Congregación".

Por este motivo insta a la serenidad y a la calma, cuando se ha desencadenado una turbulencia en el alma.

"Mi buena y querida Sor W., está bien que Ud. mantenga el orden y corrija las faltas; pero una vez que esto se ha hecho con sencillez y brevedad, no se perturbe; manténgase en paz para su aprovechamiento. Continúe siendo afable con sus hijas y queridas cohermanas, para que no sufra menoscabo ni enfriamiento el mutuo amor. Trate con renovado fervor de adelantar en la santidad, querida y buena Hermana. Si procura alcanzar la santa alegría interior, se harán más llevaderas las cruces. Si Jesucristo nos precedió en el camino de la cruz, nosotras sus esposas, debemos emprender animosas esta senda, soportando con ánimo alegre las molestias cotidianas por amor a Dios. ¡Cuan fácilmente se camina de esta manera! ¡Pruébelo!"

Lejos de menoscabar la autoridad querida por Dios, la dulzura, caridad, condescendencia y espíritu maternal de Paulina, aureolearon su autoridad con noble esplendor, de suerte que la Superiora General fue de veras para toda la Congregación la REVERENDA MADRE, dechado y modelo en todo evento y circunstancia.

Madre Filomena Schmittiel que sin duda fue la que más de cerca conoció a la Sierva de Dios, describe los rasgos característicos de su personalidad: "En ella armonizaban admirablemente la suavidad y dulzura maternales, con el espíritu aguerrido, fuerte e impertérrito ante las dificultades más desconcertantes. En las graves tormentas, los cuidados, embrollos y confusiones que a todas nosotras nos deprimían, la veíamos firme, valerosa, clarividente y fuerte cual roca inmovible. Nada podía quebrantarla, atemorizarla o confundirla por mucho tiempo, pues se abandonaba a sí misma y todo lo demás confiadamente al cuidado paternal del Todopoderoso, sin perder el ánimo aún en las circunstancias más desesperantes. Desde el momento en que conocía que algo era "Voluntad de Dios" su norma de conducta era llevarlo a cabo, aún cuando sucumbiera medio mundo. "Que algo sea fácil o difícil, agradable o desagradable", decía a menudo a las Hermanas mayo res, "no importa en absoluto, lo que importa es que sea Voluntad **de Dios**, y cumplirla; y ¡punto! Aún en lo más difícil, se sometía sin la menor queja a las disposiciones divinas. Cuando quería obtener algún favor de nuestro Señor, y a menudo de mucha importancia, nos exhortaba a rezar, concluyendo generalmente en estos términos: "Si el Buen Dios nos concede lo que pedimos, sea mil y mil veces

alabado y bendecido; si le place no concedérmolo, lo alabaremos y bendeciremos de igual manera".

¡Cuan fuerte y magnánima era al fallecer uno tras otro aquellos seres queridos que tan de cerca le tocaban. Entonces solíamos decir entre nosotras: "En esto hay que admirar a la Reverenda Madre; no es posible imitarla; sobrepasa nuestras fuerzas." La Rvda. Madre parecía no ser de este mundo en tales ocasiones... Su alma se mantenía en recogimiento constante, y se puede decir que su vida era "oración". Sin embargo no había nada de exagerado o llamativo en su persona. Deseaba también que las Hermanas fuesen muy sencillas en todo y que no hubiera nada que llamara la atención en su comportamiento; que se acomodaran con llaneza a las circunstancias en cuanto fuera compatible con la vida espiritual; que tuvieran una piedad llana y atrayente, para no apartar, sino atraer a los demás a Cristo.

De lo dicho se desprende la adhesión entusiasta y perenne de las Hermanas a la Reverenda Madre Paulina. Sor J. declara: "No tuve la dicha de vivir sino corto tiempo con la Madre Paulina, es decir, durante un breve curso de estudios y en el terceronado. Esto bastó para que consagrara a esta buena e incomparable Madre todo mi cariño y confianza filial. Ella me conocía a fondo; esta unión espiritual ha sido para mí indescriptiblemente provechosa y benéfica mientras ella vivía, como también después de su muerte... Frecuentemente al hablar sobre el Amor y la Bondad paternal de Dios, parecía transfigurarse y pertenecer a un mundo supraterrrenal".

Muchas Hermanas comparaban a Madre Paulina con grandes santos. "El confesor que me dirigía en el siglo, me la describió como émula de Sta. Teresa; y fue ésa la impresión que ella me causó en el convento". Sor B. la calificaba en estos términos: "Si es que en los tiempos modernos ha habido una santa, lo es sin duda nuestra bienaventurada Madre Fundadora". Sor A. escribe: "Tuve la dicha de vivir casi dos años junto a nuestra cara Rvda. Madre Paulina, en la Casa Madre en Paderborn, y siempre la consideraré como a una santa".

También en América se tenía esta opinión. Con motivo de la visita que hiciera en este país nuestra bienaventurada Madre Fundadora, se oía decir aún de parte de los Sacerdotes, que ella daba la impresión de ser una santa, pues de su ser y porte irradiaba algo sobrenatural que cautivaba los corazones.

No es extraño que poco después de su muerte comenzaran a difundirse relatos de gracias y favores obtenidos por su poderosa mediación.